

Leonardo Padura  
VIENTOS  
DE CUARESMA



se

En los infernales días de la primavera cubana en que llegan los vientos calientes del sur, coincidiendo con la Cuaresma, al teniente Mario Conde, que acaba de conocer a Karina, una mujer bella y deslumbrante, aficionada al jazz y al saxo, le encargan una delicada investigación. Una joven profesora de química del mismo preuniversitario donde años atrás estudió el Conde ha aparecido asesinada en su apartamento, en el que aparecen además restos de marihuana. Así, al investigar la vida de la profesora, de impoluto expediente académico y político, el Conde entra en un mundo en descomposición, donde el arribismo, el tráfico de influencias, el consumo de drogas y el fraude revelan el lado oscuro de la sociedad cubana contemporánea. Paralelamente, el policía, enamorado de la bella e inesperada mujer, vive días de gloria sin imaginar el demoledor desenlace de esa historia de amor.



Leonardo Padura

# **Vientos de Cuaresma**

**Mario Conde: Las cuatro estaciones - 2**

ePub r1.0

ultrarregistro 26.07.14

Leonardo Padura, 1994  
Diseño de cubierta: Tusquets

Editor digital: ultrarregistro  
ePub base r1.1



Para Paloma y Paco Taibo II

Y otra vez, y como siempre,  
para ti, Lucía

# PRIMAVERA DE 1989

Él es el que conoce el misterio y el testimonio.

El Corán

Era Miércoles de Ceniza y con la puntualidad de lo eterno un viento árido y sofocante, como enviado directamente desde el desierto para rememorar el sacrificio del Mesías, penetró en el barrio y revolvió las suciedades y las angustias. La arena de las canteras y los odios más antiguos se mezclaron con los rencores, los miedos y los desperdicios de los latones desbordados, las últimas hojas secas del invierno volaron ruidas con los olores muertos de la tenería y los pájaros primaverales desaparecieron, como si hubieran sentido un terremoto. La tarde se marchitó con la nube de polvo y el acto de respirar se hizo un ejercicio consciente y doloroso.

De pie, en el portal de su casa, Mario Conde observó los efectos del apocalíptico vendaval: las calles vacías, las puertas cerradas, los árboles vencidos, el barrio como asolado por una guerra eficaz y cruel, y se le ocurrió pensar que tras las puertas selladas podían estar corriendo huracanes de pasiones tan devastadores como el viento callejero. Entonces sintió cómo empezaba a crecer dentro de él una ola previsible de sed y de melancolía, también avivada por la brisa caliente. Se desabotonó la camisa y avanzó hacia la acera. Sabía que el vacío de expectativas para la noche que se acercaba y la aridez de su garganta podían ser obra de un poder superior, capaz de moldear su destino entre la sed infinita y la soledad invencible. De cara al viento, recibiendo el polvo que le roía la piel, aceptó que algo de maldito debía de haber en

aquella brisa de Armagedón que se desataba cada primavera para recordarles a los mortales el ascenso de un hijo de hombre hacia el más dramático de los holocaustos, allá en Jerusalén.

Respiró hasta notar cómo sus pulmones se hundían, cargados de tierra y hollín, y cuando estimó haber pagado una cuota de sufrimiento a su desvelado masoquismo, regresó al abrigo del portal y terminó de quitarse la camisa. La sensación de sequedad en la garganta era entonces mucho mayor, mientras la certeza de la soledad se había desbocado y resultaba más difícil de localizar en algún rincón de su cuerpo. Fluía indetenible, como si le corriera por la sangre. «Eres un cabrón recordador», siempre le decía su amigo, el Flaco Carlos, pero era inevitable que la Cuaresma y la soledad lo hicieran recordar. Aquel viento ponía a flotar las arenas negras y los desperdicios de su memoria, las hojas secas de sus afectos muertos, los olores amargos de sus culpas con una persistencia más perversa que la sed de cuarenta días en el desierto. Me cago en la ventolera, se dijo entonces, pensando que no debía darle más vueltas a sus melancolías porque conocía el antídoto: una botella de ron y una mujer —mientras más puta mejor— eran la cura instantánea y perfecta para aquella depresión entre mística y envolvente.

Lo del ron podía ser remediable, incluso dentro de los límites de la ley, pensó. Lo difícil era combinarlo con esa mujer posible que había conocido tres días antes y que le estaba provocando aquella resaca de esperanzas y frustraciones. Todo comenzó el domingo, después de almorzar en casa del Flaco, que ya no era flaco, y de comprobar que Josefina estaba en tratos con el Diablo. Solamente aquel carnicero de apodo infernal podía propiciar el pecado de gula al que los lanzó la madre de su amigo; increíble pero cierto: cocido madrileño, casi como debe ser, explicó la mujer cuando los hizo pasar al comedor donde ya estaban servidos los platos de caldo y, circunspecta y desbordada de promesas, la

fuentes de carnes, viandas y garbanzos.

—Mi madre era asturiana, pero siempre hacía el cocido a la madrileña. Cuestión de gustos, ¿no? Pero el problema es que además de las patas de puerco saladas, el pedazo de pollo, el tocino, el chorizo, la morcilla, las papas, las verduras y los garbanzos, lleva también judías verdes y un hueso grande de rodilla de vaca, que fue lo único que me faltó conseguir. Aunque así sabe bien, ¿no? —preguntó, retórica y complacida, ante el asombro sincero de su hijo y del Conde, que se lanzaron sobre la comida, asintiendo desde la primera cucharada: sí, sabía bien, a pesar de las ausencias sutiles que Josefina lamentaba.

—De puta madre, rediez —dijo uno.

—Oye, deja para los demás —advirtió el otro.

—Coño, ese chorizo era el mío —protestó el primero.

—Me voy a reventar —admitió el otro.

Después de aquel almuerzo inimaginable se les cerraban los ojos y les pesaban los brazos, en una clamorosa petición orgánica de una cama, pero el Flaco insistió en sentarse frente al televisor para hacer el postre con el doble juego de pelota. El equipo de La Habana, por fin, estaba jugando una temporada como se debía, y el olor de la victoria lo arrastraba tras cada partido de su equipo, incluso cuando sólo lo transmitían por radio. Seguía el destino del campeonato con una fidelidad que sólo podía dispensar alguien como él, terriblemente optimista, aun después de haber ganado por última vez en el año ya remoto de 1976, cuando hasta los peloteros parecían más románticos, sinceros y felices.

—Yo me voy pal carajo —dijo entonces el Conde, al final de un bostezo que lo removi—. Y no te hagas ilusiones para morir de desengaños, salvaje: al final esta gente la caga y pierden los juegos buenos, acuérdate del año pasado.

—Yo siempre lo he dicho, bestia, me encanta verte así: entusiasmado



y con esa alegría... —Y lo señaló con el índice—. Eres una cabrona tiñosa. Pero este año sí ganamos.

—Bueno, allá tú, no me digas después que no te lo advertí... Es que además tengo que escribir un informe para cerrar un caso y todos los días lo dejo para mañana. Acuérdate que soy un proletario...

—No jodas, tú, que hoy es domingo. Mira, chico, mira, hoy pichean Valle y el Duque, esto es pan comido... —dijo y lo interrogó con la mirada—. No, mentira, tú vas a hacer otra cosa.

—Ojalá —suspiró el Conde, que odiaba la placidez de las tardes de domingo. Siempre le pareció que la mejor metáfora de su amigo escritor Miki Cara de Jeva era afirmar que alguien es más maricón que un domingo por la tarde, lánguido y calmado—. Ojalá —repitió y se colocó detrás del sillón de ruedas en que vivía su amigo desde hacía casi diez años y lo condujo hasta el cuarto.

—¿Por qué no compras un pomo y vienes por la noche? —le propuso entonces el Flaco Carlos.

—Salvaje, estoy sin un medio.

—Coge dinero de la mesita de noche.

—Oye, que mañana tengo trabajo temprano —intentó protestar el Conde, pero vio la ruta marcada por el dedo conminatorio de su amigo señalando el sitio del dinero. El bostezo se le ligó con la sonrisa y supo entonces que no había defensa posible: mejor me rindo, ¿no?—. Bueno, no sé, deja ver si vengo por la noche. Si consigo el ron —luchó todavía, procurando salvar algo de su dignidad acorralada—. Voy abajo.

—No compres mofuco, tú —le advirtió Carlos y el Conde, ya en el corredor, le gritó:

—¡Orientales campeón! —Y corrió para no oír los insultos que se merecía.

Salió al vapor del mediodía con la balanza en la mano y los ojos

como vendados. Soy justo, pensó, sopesando el deber y las necesidades perentorias de su cuerpo: el informe o la cama, aunque sabía que el veredicto ya estaba decretado en favor de una siesta tan madrileña como el cocido, se decía cuando doblaba la esquina en busca de la Calzada del 10 de Octubre, pero antes de verla la presintió.

Aquel experimento casi nunca fallaba, cuando subía a una guagua, cuando entraba a una tienda, al llegar a una oficina, incluso en la penumbra de un cine, el Conde lo practicaba y le complacía verificar su efectividad: un sentido recóndito de animal adiestrado siempre guiaba sus ojos hacia la figura de la mujer más hermosa del lugar, como si la búsqueda de la belleza formara parte de sus exigencias vitales. Y ahora aquel magnetismo estético capaz de alertar su libido no podía haber fallado. Bajo el resplandor del sol la mujer relumbró como una visión de otro mundo: el pelo es rojo, encendido, rizado y suave; las piernas son dos columnas corintias, rematadas en los atributos de las caderas y apenas cubiertas por un *blue-jean* cortado y deshilachado; la cara enrojecida por el calor, medio oculta por las gafas oscuras de cristales redondos, bajo las que exhibía una boca pulposa de gozadora vital y convencida. Boca para cualquier antojo, fantasía o necesidad imaginable. ¡Pero qué buena está, coño!, se dijo. Es como si naciera de la reverberación del sol, caliente y hecha a la medida de unos deseos ancestrales. Hacía tiempo que el Conde no sufría erecciones callejeras, los años lo habían vuelto lento y demasiado cerebral, pero de pronto sintió que en su estómago, justo debajo de las capas proteicas del cocido madrileño, algo se desordenaba y las ondas provocadas por el movimiento se remitían hasta la solidez imprevista que empezó a formársele entre las piernas. Ella estaba recostada contra el guardafangos

trасero de un carro y, al fijarse otra vez en sus muslos de corredora sin fondo, el Conde descubrió la razón de su baño de sol en la calle desierta: una goma desinflada y un gato hidráulico recostado al conten de la acera explicaron la desesperación que él vio en su rostro cuando ella se quitó los espejuelos y con una elegancia alarmante se limpió el sudor de la cara. No puedo pensarlo, se exigió el Conde, adelantándose a su pereza y a su timidez, y al llegar junto a la mujer le soltó, con toda su valentía:

—¿Te ayudo?

Aquella sonrisa podía pagar cualquier sacrificio, incluida la inmolación pública de una siesta. La boca se extendió y el Conde llegó a pensar que no hacía falta el brillo del sol.

—¿De verdad? —dudó ella un instante, pero sólo un instante—. Salí para ir a echar gasolina, y mira esto —se lamentó, mostrando con sus manos manchadas de grasa la goma herida de muerte.

—¿Están recios los clanes? —preguntó él, ya por decir algo, y torpemente trató de parecer hábil en el acto de colocar el gato en su sitio. Ella se acuclilló junto a él, en un gesto que deseaba expresar su solidaridad moral, y el Conde vio entonces la gota de sudor que se lanzaba por la pendiente mortal del cuello y se despeñaba entre dos senos pequeños y, sin duda alguna, bien plantados y libres bajo la blusa humedecida por sus transpiraciones. Huele a mujer fatal y saludable, le advirtió al Conde la persistente protuberancia que trataba de disimular entre sus piernas. ¿Quién te viera en esto, Mario Conde?

Una vez más, el Conde pudo comprobar la causa de sus eternos setenta puntos en trabajos manuales y educación laboral. Necesitó media hora para sustituir la rueda ponchada pero en ese tiempo aprendió que los tornillos se aprietan de izquierda a derecha y no al revés, que ella se llama Karina y tiene veintiocho años, es ingeniera y está separada y vive con su madre y con un hermano medio tarambana, músico de un grupo de

rock: Los Mutantes. ¿Los Mutantes? Que a la llave de clanes tienes que darle con el pie y que a la mañana siguiente, muy temprano, ella salía en su carro hacia Matanzas con una comisión técnica para trabajar hasta el viernes en la fábrica de fertilizantes, y que sí, muchacho, había vivido toda la vida ahí, en esa casa de enfrente, aunque el Conde llevara veinte años pasando casi todos los días por allí, por esa misma calle, y que una vez leyó algo de Salinger y le parece fabuloso (y él hasta pensó en rectificarla: no, es escuálido y conmovedor). Y también aprendió que cambiar una goma ponchada puede ser una de las tareas más difíciles del mundo.

El agradecimiento de Karina era alegre, total y hasta tangible cuando le propuso que si la acompañaba a echar gasolina lo llevaría hasta su casa, mira cómo te has sudado, tienes grasa hasta en la cara, qué pena, le había dicho, y el Conde sintió que su corazoncito se le agitaba con las palabras de aquella mujer inesperada, que sabía reírse y hablaba muy lentamente, con una dulzura magnética.

Al final de la tarde, después de hacer la cola para la gasolina, de saber que había sido la mamá de Karina la que había atado la hoja de guano bendito en el espejo retrovisor del carro, de hablar algo de automóviles ponchados, del calor y de los vientos de Cuaresma, y de tomar café en la casa del Conde, acordaron que ella lo llamaría en cuanto regresara de Matanzas: le devolvería *Franny y Zooey*, es lo mejor que escribió Salinger, le había comentado el Conde, sin lograr contener su entusiasmo, cuando le entregó aquel libro que nunca había prestado desde que pudo robárselo de la biblioteca de la universidad. Bueno, así se veían y conversaban otro rato más. ¿Está bien?

El Conde no había dejado de mirarla un segundo y, aunque reconoció con honestidad que la muchacha no era tan hermosa como había pensado (quizás, en verdad, tenía la boca demasiado grande, la caída de sus ojos

parecía triste y estaba algo escasa en el departamento del nalgatorio, reconoció críticamente), quedó impresionado con su alegría decidida y con su capacidad inesperada de levantar, en plena calle, después de almuerzo y bajo un sol asesino, el extremo sin alas ni piernas de su virilidad.

Entonces Karina aceptó una segunda taza de café y llegó la revelación que terminaría de enloquecer al Conde.

—Mi padre fue el que me envició con el café —dijo ella y lo miró—. Tomaba café todo el día, cualquier cantidad.

—¿Y qué más aprendiste de él?

Ella sonrió y movió la cabeza, como espantando ideas y recuerdos.

—Me enseñó de todo lo que sabía, hasta a tocar el saxofón.

—¿El saxofón? —casi grita, incrédulo—. ¿Tú tocas el saxofón?

—Bueno, no soy músico ni mucho menos. Pero sé soplarlo, como dicen los jazzistas. A él le encantaba el jazz y tocó con mucha gente, con Frank Emilio, con Cachao, con Felipe Dulzaides, la gente de la vieja guardia...

El Conde apenas la oía hablar de su padre y de los tríos, quintetos y septetos en que había participado ocasionalmente, de descargas en la Gruta, en Las Vegas y en el Copa Room, y ni siquiera necesitaba cerrar los ojos para imaginar a Karina con la boquilla del saxofón entre los labios y el cuello del instrumento bailando entre sus piernas. ¿Será verdad esta mujer?, dudó.

—¿Y a ti te gusta el jazz?

—Mira..., es una cosa que no puedo vivir sin él —dijo y abrió los brazos, para marcar la inmensidad de aquel gusto. Ella sonrió, aceptando la exageración.

—Bueno, me voy. Tengo que preparar las cosas para mañana.

—¿Entonces tú me llamas? —y la voz del Conde bordeó la súplica.

—Seguro, en cuanto regrese.

El Conde encendió un cigarro, para llenarse de humo y de valor, al borde de la estocada decisiva.

—¿Qué quiere decir separada? —soltó de corrido, con cara de alumno poco aventajado.

—Búscalo en un diccionario —le propuso ella, sonrió y volvió a mover la cabeza. Recogió las llaves del auto y avanzó hacia la puerta. El Conde la acompañó hasta la acera—. Muchas gracias por todo, Mario —dijo ella y, después de pensarlo un momento, preguntó—: Oye, pero tú no me has dicho qué cosa tú eres, ¿verdad?

El Conde lanzó el cigarro a la calle y sonrió al sentir que regresaba a terreno seguro.

—Soy policía —dijo y cruzó los brazos, como si el gesto fuera un complemento necesario a su revelación.

Karina lo miró y se mordió levemente los labios antes de decir, descreída:

—¿De la policía montada del Canadá o de Scotland Yard? Sí, yo lo sabía, tienes cara de mentiroso —dijo, se apoyó en los brazos cruzados del Conde y lo besó en la mejilla—. Adiós, policía.

El teniente investigador Mario Conde no dejó de sonreír incluso después que el Fiat polaco se perdiera en la curva de la Calzada. Regresó a su casa dando brincos de alegría y de presentida felicidad.

Pero todavía era apenas Miércoles de Ceniza, por más que contara y volviera a contar las horas que le faltaban para su nuevo encuentro con ella. Tres días de espera, por lo pronto, ya le habían bastado para imaginarlo todo: matrimonio y niños incluidos, pasando, como etapa previa, por actos amorios en camas, playas, hierbazales tropicales y prados británicos, hoteles de diversos estrellatos, noches con y sin luna, amaneceres y Fiats polacos, y después, todavía desnuda, la veía colocarse

el saxo entre las piernas y chupar la boquilla, para atacar una melodía pastosa, dorada y tibia. No podía hacer otra cosa que imaginar y esperar, y masturbarse cuando la imagen de Karina, saxofón en ristre, resultaba insoportablemente erótica.

Decidido a transarse otra vez por la compañía del Flaco Carlos y de la botella de ron, el Conde volvió a ponerse la camisa y cerró la puerta de su casa. Salió al polvo y el viento de la calle, y se dijo que, a pesar de la Cuaresma que lo enervaba y deprimía, en aquel instante pertenecía a la rara estirpe del policía en vísperas de ser feliz.

—¿Y no me piensas decir qué coño te pasa, tú?

El Conde apenas sonrió y miró a su amigo: ¿qué le digo?, pensó. Las casi trescientas libras de aquel cuerpo vencido sobre el sillón de ruedas le dolían una por una en el corazón. Le resultaba demasiado cruel hablar de felicidades potenciales a aquel hombre cuyos placeres se habían reducido para siempre a una conversación pasada por alcohol, una comida pantagruélica y un fanatismo enfermizo por el béisbol. Desde que recibiera el tiro en Angola y quedara definitivamente inválido, el Flaco Carlos, que ya no era flaco, se había convertido en un lamento profundo, en un dolor infinito que el Conde asumía con un estoicismo culpable. ¿Qué mentira le digo?, ¿también a él tendré que mentirle?, pensó y volvió a sonreír, amargamente, mientras se veía caminar muy despacio frente a la casa de Karina y hasta detenerse para tratar de vislumbrar, a través de las ventanas asomadas al portal, la imposible presencia de la mujer en la penumbra de una sala cuajada de helechos y malangas de hojas con corazones rojos y anaranjados. ¿Cómo era posible que nunca la hubiera visto, si era una de esas mujeres que se olfatean de lejos? Terminó su trago de ron y al fin le dijo:

—Iba a decirte una mentira.

—¿Ya te hace falta eso?

—Yo creo que yo no soy lo que tú piensas, Flaco. Yo no soy igual que tú.

—Mira, mi socio, si lo que tú quieres es hablar mierda, me lo dices —y levantó la mano para marcar la pausa que pedía mientras se tomaba otro trago de ron—. Yo me pongo a tono rápido. Pero antes acuérdate de una cosa: tú no eres lo mejor del mundo, pero eres mi mejor amigo en el mundo. Aunque me mates a mentiras.

—Salvaje, conocí a una mujer ahí y creo... —dijo, y miró a los ojos del Flaco.

—¡Cojones! —exclamó el Flaco Carlos y también sonrió—. Era eso. Así que era eso. Pero tú no tienes cura, ¿verdad?

—No jodas, Flaco, quisiera que tú la vieras. No sé, a lo mejor hasta la has visto, vive aquí al doblar, en la otra cuadra, se llama Karina, es ingeniera, pelirroja, está buenísima. La tengo metida aquí —y se oprimió el entrecejo con un dedo.

—Coñó, pero vas a mil... Aguanta, aguanta. ¿Es jeva tuya?

—Ojalá —suspiró el Conde y exhibió su cara de hombre desconsolado. Se sirvió más ron y le contó su encuentro con Karina, sin omitir un solo dato (toda la verdad, incluido que andaba mal por la retaguardia, sabiendo el valor que para los juicios estéticos del Flaco tenía un buen culo), ni una sola esperanza (incluido el adolescentario espionaje callejero practicado esa noche). Al final siempre le contaba todo a su amigo, por feliz o terrible que fuera la historia.

El Conde vio que el Flaco se estiraba sin alcanzar la botella y se la entregó. El nivel del líquido ya se perdía tras la etiqueta y calculó que aquélla era una conversación de dos litros, pero encontrar ron en La Víbora, a esa hora, podía ser una tarea vana y desesperanzadora. El Conde



lo lamentó: hablando de Karina, en el cuarto del Flaco, entre nostalgias tangibles y viejos afiches decolorados por el tiempo, empezaba a sentirse tan sosegado como en los tiempos en que para ellos el mundo giraba sólo alrededor de un buen culo, unas tetas duras y, sobre todo, de aquel orificio imantado y alucinante del que siempre hablaban en términos de gordura, profundidad, población capilar y facilidades de acceso (No, no, compadre, mira cómo camina, si es señorita yo soy un helicóptero, solía decir el Flaco), sin importar mucho a quién pertenecían aquellos claros objetos del deseo.

—Tú no cambias, bestia, ni sabes quién coño es esa mujer, pero ya estás metido como un perro sato. Mira lo que te pasó con Támara...

—No, viejo, no compares.

—No jodas, tú, tú eres... ¿Y de verdad que vive ahí al doblar? Oye, ¿no será un cuento?

—No, viejo, que no. Oye, Flaco, yo tengo que ligar a esa mujer. O la ligo o me mato o me vuelvo loco o me meto a maricón.

—Mejor maricón que muerto —lo interrumpió el otro y sonrió.

—De verdad, salvaje. Tengo la vida hecha un yogur. Me hace falta una mujer como ésa: ni siquiera sé bien quién es, pero me hace falta.

El Flaco lo observó como diciendo: No tienes remedio, tú.

—No sé, pero me da la ligera impresión de que estás hablando mierda otra vez... Cómo te gusta darle vueltas a la manigueta... Tú eres policía porque te sale de los güevos. ¿No te conviene? Renuncia, chico, y al carajo con todo... Ahora, después no vengas a decirme que en el fondo te gustaba joderles la vida a los hijos de puta y a los cabrones. Esa muela sí que no te la voy a aguantar. Y lo que te pasó con Támara ya estaba escrito con sangre, mi socio: nunca en la vida esa jeva fue para tipos como nosotros, así que acaba de olvidarte de ella de una vez y apunta en tu autobiografía que por lo menos te quitaste la picazón y pudiste darle un

cuerazo. Y a cagar el mundo, salvaje. Dame más ron, anda.

El Conde miró la botella y lamentó su agonía. Necesitaba oír de boca del Flaco las cosas que él mismo pensaba, y aquella noche, mientras fuera el viento de Cuaresma alborotaba suciedades y muy dentro de él aleteaba una esperanza en forma de mujer, estar en el cuarto de su más entrañable amigo, hablando de lo humano y lo divino, resultaba limpio y alentador. ¿Y qué va a pasar si se me muere el Flaco?, pensó, cortando la cadena que conducía a la paz espiritual. Optó por el suicidio alcohólico: le sirvió más ron a su amigo, vertió otro trago en su vaso y entonces notó que habían olvidado hablar de pelota y oír música. Mejor la música, decidió.

Se puso de pie y abrió la gaveta de los casetes. Como siempre, se alarmó con la mezcla de gustos musicales del Flaco: cualquier cosa posible entre Los Beatles y Los Mustangs, pasando por Joan Manuel Serrat y Gloria Estefan.

—¿Qué te gustaría oír?

—¿Los Beatles?

—¿Chicago?

—¿Fórmula V?

—¿Los Pasos?

—¿Credence?

—Anjá, Credence... Pero no me digas que Tom Fogerty canta como un negro, ya te dije que canta como Dios, ¿verdad? —Y los dos asintieron, sí, sí, admitiendo su más raigal conformidad: el muy cabrón cantaba como Dios.

La botella expiró antes que la versión larga de *Proud Mary*. El Flaco dejó su vaso en el suelo y movió su sillón de ruedas hasta el borde de la cama donde estaba sentado su amigo policía. Colocó una de sus manos esponjosas sobre el hombro del Conde y lo miró a los ojos:

—Ojalá te salgan bien las cosas, mi hermano. La gente buena merece tener un poco más de suerte en la vida.

El Conde pensó que tenía razón: el Flaco mismo era la mejor persona que conocía y la suerte le había vuelto la cara. Pero aquello le parecía inaceptablemente patético y, buscando una sonrisa, le respondió:

—Ya estás hablando mierda, asere. Los buenos se acabaron hace rato.

Y se puso de pie, con intenciones de abrazar a su amigo, pero no se atrevió. Nunca se atrevió a hacer cientos y cientos de cosas.

Nadie se imagina cómo son las noches de un policía. Nadie sabe qué fantasmas lo visitan, qué ardores lo agreden, en qué infierno se cocina a fuego lento —o envuelto en llamas agresivas. Cerrar los ojos puede ser un cruel desafío, capaz de despertar a esas penosas figuras del pasado que jamás abandonan su memoria y regresan, una y otra noche, con la persistencia incansable del péndulo. Las decisiones, los errores, los actos de prepotencia y hasta las debilidades de la bondad regresan como culpas impagables a una conciencia marcada por cada pequeña infamia cometida en el mundo de los infames. A veces me visita José de la Caridad, aquel negro camionero que me rogó, me suplicó, que no lo mandara a la cárcel porque era inocente y yo lo interrogué cuatro días seguidos, tenía que ser él, no podía ser otro que él, mientras él se derrumbaba y lloraba y repetía su inocencia, hasta que lo metí entre rejas a esperar un juicio que lo declararía inocente. A veces regresa Estrellita Rivero, la niña a la que traté de aguantar un segundo antes de que diera el paso fatal y recibiera entre las cejas aquel disparo que el sargento Mateo trató de dirigir a las piernas del hombre que huía. O vienen desde la muerte y el pasado Rafael y Támara, bailando un vals, como hace veinte años, él de traje, ella de largo y de blanco, como la novia que pronto sería. Nada es dulce en las

noches de un policía, ni siquiera el recuerdo de esa última mujer o la esperanza de la próxima, porque cada recuerdo y cada esperanza —que un día también será recuerdo— arrastra la mancha grabada por el horror cotidiano de la vida del policía: a ella la encontré mientras investigaba la muerte de su marido, las estafas, las mentiras, los chantajes, los abusos y los miedos de aquel hombre que parecía perfecto desde la altura de su poder; a ella la recordaré, tal vez, por el asesinato de uno, la violación de otra, el dolor de alguien. Son aguas turbias las noches de un policía: con olores pútridos y colores muertos. ¡Dormir!... ¡Tal vez soñar! Y he aprendido una sola forma de vencerlas: la inconsciencia, que es un poco la muerte cada día y es la muerte misma cada amanecer, cuando la supuesta alegría del brillo del sol es una tortura en los ojos. Horror al pasado, miedo al futuro: así corren hacia el día las noches del policía. Atrapar, interrogar, encarcelar, juzgar, condenar, acusar, reprimir, perseguir, presionar, aplastar son los verbos en que están conjugados los recuerdos, la vida toda del policía. Sueño que podría soñar otros sueños felices, construir algo, tener algo, entregar algo, recibir algo, crear algo: escribir. Pero es un desvarío inútil para quien vive de lo destruido. Por eso la soledad del policía es la más temible de las soledades: es la compañía de sus fantasmas, de sus dolores, de sus culpas... Si al menos una mujer con saxofón hiciera su canción de cuna para dormir al policía. Pero, ¡silencio!... Ha llegado la noche. Fuera el viento maldito está quemando la tierra.

\* \* \*

Las dos duralginas le pesaban en el estómago como una culpa. El Conde las había tragado con una taza gigantesca de café solitario, después de comprobar que los restos de la última leche comprada era un suero feroz en el fondo del litro. Por suerte, en el *closet* había descubierto que aún le quedaban dos camisas limpias, y se dio el lujo de seleccionar: votó por la de rayas blancas y carmelitas, de mangas largas, que se recogió hasta la altura del codo. El *blue-jean*, que había ido a parar debajo de la cama, apenas tenía quince días de combate después de la última lavada y podía resistir otros quince, veinte días más. Se acomodó la pistola contra el fajín del pantalón y notó que había bajado de peso, aunque decidió no preocuparse: hambre no era, pero cáncer tampoco, qué carajos. Además, salvo el ardor en el estómago todo estaba bien: apenas tenía ojeras, su calvicie incipiente no parecía ser de las más corrosivas, su hígado seguía demostrando valentía y el dolor de cabeza se esfumaba y ya era jueves, y mañana viernes, contó con los dedos. Salió al viento y al sol y casi se pone a maltratar una vieja canción de amor.

*Pasarán más de mil años, muchos más,  
yo no sé si tenga amor, la eternidad,  
pero allá tal como aquí...*

Entró en la Central a las ocho y cuarto, saludó a varios compañeros, leyó con envidia en la tablilla del vestíbulo la nueva resolución de 1989 sobre la jubilación y, fumando el quinto cigarro del día, esperó el elevador para reportar ante el oficial de guardia. Alentaba la hermosa esperanza de que no le entregaran todavía un nuevo caso: quería dedicar toda su inteligencia a una sola idea e, incluso, en los últimos días había sentido otra vez deseos de escribir. Releyó un par de libros siempre

capaces de remover su molicie y en una vieja libreta escolar, de papel amarillo rayado en verde, había escrito algunas de sus obsesiones, como un pitcher olvidado al que envían a calentar el brazo para tirar un juego decisivo. Su reencuentro con Támara, unos meses atrás, le había despertado nostalgias perdidas, sensaciones olvidadas, odios que creía desaparecidos y que regresaron a su vida convocados por un reencuentro inesperado con aquel trozo esencial de su pasado, con el cual valdría la pena ponerse alguna vez de acuerdo, y entonces condenarlo o absorberlo, de una vez y para siempre. Ahora pensaba que en todo aquello quizás había algún material para armar una historia bien conmovedora sobre los tiempos en que todos eran muy jóvenes, muy pobres y muy felices: el Flaco, cuando todavía era flaco, Andrés empecinado en ser pelotero, Dulcita, que no se había ido, el Conejo, claro, sería historiador, Támara, que no se había casado con Rafael y era tan, tan linda, y hasta él mismo, entonces soñaba más que nunca ser escritor y solamente escritor, mientras desde su cama observaba una foto del viejo Hemingway, colgada en la pared, y trataba de descubrir en aquellos ojos el misterio de la mirada con que el escritor desanda el mundo, viendo lo que otros no ven. Ahora pensaba que si alguna vez escribía toda aquella crónica de amor y de odio, de felicidad y de frustración, la titularía *Pasado perfecto*.

El elevador se detuvo en el tercer piso y el Conde dobló hacia la derecha. Los pisos de la Central resplandecían, recién barridos con aserrín humedecido con luzbrillante, y el sol que penetraba por los altos ventanales de aluminio y cristal pintaba con su claridad recién despertada el largo corredor. Decididamente, aquello estaba tan limpio y bien iluminado que no parecía una central de policía. Empujó la doble puerta de cristales y entró en el salón de la guardia, que vivía a esa hora de la mañana sus momentos más huracanados del día: oficiales que entregaban informes, investigadores protestando contra alguna medida del tribunal,

auxiliares que pedían auxilio y hasta el teniente Mario Conde, con un bolero insistente a flor de labios —«De mi vida, doy lo bueno / soy tan pobre qué otra cosa puedo dar...»—, y un cigarro entre los dedos, que al acercarse al buró del oficial de guardia, esa mañana ocupado por el teniente Fabricio, apenas pudo oír:

—Dice el mayor que vayas a verlo. Ni me preguntes que no sé ni cuero y esto hoy está del carajo, y tú sabes que tus casos te los da el jefe, para algo eres su niño lindo.

El Conde miró un instante al teniente Fabricio, parecía realmente aturdido entre papeles, timbres de teléfonos y voces, y se dio cuenta de que las manos le habían empezado a sudar: era la segunda vez que Fabricio lo trataba de aquel modo y el Conde se dijo que no, no estaba dispuesto a soportarle esas zoqueterías. Hacía unos meses, en la investigación de una serie de robos en varios hoteles de La Habana, el mayor Rangel había ordenado que el Conde, después de cerrar un caso, relevara a Fabricio en la investigación. El Conde trató de negarse pero no hubo escapatoria: el Viejo lo había decidido, Esto no se puede demorar más, y él optó por disculparse con el teniente Fabricio, explicándole que no era su decisión. Varios días después, cuando el Conde halló a los culpables de los robos, trató de comentarle a su compañero el destino del caso y Fabricio le dijo: «Me alegro, Conde, seguro que el mayor te va a dar un beso y todo». Y él buscó todas las razones posibles para disculpar la actitud del teniente. Y al final lo había disculpado. Pero ahora una conciencia remota de su origen le recordó que él había nacido en un barrio demasiado caliente y pendenciero, donde no se permitía arriar ni por un momento las banderas de la hombría, so pena de quedarse sin bandera, sin hombría, incluso sin asta: no, no estaba dispuesto a asimilar, a su edad, aquel tipo de respuesta. Levantó un dedo, preparándose para iniciar un discurso, pero se contuvo. Esperó un instante a que el buró

quedara vacío y entonces apoyó las manos en el borde y bajó la cabeza hasta la altura de los ojos de Fabricio para decir:

—Si tienes picazón, me avisas. Yo puedo rascarte cuando tú quieras, donde tú quieras y como tú quieras, ¿me oíste? —Y dio media vuelta, sintiendo cómo los puñales salidos de los ojos del otro le cosían la espalda. Pero qué coño le pasa a éste...

Ya me jodío la mañana, se dijo. Ahora no tenía paciencia ni ánimos para esperar el elevador y atacó las escaleras hasta el séptimo piso. Sintió cómo las duralginas volvían a gravitarle en el estómago y pensó que aquella historia iba a terminar mal. Al carajo, se dijo, como él quiera, y entró en la antesala del despacho del mayor Rangel.

Maruchi lo miró y movió la cabeza en gesto de saludo sin dejar de teclear en su máquina.

—¿Qué hubo, pepilla? —la saludó y se acercó a su mesa.

—Te mandó a buscar tempranito, pero parece que ya tú habías salido —dijo la muchacha, mientras indicaba con la cabeza la puerta de la oficina—. No sé, creo que hay algún lío gordo.

El Conde suspiró y encendió un cigarro. Temblaba cuando el mayor hablaba de líos gordos, que venían de arriba, Conde, hay que apurarse. Pero esta vez no aceptaría sustituir a nadie, aunque le costara el trabajo. Se acomodó la pistola, siempre intentaba escapársele de la cintura del *blue-jean*, y más ahora que estaba adelgazando sin razón aparente, y puso una mano sobre el papel que copiaba la secretaria del Viejo.

—¿Cómo yo te caigo, Maruchi?

La muchacha lo miró y sonrió.

—¿Te me vas a declarar y quieres ir sobre seguro?

Ahora fue el Conde quien sonrió ante su torpeza:

—No, es que ya ni yo mismo me soporto —y tocó con los nudillos el cristal de la puerta.



—Dale, dale, acaba de entrar.

El mayor Rangel fumaba su tabaco y por el olor el Conde supo que no era un buen día para el Viejo: olía a breva barata y reseca, de las de sesenta centavos, y eso podía alterar definitivamente el humor del jefe de la Central. A pesar del mal tabaco capaz de agriarle el rostro, el Conde admiró la estampa marcial de su jefe: llevaba con distinción el uniforme, que hacía resaltar su piel tostada de jugador de squash y nadador consuetudinario. No se deja caer, el cabrón.

—Me dijeron... —trató de explicar, pero el mayor le indicó un asiento y luego movió una mano, pidiéndole silencio.

—Siéntate, siéntate, que se te acabó el vacilón. Busca a Manolo, que tienes un caso. Llevas como una semana sin nada especial, ¿no?

El Conde miró un instante hacia la ventana de la oficina del Viejo. Desde allí el horizonte era una mancha azul y no se advertía el revuelo de hojas y papeles desatado por el viento, y comprendió que no tenía escapatoria. El mayor intentaba ahora revivir la brasa de su tabaco y la angustia de aquel ejercicio de fumador mal correspondido se reflejaba en cada mueca de su rostro. Aquella mañana el Viejo tampoco era feliz.

Parece que viene el fin del mundo, o que nos cayó una maldición, o que la gente se volvió loca en este país. Oye, Conde: o yo me estoy poniendo viejo o las cosas están cambiando y nadie me había avisado. Yo creo que hasta voy a dejar el vicio, no se puede con esto, mira, mira bien, ¿tú crees que esta mierda se pueda llamar tabaco? Mira esto: pero si la capa tiene más arrugas que el culo de mi abuela, es como si me estuviera fumando un tarugo de hojas de plátano, de verdad que sí. Hoy mismo saco turno para un sicólogo, me le acuesto en el sofá y le digo que me ayude a dejar de fumar. Y con la falta que me hacía hoy un buen tabaco:

no te digo un Rey del Mundo o un Gran Corona o un Davidoff... Me conformo con un Montecristo... Maruchi, traenos café, anda... A ver si me quito de la boca el sabor de esta bazofia. Bueno, si esto es café, que venga Dios y lo certifique... Oye, al grano. Me hace falta que te metas de cabeza en este caso y que te portes bien, Conde; no quiero oírte rezongar, ni lamentarte, ni que te tomes un trago, ni un carajo; quiero que lo resuelvas ya. Trabaja con Manolo y con quien te dé la gana, tienes carta blanca, pero muévete. Fíjate, esto es entre tú y yo, pero levanta bien la oreja: algo gordo está pasando, no sé bien dónde ni qué es, pero lo huelo en el ambiente y no quiero que nos coja en el aire, pensando en las musarañas. Tiene que ser algo gordo y feo porque el movimiento no es de los que yo conozco. Viene de muy arriba y es una investigación de arranca-pescuezo. Métete esto en la cabeza, ¿está bien?... Y no me preguntes, que no sé nada, ¿me entiendes?... Bueno, mira, a lo que te interesa: aquí están los papeles de este caso. Pero no te pongas a leer ahora, viejo. Te digo: una profesora de preuniversitario, veinticuatro años, militante de la Juventud, soltera; la mataron, la asfixiaron con una toalla, pero antes le dieron golpes de todos los colores, le fracturaron una costilla y dos falanges de un dedo y la violaron al menos dos hombres. No se llevaron nada de valor, aparentemente: ni ropa, ni equipos eléctricos... Y en el agua del inodoro de la casa aparecieron fibras de un cigarro de marihuana. ¿Te gusta el caso? Es metralla, y yo, yo, Antonio Rangel Valdés, quiero saber qué pasó con esa muchacha, porque no soy policía hace treinta años por gusto: ahí tiene que haber mucha porquería escondida para que la hayan matado como la mataron, con tortura, marihuana y violación colectiva incluida... ¿Pero qué clase de tabaco es éste? Es como si viniera el fin del mundo, por mi madre que sí. Y acuérdate de lo que te dije: pórtate bien, que el horno no está para panetelas...

El Conde se consideraba un buen catador de olores. Era el único de sus atributos que le parecía respetable y su olfato le dijo que el Viejo tenía razón: aquello olía a mierda. Lo supo desde que abrió la puerta del apartamento y observó un escenario donde sólo faltaban una víctima y sus victimarios. En el suelo, marcada con tiza, aparecía en su posición final la silueta de la joven profesora asesinada: un brazo había quedado muy cerca del cuerpo y el otro como intentando llegar a la cabeza, las piernas unidas y flexionadas, en un esfuerzo inútil por proteger el vientre ya vencido. Era un contorno lacerado, entre un sofá y una mesa de centro volteada hacia un lado.

Entró en el apartamento y cerró la puerta tras él. Observó entonces el resto de la sala: en un multimueble que ocupaba toda la pared opuesta al balcón había un televisor en colores, seguramente japonés, y una grabadora de doble casetera con una cinta terminada por la cara A, oprimió el stop, sacó el cassette y leyó: *Private dancer*, Tina Turner. Sobre el televisor, en el paño más largo del mueble, había una hilera de libros que le interesó más: varios de química, las obras de Lenin en tres tomos de un rojo desvaído, una Historia de Grecia y algunas novelas que el Conde jamás se atrevería a volver a leer: *Doña Bárbara*, *Papá Goriot*, *Mare Nostrum*, *Las inquietudes de Shanti Andía*, *Cecilia Valdés* y, en el extremo, el único libro que sintió deseos de robarse: *Poesía*, Pablo Neruda, que tan bien jugaba con su ánimo de ese momento. Abrió el libro y leyó al azar unos versos:

*Quítame el pan, si quieres  
quítame el aire, pero  
no me quites tu risa...*

y lo devolvió a su sitio, porque en su casa tenía esa misma edición. No parece buena lectora, concluyó, cuando debió sacudirse el polvo que le quedó en las manos.

Caminó hacia el balcón, abrió las puertas de persianas y entró la claridad y el viento, que hizo trinar un sonajero de cobre que el Conde no había advertido. A un lado de la silueta marcada en el suelo descubrió entonces otra silueta, una mancha más pequeña y casi desvanecida, que oscurecía la claridad de los mosaicos. ¿Por qué te mataron?, se preguntó, imaginando a la muchacha tendida sobre su propia sangre, violada, golpeada, torturada y asfixiada.

Entró en la única habitación del apartamento y encontró la cama tendida. En una pared, bien montado, había un póster de Barbra Streisand, casi hermosa, por los años de *The Way We Were*. En el otro lado, un enorme espejo cuya utilidad el Conde quiso comprobar: se dejó caer en la cama y se vio de cuerpo entero. Qué maravilla, ¿no? Entonces abrió el closet y el olor inicial se intensificó: el ropero no era común ni corriente: blusas, sayas, pantalones, pullovers, zapatos, blúmers y abrigos que el Conde fue palpando en su calidad *made in* algún lugar lejano.

Regresó a la sala y se asomó al balcón. Desde aquel cuarto piso de Santos Suárez tenía una vista privilegiada de una ciudad que a pesar de la altura parecía más decrepita, más sucia, más inasequible y hostil. Descubrió sobre las azoteas varios palomares y algunos perros que se calcinaban con el sol y la brisa; encontró construcciones miserables, adheridas como escamas a lo que fue un cuarto de estudio y que ahora servía de vivienda a toda una familia; observó tanques de agua descubiertos al polvo y a la lluvia, escombros olvidados en rincones peligrosos, y respiró al ver, casi frente a él, un pequeño jardín plantado sobre barriles de manteca serruchados por la mitad. Entonces comprobó que hacia su derecha, apenas dos kilómetros detrás de unas arboledas que

le cortaban la visión, estaban la casa del Flaco y, al doblar, la de Karina, y recordó otra vez que ya era jueves.

Regresó a la sala y se sentó lo más lejos que pudo de la figura de tiza. Abrió el informe que le entregara el Viejo y, mientras leía, se dijo que a veces vale la pena ser policía. ¿Quién era, de verdad, Lissette Núñez Delgado?

En diciembre de ese año 1989, Lissette Núñez Delgado cumpliría los veinticinco años. Había nacido en La Habana en 1964, cuando el Conde tenía nueve años, usaba zapatos ortopédicos y estaba en el esplendor de su infancia de mataperros callejero y no había imaginado ni una sola vez —como no lo haría en los próximos quince años— que sería policía y que en alguna ocasión debería investigar la muerte de aquella niña nacida en un moderno apartamento del barrio de Santos Suárez. Hacía dos cursos que la muchacha se había graduado de licenciada en química en el Pedagógico Superior de La Habana y, contra lo que cabía esperar en aquel tiempo de escuelas en el campo y plazas en el interior del país, fue ubicada directamente en el Preuniversitario de La Víbora, el mismo donde el Conde estudió entre 1972 y 1975 y donde se hizo amigo del Flaco Carlos. Ser profesora del Pre de La Víbora podía resultar un dato prejuiciante: casi todo lo que se relacionara con aquel lugar solía despertar la nostálgica simpatía del Conde o su condena inapelable. No quiero prejuiciarme, pero es que no hay término medio. El padre de Lissette había muerto hacía tres años y la madre, que se divorció de él en 1970, vivía en el Casino Deportivo, en la casa de su segundo esposo, un alto funcionario del Ministerio de Educación cuyo cargo le explicó inmediatamente por qué la joven no realizó su servicio social fuera de La Habana. La madre, periodista de *Juventud Rebelde*, era una columnista

más o menos famosa en ciertas esferas gracias a aquellos comentarios bien calculados en tiempo y espacio que iban tranquilamente de las modas y la cocina hasta los intentos de convencer a los lectores, con ejemplos de la vida cotidiana, de la intransigencia ética y política de la autora, que se ofrecía a sí misma como un ejemplo ideológico. Su imagen se complementaba con asiduas apariciones en la televisión para disertar sobre peinados, maquillajes y decoración hogareña, «porque la belleza y la felicidad son posibles», como solía decir. Casualmente aquella mujer, Caridad Delgado, siempre le había caído al Conde como una patada en la barriga: le parecía hueca e insípida, como una fruta vana. El padre difunto, por su parte, había sido administrador perpetuo: desde fábricas de vidrio a empresas de bisuterías, pasando por combinados cárnicos, la heladería Coppelia y una terminal de ómnibus que le costó un infarto masivo del miocardio. Lisette era militante de la Juventud desde los dieciséis años y su hoja de servicios ideológicos aparecía impoluta: ni una amonestación, ni una sanción menor. ¿Cómo es posible en diez años de vida no tener un solo olvido injustificable, no cometer un solo error, ni siquiera cagarse en la madre de nadie? Había sido dirigente de los Pioneros, de la FEEM y de la FEU y aunque el informe no lo especificaba, debía de haber participado en todas las actividades programadas por estas organizaciones. Ganaba 198 pesos pues aún estaba en el supuesto periodo de Servicio Social, pagaba veinte de alquiler, le descontaban dieciocho mensuales por el refrigerador que le habían otorgado en una asamblea y debía de gastar unos treinta entre almuerzo, merienda y transporte hacia el Pre. ¿Alcanzaban 130 pesos para conformar aquel ropero? En la casa habían aparecido huellas frescas de cinco personas, sin contar a la muchacha, pero ninguna estaba registrada. Sólo el vecino del tercer piso había dicho algo ligeramente útil: escuchó música y sintió las pisadas rítmicas de un baile la noche de la muerte, el

19 de marzo de 1989. Fin del texto.

La foto de Lissette que acompañaba al informe no parecía muy reciente: se había oscurecido por los bordes y la cara de la joven detenida allí para siempre no lucía demasiado atractiva, aunque tenía unos ojos profundos, muy oscuros, y unas cejas gruesas, capaz de conformar una de esas miradas que se suelen llamar enigmáticas. Si te hubiera conocido... De pie, recostado otra vez contra la baranda del balcón, el Conde vio el ascenso decidido del sol hacia su cénit; vio a la mujer que luchaba contra el viento para tender en la azotea la ropa lavada; vio al niño que con su uniforme de escuela subía hacia un techo por una escalera de madera y abría la puerta de un palomar del que brotaron varias buchonas que se perdieron en la distancia, batiendo sus alas en libertad contra las rachas vehementes del vendaval; y vio, en un tercer piso, del otro lado de la calle, una escena que lo mantuvo alerta durante unos minutos, sufriendo el sobrecogimiento de los que develan sin derecho ciertas intimidades prohibidas: junto a una ventana, a través de la cual penetraban los vientos de la Cuaresma, un hombre de unos cuarenta años y una mujer quizás algo más joven discutían ya en la frontera misma de la conflagración bélica. Aunque las voces se perdían con la brisa, el Conde comprendió que las amenazas de puños y uñas crecían con la aproximación milimétrica de aquellos cuerpos enardecidos, colocados ya en posición uno. El Conde se sintió atrapado por el crescendo de aquella tragedia que le llegaba silente: vio el pelo de ella, como una bandera desplegada por el viento, y la cara de él enrojecía con cada ráfaga del vendaval. Es el viento maldito, se dijo, cuando la mujer se acercó a la ventana y, sin dejar de gritar, cerró los batientes y obligó al espectador furtivo a imaginar el final. Cuando el Conde pensaba que seguramente el hombre tenía la razón, ella parecía una fiera, vio un auto enloquecido que doblaba en la esquina y frenaba con chillido de caucho calcinado frente al edificio de

Lisette Núñez Delgado. Finalmente vio cómo se abría la portezuela y ponía pie en tierra el tipo flaco y mal hecho que sería otra vez su compañero de trabajo: el sargento Manuel Palacios sonrió complacido cuando alzó la cabeza y descubrió que el Conde, entre tantas cosas que había visto, podía incluir ahora aquella demostración de automovilismo de Fórmula 1 en un Lada 1600.

Mentira, se dijo. La nostalgia no podía seguir siendo igual que antes. Ahora, a la altura de 1989, funcionaba como una sensación empalagosa y perfumada, cándida y apacible, que lo abrazaba con la pasión reposada de los amores bien añejados. El Conde se preparó y la esperó agresiva, dispuesta a pedir cuentas, a reclamar intereses crecidos con los años, pero un acecho tan prolongado había servido para limar todos los bordes ásperos del recuerdo y dejar apenas aquella sosegada sensación de pertenencia a un lugar y un tiempo cubiertos ya por el velo rosado de una memoria selectiva, que prefería evocar sabia y noblemente los momentos ajenos al rencor, al odio y a la tristeza. Sí, puedo resistirla, pensó al contemplar las columnatas cuadradas que sostenían el altísimo portal del viejo Instituto de Segunda Enseñanza de La Víbora, convertido después en el preuniversitario que sería la guarida, por tres años, de los sueños y esperanzas de aquella generación escondida que quiso ser tantas cosas que nunca lograrían ser. La sombra de las vetustas majaguas de flores rojas y amarillas ascendía por la breve escalinata, desdibujando el sol del mediodía y protegiendo, incluso, el busto de Carlos Manuel de Céspedes, que tampoco era el mismo: la efigie clásica de los viejos tiempos, de cabeza, cuello y hombros rundidos en bronce, ribeteada de verde por tantas lluvias, había sido sustituida por una imagen ultramoderna que parecía enterrada en un alto bloque de concreto mal fraguado. Mentira,



dijo otra vez, porque deseaba intensamente que todo pudiera ser mentira y la vida fuese un ensayo con retoques posibles antes de su ejecución final: por aquel portal y aquella escalera, el Flaco Carlos, cuando era muy flaco y tenía dos piernas saludables, había caminado y corrido y saltado con la alegría de los justos, mientras su amigo el Conde se dedicaba a mirar a todas las muchachas que no serían sus novias a pesar de sus mejores deseos de que así fuera, Andrés sufría (como sólo él era capaz de sufrir) sus penas de amor, y el Conejo, con su parsimonia invencible, se proponía cambiar el mundo rehaciendo la historia, a partir de un punto preciso que podía ser la victoria de los árabes en Poitiers, la de Moctezuma sobre Cortés o, simplemente, la permanencia de los ingleses en La Habana desde su conquista de la ciudad en 1762... Entre aquellas columnas, por aquellas aulas, tras esa escalinata y sobre esa plaza ilógicamente bautizada como Roja —porque era negra, sencillamente negra, como todo lo que podía tocar el hollín y la grasa del paradero de ómnibus tan cercano—, había terminado la niñez, y aunque apenas habían aprendido algunas operaciones matemáticas y leyes físicas empecinadamente invariables, se hicieron adultos mientras empezaron a conocer el sentido de la traición y también el de la maldad, vieron crecer arribistas y frustrarse a ciertos corazones cándidos, se enamoraron apasionadamente y se emborracharon de dolor y de alegría, y aprendieron, sobre todo, que existe una necesidad invencible que a falta de mejor nombre se conoce como amistad. No, no es mentira. Aunque sólo fuera como homenaje a la amistad, aquella nostalgia inesperadamente pausada valía la angustia de ser vivida, se convenció, cuando ya atravesaba las columnatas y escuchaba cómo Manolo le explicaba al bedel de la puerta que deseaban ver al director.

El bedel miró al Conde y el Conde miró al bedel y, por un instante, el policía se sintió atrapado en falta. Era un viejo de más de sesenta años,

pulcro y bien peinado, de ojos clarísimos, que se quedó mirando al teniente con cara de a-éste-yo-lo-conozco. Tal vez si Manolo no se hubiera presentado como policía, el bedel habría preguntado si él mismo no era el cabroncito aquel que se le escapaba todos los días a las doce y cuarto descolgándose por el patio de educación física.

De las aulas bajaba un murmullo leve y el patio interior estaba desierto. El Conde sintió definitivamente que aquel lugar, adonde regresaba después de quince años de ausencia, ya no era el mismo que él había dejado. Si acaso le pertenecía en el recuerdo, en el olor inconfundible del polvillo de la tiza y el aroma alcohólico de los stencils, pero no en la realidad, empecinada en confundirlo con un desorden de dimensiones: lo que suponía pequeño resultaba ser demasiado grande, como si hubiera crecido en aquellos años, y lo que creía inmenso podía ser insignificante o ilocalizable, pues tal vez sólo existió en su más afectiva memoria. Entraron en la secretaría y luego al vestíbulo de la Dirección, y entonces fue imposible que no recordara el día en que realizó aquel mismo recorrido para escuchar cómo era acusado de escribir cuentos idealistas que defendían la religión. El coño de su madre, casi dijo, cuando salió una joven del despacho del director y les preguntó qué se les ofrecía.

—Queremos hablar con el director. Venimos por el caso de la profesora Lissette Núñez Delgado.

Muchas veces se ha dicho que enseñar es un arte y hay mucha literatura y mucha frase bonita sobre la educación. Pero la verdad es que una cosa es la filosofía del magisterio y otra tener que ejercerlo todos los días, durante años y años. Bueno, discúlpennme, pero ni café puedo brindarles. Ni té. Pero siéntense, por favor. Lo que no se dice es que para

enseñar también hay que estar un poco loco. ¿Saben lo que es dirigir un preuniversitario? Mejor que ni lo sepan, porque es eso, una locura. Yo no sé qué está pasando, pero cada vez a los muchachos les interesa menos aprender de verdad. ¿Saben qué tiempo yo llevo en esto? Veintiséis años, compañeros, veintiséis: empecé de maestro, y ya llevo quince de director y cada vez creo que es peor. Hay algo que no está funcionando bien, la verdad, y estos muchachos de ahora son distintos. Es como si de pronto el mundo fuera demasiado rápido. Sí, es algo así. Dicen que es uno de los síntomas de la sociedad posmoderna. ¿Así que posmodernos nosotros, con este calor y las guaguas tan llenas? El caso es que todos los días salgo de aquí con dolor de cabeza. Está bien que se preocupen por el pelo, los zapatos y la ropa, que todos quieran estar, disculpen la palabra, templando como desaforados a los quince años, porque es lo lógico, ¿no?, pero también que se preocupen un poco por la escuela. Y todos los años les damos baja a unos cuantos porque les da por meterse a friquis y, según ellos, los friquis ni estudian ni trabajan ni piden nada: sólo que los dejen tranquilos, oiga eso, que los dejen tranquilos hacer la paz y el amor. Historia vieja de los años sesenta, ¿no?... Pero lo que más me preocupa es que ahora mismo usted agarra a uno de doce grado, que le faltan tres meses para graduarse, y le pregunta qué va a estudiar, y no sabe, y si dice que sabe, no sabe por qué. Están siempre como flotando y... Bueno, discúlpenme la perorata, que ustedes no son funcionarios del Ministerio de Educación, por suerte, ¿no?... Ayer por la mañana, sí, ayer, vinieron a decirnos lo de la compañerita Lissette. Yo no podía creerlo, la verdad. Siempre es difícil meterse en la cabeza que una persona joven, que uno ve todos los días, saludable, alegre, no sé, esté muerta. Es difícil, ¿verdad? Sí, ella empezó aquí con nosotros el curso pasado, con décimo grado, y la verdad es que ni yo ni su jefe de cátedra tenemos, digo, teníamos, ninguna queja de ella: cumplía con todo y lo hacía bien, creo

que es de las pocas gentes jóvenes que nos han llegado que de verdad tenían vocación de maestra. Le gustaba su trabajo y siempre estaba inventando cosas para motivar a los alumnos, lo mismo iba a un campismo con ellos que hacía repasos por las noches, Q se metía en la educación física con su grupo, porque jugaba muy bien al volleyball, la verdad, y creo que los muchachos la querían. Yo siempre he sido de la opinión que entre profesores y alumnos debe haber una distancia y que esa distancia la crea el respeto, no el miedo ni la edad: el respeto por el conocimiento y por la responsabilidad, pero también creo que cada maestro tiene su librito y si ella se sentía bien estando siempre con los alumnos y los resultados docentes eran buenos, ¿pues qué le iba a decir? El año pasado sus tres aulas completas aprobaron química, con casi noventa puntos de promedio, y eso no lo consigue todo el mundo, así que me dije: si ése es el resultado, pues vale la pena, ¿no? Bueno, suena a Maquiavelo, pero no es maquiavélico. De todas maneras un día le comenté algo del exceso de familiaridad, pero ella me dijo que así se sentía mejor y no se volvió a hablar de eso. Es una pena lo que ha pasado, y ayer tuvimos problemas con la asistencia por la tarde, porque fueron muchísimos alumnos al velorio y al cementerio, pero decidimos justificarles la ausencia... ¿En lo personal? No sé, ahí no la conocía tanto. Tuvo un novio que venía a recogerla en una moto, pero eso fue el año pasado, aunque en el velorio la profesora Dagmar me dijo que hace como tres días lo había visto esperándola allá fuera. Miren, Dagmar sí puede hablarles de ella, era su jefe de cátedra y creo que su mejor amiga aquí en el Pre, pero ella no vino hoy, le afectó de verdad lo de Lissette... Bueno, eso sí, se vestía muy bien, pero tengo entendido que el padrastro y la madre viajan al extranjero con frecuencia y es lógico que le traigan sus cositas de fuera, ¿no? Acuérdense de que ella también era muy joven, de esta misma generación... Qué lástima, con lo bonita que era...

El timbre decretó el fin del ensalmo: el murmullo leve de antes se trasformó en gritería de estadio desbordado y por los pasillos corrieron los muchachos en busca de la cafetería, de las novias y los novios y de los baños, donde inevitablemente se fumarían sus cigarros furtivos. Mientras Manolo apuntaba algunos datos del expediente laboral de la joven asesinada y la dirección de la profesora Dagmar, el Conde salió al patio con la intención de fumarse un cigarro y respirar el ambiente de sus recuerdos. Encontró los pasillos repletos de uniformes de color blanco y mostaza y sonrió, como un maldito. Iba a matar un fantasma amable, fumándose un cigarro allí mismo, en el sitio más prohibido, en pleno patio, justo sobre la rosa de los vientos que marcaba el corazón del instituto. Pero se contuvo en el último instante. ¿Abajo o en el primer piso? Dudó un momento dónde materializar su decisión. Arriba me gustaba más, se convenció, y subió las escaleras hacia el baño de los varones de la planta alta. El humo que se escapaba por la puerta era como una señal sioux: «aquí-se fuma-pipa de la paz», pudo leer en el aire. Entró y provocó el revuelo inevitable entre los fumadores clandestinos, desaparecieron los cigarros y todo el mundo quiso orinar a la vez. Rápidamente el Conde alzó los brazos y dijo:

—Hey, hey, que yo no soy profesor. Y vengo a fumar —y trató de parecer despreocupado cuando encendió al fin el cigarro ante las miradas desconfiadas de los muchachos. Para retribuir a los damnificados con su llegada ofreció la cajetilla de cigarros paseándola en círculo, aunque sólo tres de los jóvenes aceptaron la invitación. El Conde los iba mirando, como queriendo encontrarse a sí mismo y a sus amigos en aquellos estudiantes y le pareció otra vez que algo había cambiado: o ellos eran muy pequeños o éstos eran muy grandes, ellos lampiños y tan inocentes y

estos con barba de hombres, músculos de adultos y mirada demasiado segura. Quizás fuera cierto y sólo les preocupara templar, ahora que estaban en el mejor momento. ¿Y a ellos, hacía quince años, les importaban mucho las otras cosas? Tal vez no, pues en aquel mismo baño, sobre el primer lavabo, hubo un *graffiti* célebre que de algún modo explicaba aquella necesidad irreprimible a los dieciséis años: YO QUIERO MORIR SINGANDO: HASTA POR EL CULO, PERO SINGANDO, decía en su filosofía erótica elemental aquel letrero ya cubierto por la pintura y otras generaciones de *graffiti* más intelectuales como el que ahora leyó el Conde: ¿LA PINGA TIENE IDEOLOGÍA? Sólo cuando guardó la cajetilla de cigarros se decidió a preguntar:

—¿Alguno de ustedes fue alumno de la profesora Lissette?

Los fumadores que habían permanecido en el baño recuperaron la desconfianza apenas aplacada por el ofrecimiento de cigarros. Miraban al Conde como el Conde sabía que lo iban a mirar, y algunos se observaron entre sí, como diciendo, Cuidado, cuidado que éste tiene que ser policía.

—Sí, yo soy policía. Me mandaron a investigar la muerte de la profesora.

—Yo —dijo entonces un muchacho flaco y pálido, uno de los pocos que conservó el cigarro cuando el Conde violó la intimidad colectiva del baño. Fumó de la colilla mínima antes de dar un paso hacia el policía.

—¿Este año?

—No, el año pasado.

—¿Y qué tal era? Como profesora, digo.

—¿Si digo que era mala qué pasa? —probó el estudiante y el Conde pensó que se había encontrado con un álter ego del Flaco Carlos: demasiado suspicaz y socarrón para su edad.

—No pasa nada. Ya dije que no soy del Ministerio de Educación.

Quiero aclarar lo que pasó con ella. Y cualquier cosa me puede ayudar.

El flaco estiró el brazo para pedirle el cigarro a un compañero.

—No, era buena gente, la verdad. Se llevaba bien con nosotros.

Ayudaba a los que estaban embarcados.

—Dicen que era amiga de los alumnos.

—Sí, no era como los maestros más tembas que están en otra onda.

—¿Y cuál era la onda de ella?

El flaco miró hacia sus compañeros de fumadero, como esperando una ayuda que no llegó.

—No sé, iba a fiestas y eso. Usted me entiende, ¿no?

El Conde asintió, como si entendiera.

—¿Cómo tú te llamas?

El flaquito sonrió y movió la cabeza. Parecía decir: yo lo sabía...

—José Luis Ferrer.

—Gracias, José Luis —dijo el Conde y le extendió la mano. Entonces miró hacia el grupo—. Lo que me hace falta es, que si alguien sabe algo que pueda servir, le digan al director que me llame. Si de verdad la profesora era buena gente, creo que se lo merece. Nos vemos —y salió otra vez al pasillo, después de aplastar su cigarro en el lavabo y reflexionar un instante sobre la duda ideológica grabada en la pared.

En el patio lo esperaban Manolo y el director.

—Yo también estudié aquí —dijo entonces, sin mirar a su anfitrión.

—No me diga. ¿Y hace tiempo que no venía por aquí?

El Conde asintió con la cabeza y demoró la respuesta.

—Unos cuantos años, sí... Estuve dos cursos en aquella aula de allí —y señaló hacia un ángulo de la segunda planta, en la misma ala donde estaba el baño recién visitado—. Y yo no sé bien si éramos muy distintos a estos muchachos de ahora, pero no soportábamos al director.

—Los directores también cambian —dijo y acomodó sus manos en

los bolsillos de la guayabera. Parecía que fuera a iniciar otro discurso, para demostrar sus preocupaciones y su hábil dominio del espacio escénico. El Conde lo miró un instante, para ver si aquel cambio era posible. A lo mejor, pero no sería fácil convencerlo.

—Ojalá. Al de nosotros lo botaron por cometer fraude.

—Sí, aquí todo el mundo se sabe esa historia.

—Pero lo que no se dijo es que había varios profesores metidos en eso. Botaron al director y a dos jefes de cátedra, que parece que fueron los más embarcados en ese rollo. Quizás alguno de aquellos profesores todavía esté por aquí.

—¿Lo dice para alarmarme?

—Lo digo porque es verdad. Y porque aquel director botó de aquí a la mejor profesora que teníamos, una de español que hacía cosas parecidas a las de Lisette. Prefería estar con nosotros y nos enseñó a leer a mucha gente... ¿Usted ha leído *Rayuela*? A ella le parecía el mejor libro del mundo y lo decía de una forma que yo también lo pensé muchos años. Pero no sé si de verdad estos muchachos son muy distintos a nosotros. ¿Siguen fumando en los baños y escapándose por el patio de educación física?

El director quiso sonreír y avanzó un poco hacia el centro del patio.

—¿Usted se escapaba?

—Pregúntele a Julián el cancerbero, el conserje de la puerta. A lo mejor todavía se acuerda de mí.

Manolo se acercó, sigiloso, y se colocó junto a su jefe, pero muy lejos de la conversación. El Conde sabía que estaría observando a las muchachas, respirando el aroma de tantas virginidades amenazadas o inmoladas muy recientemente, y entonces lo imitó, pero sólo durante unos segundos, porque enseguida se sintió viejo, terriblemente alejado de aquellas muchachas en flor, de sayas amarillas cortadas sobre los muslos



y de una frescura que sabía irrecuperable para siempre.

—Bueno, ustedes me disculpan, pero es que yo...

—No se preocupe, director —dijo el Conde sonriéndole por primera vez—. Ya nos vamos. Pero quería hacerle una pregunta... difícil, como usted dice. ¿Usted ha oído algún comentario de que entre los muchachos se esté fumando marihuana?

La sonrisa del director, que esperaba otro tipo de dificultad en la pregunta, se convirtió en una mala caricatura de cejas unidas. El Conde asintió: sí, eso mismo, oyó bien.

—Oiga, ¿por qué me pregunta eso?

—Nada, por saber si eran de verdad distintos a nosotros.

El hombre pensó un instante antes de responder. Parecía confundido, pero el Conde sabía que estaba buscando la mejor respuesta.

—No lo creo, la verdad. Al menos yo no lo creo, aunque todo puede suceder, en una fiesta, en su barrio, no sé si los friquis la fuman... Pero yo no lo creo. Son despreocupados y un poco superficiales, pero no quise decir que fueran malos, ¿no?

—Ni yo tampoco —dijo el Conde y extendió su mano al director.

Avanzaron hacia la salida donde varios estudiantes trataban de convencer a Julián el cancerbero para que los dejara salir a algo que se planteaba como una urgencia inaplazable. No, no me hagan cuentos, si no es con un papel de la dirección de aquí no sale nadie, seguramente decía Julián, repitiendo su consigna de los últimos treinta años. Bueno, no son tan distintos, es la misma historia de siempre, pensó ahora el Conde, que, al pasar junto al bedel, volvió a mirarle a los ojos, y mientras el hombre abría la puerta para darles salida, le dijo:

—Julián, yo soy el Conde, el mismo que se escapaba por allá atrás para irme a oír los episodios de Guaytabó —y salió, satisfecho del pasado, a la ventolera del presente que desgajaba las últimas flores

primaverales de las majaguas. Sólo entonces notó que habían talado los dos árboles más cercanos a la escalinata, bajo los que había enamorado a un par de muchachas. Qué triste, ¿no?

—Discúlpeme, pero no puedo hasta eso de las siete —dijo, y el Conde pensó que últimamente todo el mundo se disculpaba y que la voz de la mujer seguía siendo dulce y convencida, como cuando afirmaba públicamente que a una cara angulosa le sienta mejor un largo de cabellos que sobrepase la mandíbula—. Es que estoy terminando un artículo que debo entregar mañana. ¿Puede ser a esa hora?

—Cómo no, cómo no. Vamos a ir. Hasta luego —se despidió, mientras comprobaba en el reloj que apenas eran las tres y media de la tarde. Colgó el teléfono y regresó al carro, cuando ya Manolo encendía el motor.

—Dime, ¿qué hubo? —preguntó el sargento sacando la cabeza por la ventanilla.

—Hasta las siete.

—Cago en su madre —dijo el otro y golpeó el timón con las dos manos. Ya le había contado al Conde que esa noche saldría con Adriana, su novia de turno, una mulata con el culo más duro que había tocado en su vida, y unas tetas que te hincaban y una cara que, vaya, para qué contar. Mira cómo me tiene, había dicho, abriendo los brazos, acusando a la más reciente adquisición sexual de su irremediable depauperación física.

—Vamos, déjame en la casa y me recoges a las seis y media —le propuso el teniente Mario Conde, pensando que no estaba dispuesto a ir en guagua hasta el Casino Deportivo sólo porque Manolo necesitara desesperadamente tocar el culo de Adriana.

El auto se puso en marcha y descendió por la colina negra de la Plaza Roja hacia la tiznada Calzada del 10 de Octubre.

—Llama a la jeva y dile que la ves a las nueve. Lo de Caridad debe ser rápido —propuso el Conde para tratar de aliviar la frustración de su compañero.

—Qué remedio, ¿no? ¿Y por qué no vemos ahora a la tal Dagmar?

El Conde miró la libreta donde Manolo había apuntado la dirección de la profesora.

—Prefiero no hacer más nada hasta que hablemos con la madre. Mejor llama tú a Dagmar y ponte de acuerdo para mañana. Y me hace falta que te ocupes de otra cosa: llégate a la Central y ve a ver a la gente de Drogas. Trata de hablar con el capitán Cicerón. Me hace falta que me digan todo lo que hay sobre marihuana por esta zona y que analicen la que apareció en el inodoro de Lisette. En esta historia hay varias cosas muy raras y esos restos de marihuana en el inodoro es lo que más me preocupa, porque hay que ser muy *amateur* para dejar una huella así.

Manolo esperó el cambio de luces en el semáforo de la Avenida de Acosta y entonces dijo:

—Y no hay robo tampoco.

—Sí, con un par de cosas que faltaran se podía pensar que ése era el móvil.

—Oye, Conde, ¿y de verdad tú crees que vamos a terminar temprano?

El teniente sonrió.

—Eres peor que una ladilla con insomnio.

—Conde, lo que pasa es que tú no has visto a Adriana.

—Coño, Manolo, si no es Adriana es su hermana, tú siempre tienes el mismo lío.

—No, viejo, no, esto es especial. Fíjate que hasta estoy pensando en casarme. Ah, ¿no me crees?, por mi madre te lo juro...

El Conde sonrió porque fue incapaz de calcular cuántas veces Manolo había hecho aquella misma promesa. Lo asombroso es que con tanto juramento en vano su madre siguiera viva. Miró hacia la Calzada, repleta de gentes que trataban desesperadamente de atrapar una guagua para regresar a sus casas a continuar una vida que casi nunca solía ser normal. Después de tantos años trabajando en la policía se había acostumbrado a ver a las personas como casos posibles en cuyas existencias y miserias tendría que escarbar alguna vez, como un ave carroñera, y destapar toneladas de odio, miedo, envidia e insatisfacciones en ebullición. Ninguna de las gentes que iba conociendo en cada caso que investigaba era feliz, y aquella ausencia de felicidad que también alcanzaba su propia vida le resultaba ya una condena demasiado larga y agotadora, y la idea de dejar aquel trabajo empezaba a convertirse en una decisión. Después de todo, pensó, esto es simpático: yo poniendo en orden la vida de las gentes, ¿y la mía cómo la enderezo?

—¿De verdad te gusta ser policía, Manolo? —le preguntó, casi sin proponérselo.

—Creo que sí, Conde. Además, no sé hacer otra cosa.

—Pues si te gusta estás loco. Yo también estoy loco.

—Me gusta la locura —admitió Manolo, que atravesó la línea del tren sin alterar la velocidad—. Igual que al director del Pre.

—¿Qué te pareció el hombre?

—No sé, Conde, creo que no me gustó, pero no me hagas mucho caso. Es una impresión.

—De impresión a impresión: yo tengo la misma.

—Oye, Conde, le digo a Adriana que a las ocho y media, ¿verdad?

—Ya te dije que sí, Manolo. Oye, tú que te las das de haber tenido tantas mujeres, ¿alguna vez tuviste una que tocara el saxofón?

Manolo aminoró apenas la marcha para mirar a su jefe, y sonrió:

—¿Con la boca?

—Vaya a que le den por el saco —soltó el Conde y también sonrió.

No hay respeto, se dijo, mientras encendía un cigarro, un par de cuabras antes de llegar a su casa. Ahora se sentía mejor: tenía casi tres horas libres y se iba a sentar a escribir. A escribir cualquier cosa. A escribir.

Exigí Los Beatles. Será tu grabadora y todo lo que tú quieras, pero yo tengo ganas de oír a los cabrones Beatles, *Strawberry Fields* es la mejor canción de la historia del mundo, defendí mis gustos, así, con vehemencia, ¿y para qué coño me llamaste? Dulcita, dijo él. Era tan flaco que a veces parecía que no iba a poder hablar y la nuez se le movió, como si tragara algo. Sí, ¿y qué más? Dulcita que se va. Se va, me dijo, y de pronto no supe para dónde carajos se iba a ir: para su casa, para la escuela, para la luna o para la Loma del Burro, cuando me di cuenta de que el único burro allí era yo; se va es irse, pirarse, partir raudo y veloz, ir echando, con un solo destino: Miami. Se va es no volver. ¿Pero cómo es eso, compadre? Ayer por la noche me llamó por teléfono y me lo dijo. Desde que me pelee con ella casi no la veo, a veces me llama, o yo la llamo, seguimos siendo buenos socios a pesar de la mierda que le hice con Marián, y me lo dijo: Me voy.

La luz de la tarde entraba por la ventana y pintaba de amarillo el cuarto. *Strawberry Fields* era ahora una canción triste y nos miramos sin hablar. ¿Hablar de qué? Dulcita era la mejor de todos nosotros, la defensora de los humildes y los menesterosos, le decíamos para joderla, la única que oía a los demás y a la que todos queríamos porque sabía querer, era igual que nosotros, y de pronto se va. Tal vez nunca la volveríamos a ver para decir, Pero, coño, qué buena está Dulcita, ni le podríamos escribir, ni le podríamos hablar, casi ni la podríamos recordar,

porque se va y el que se va está condenado a perderlo todo, hasta el espacio que ocupa en la memoria de los amigos. ¿Pero por qué se va? No sé, me dijo, no se lo pregunté: eso no importa, tú, lo que importa es que se va, me dijo y se puso de pie y se paró contra la ventana y la claridad no me dejaba verle la cara cuando me dijo, Qué mierda, ¿no?, se va, y supe que en aquel momento él podía llorar y estaba muy bien que llorara, porque ya hasta los recuerdos estarían incompletos, y entonces me dijo: Esta noche voy a verla. Yo también, le dije. Pero nunca la vimos: la madre de Dulcita nos dijo, Ella está enferma, está durmiendo, pero sabíamos que ni dormía ni estaba enferma. Es que se va, pensé, y viví mucho tiempo sin entender por qué: Dulcita, la perfecta, la mejor, aquella mujer que tantas veces demostró ser un hombre, un hombre a todo. Caminamos de regreso, callados como dolientes, y después de atravesar la Calzada recuerdo que el Flaco me dijo: Mira qué bonita está la luna.

El Conde siempre había pensado que le gustaba aquel barrio: el Casino Deportivo había sido totalmente construido en los años cincuenta para una burguesía incapaz de llegar a fincas y piscinas, pero dispuesta a pagar el lujo de tener una habitación para cada hijo, un portal agradable y un garaje para el carro que no iba a faltar. La diáspora de la mayor parte de los moradores originarios y el paso de los años no habían conseguido, todavía, variar demasiado la fisonomía de aquel reparto. Porque es un reparto, no un barrio, se rectificó el Conde cuando el auto avanzó por la calle Séptima, en busca de la intercepción con la Avenida de Acosta, y notó que allí oscurecía sosegadamente, sin cambios bruscos, y no había ventolera, como si las contingencias e impurezas de la ciudad estuviesen prohibidas en aquel coto pasteurizado casi completamente ocupado por los nuevos dirigentes de los nuevos tiempos. Las casas seguían pintadas,

los jardines cuidados y los *car-porsh* ocupados ahora por Ladas, Moskovichs y Fiats polacos de reciente adquisición, con sus cristales oscuros y excluyentes. La gente apenas caminaba por la calle, y los que lo hacían andaban con la calma dada por la seguridad: en este reparto no hay ladrones, y todas las muchachas son lindas, casi pulcras, como las casas y los jardines, nadie tiene perros satos y las alcantarillas no se desbordan de mierda y otros efluvios coléricos. Allí el Conde había asistido a algunas de las mejores fiestas de su época del Pre: siempre había un combo, los Gnomos, los Kent, los Signos, y siempre se bailaba rock, nunca ruedas de casino ni nada de música latina, y las fiestas no terminaban a botellazo limpio, como en su barrio, pendenciero y mal pintado. Sí, era un buen lugar para vivir, dijo, cuando vio la casa de dos plantas —linda también, y pintada y con jardincito podado— donde vivía Caridad Delgado.

La madre de Lissette tenía el pelo rubio, casi blanco, aunque muy cerca del cráneo se descubría su persistente color: un castaño oscuro que tal vez ella consideraba demasiado vulgar. El Conde sintió deseos de tocárselo: había leído que, al morir, el pelo de Marilyn Monroe, después de tantos años de decoloraciones implacables para forjar aquel rubio perfecto e inmortal, parecía un manojo de paja reseca por el sol. El de Caridad Delgado, sin embargo, lograba lucir vivo, resistente. La cara no; a pesar de los consejos que regalaba a las demás mujeres y que ella misma debía de practicar con un fanatismo pertinaz, sus cincuenta años eran algo inocultable: la piel de los carrillos había comenzado a plegarse desde el borde mismo de los ojos y ya a la altura del cuello la cascada de pliegues formaba una bolsa blanda, irreverente. Pero debió de haber sido una mujer hermosa, aunque era mucho más pequeña de lo que aparentaba en la televisión. Para demostrarle al mundo y a sí misma que todavía quedaban glorias, y que «la belleza y la felicidad son posibles», llevaba

un pullover sin ajustadores a través del cual se marcaban, amenazantes aún, unos pezones rollizos, como chupetes para niños.

Manolo y el Conde entraron en la sala de la casa y, como siempre, el teniente comenzó su inventario de utilidades.

—Siéntense un momento, por favor, voy a traerles café, ya debe de estar colando.

Un equipo de música con dos bafles relucientes y una torre giratoria para guardar los casetes y los compactos; televisor en colores y vídeo marca Sony; lámparas ventilador en cada techo; dos dibujos firmados por Servando Cabrera en los que se veía la lucha de dos torsos y grupas: en uno la penetración victoriosa discurría frente a frente y con honestidad, mientras que en el otro se lograba *per angostan viam*; los muebles de mimbre, de una rusticidad estudiada, no eran de la estirpe común que desde el lejano Viet Nam había llegado a las tiendas. El conjunto era agradable: heléchos que pendían del techo, cerámicas de diversos estilos y un pequeño barcito de ruedas en el que el Conde descubrió, acongojado y envidioso, una botella de Johnny Walker (Black Label) cargada hasta los hombros y una garrafa de un litro de Flor de Caña (añejo), que parecía desbordarse en su inmensidad. Así cualquiera es bello y tal vez hasta feliz, se dijo, cuando vio regresar a Caridad con una bandeja sobre la que temblaban tres tazas.

—No debería tomar café, estoy alteradísima, pero el vicio me consume.

Le entregó las tazas a los hombres y ocupó una de las butacas de mimbre. Probó su café, con la tranquilidad que incluye levantar el dedo índice en el que brillaba una sortija de platino con un coral negro engarzado. Dio varios sorbos y suspiró:

—Es que tuve que escribir hoy mi artículo del domingo. La secciones fijas son así, lo esclavizan a uno; quieras o no tienes que escribir.



—Claro —dijo el Conde.

—Bueno, ustedes dirán —se preparó después de abandonar la taza.

Manolo se inclinó para devolver también su taza a la bandeja y se quedó anclado en el borde de la butaca, como si pensara levantarse en cualquier momento.

—¿Desde cuándo Lissette vivía sola? —empezó, y aunque desde su posición el Conde no podía verle la cara, sabía que sus pupilas, fijas en las de Caridad, empezaban a unirse, como arrastradas por un imán oculto tras el tabique de la nariz. Era el caso de bizquera intermitente más singular que el Conde hubiese visto.

—Desde que se graduó en el Pre. Ella siempre fue muy independiente, bueno, estudió becada muchos años, y el apartamento estaba vacío desde que su padre se casó y se mudó para Miramar. Entonces, cuando empezó la universidad, ella quiso irse para Santos Suárez.

—¿Y no le preocupaba que estuviera sola?

—Ya le dije...

—Sargento.

—Que era muy independiente, sargento, se sabía hacer sus cosas, y, por favor, ¿es necesario sacar ahora esas cuentas?

—No, perdóneme. ¿Ella tenía novio ahora?

Caridad Delgado pensó un instante y aprovechó para mejorar su posición. Se colocó de frente a Manolo.

—Creo que sí, pero no puedo decirle nada seguro sobre eso. Ella hacía su vida... No sé, me habló hace poco de un hombre mayor.

—¿Un hombre mayor?

—Creo que me dijo eso.

—Pero tuvo un novio que andaba en una moto, ¿verdad?

—Sí, Pupy. Aunque hace rato se pelearon. Lissette me dijo que había

tenido una discusión con él pero no me explicó. Nunca me explicaba nada. Ella siempre fue así.

—¿Qué más sabe de Pupy?

—No sé, creo que le gustan las motos más que las mujeres. Ustedes me entienden, ¿verdad? No se bajaba de la moto en todo el santo día.

—¿Dónde vive?, ¿qué hace?

—Vive en el edificio que está al lado del cine Los Ángeles. El edificio del Banco de los Colonos, pero no sé en qué piso —dijo y pensó antes de seguir—. Y creo que no hacía nada, vivía de arreglar motos y eso.

—¿Cómo eran las relaciones de ustedes dos?

Caridad miró al Conde y había una súplica en sus ojos. El teniente encendió un cigarro y se dispuso a oírla. Lo siento, vieja.

—Bueno, sargento, no muy cercanas, por decirlo de alguna forma. —Hizo una pausa y se observó las manos, manchadas por unas pecas cobrizas. Sabía que caminaba por un suelo fangoso y debía calcular cada paso—. Yo siempre he tenido muchas responsabilidades en mi trabajo y mi esposo igual, y el padre de Lisette tampoco paraba en la casa cuando vivíamos juntos y ella estudió becada... No sé, nunca estuvimos muy unidas, aunque yo siempre me ocupaba de ella, le compraba cosas, le traía regalos cuando viajaba, trataba de complacerla. La relación con los hijos es una profesión muy difícil.

—Algo así como las secciones fijas —opinó el Conde—. ¿Lisette le contaba sus problemas?

—¿Qué problemas? —preguntó como si hubiese escuchado una herejía y logró sonreír, adelgazando apenas los labios. Alzó una mano a la altura del pecho y mostró los dedos, lista para ejecutar una convincente enumeración—. Ella lo tenía todo: una casa, una carrera, estaba integrada, siempre fue buena estudiante, tenía ropa, era joven...

Los dedos de la mano fueron insuficientes para el conteo de bienes y utilidades y dos lágrimas corrieron entonces por la cara marchita de Caridad. Al terminar, su voz perdió brillo y ritmo. No sabe llorar, se dijo el Conde, y sintió lástima por aquella mujer que hacía mucho tiempo había perdido a su única hija. El teniente miró a Manolo y con los ojos le pidió que le dejara la conversación. Apagó su cigarro en un amplio cenicero de vidrio coloreado y se volvió a recostar.

—Caridad, usted debe comprender. Nosotros debemos saber qué pasó y esta conversación es inevitable.

—Yo sé, yo sé —dijo, recomponiéndose las arrugas de los ojos con el dorso de la mano.

—Algo muy raro sucedió con Lissette. No lo hicieron para robarle, porque como usted sabe no parece faltar nada en la casa, ni fue una violación común, porque además la maltrataron. Y lo que es más alarmante: esa noche hubo música y baile en su casa y fumaron marihuana en el apartamento.

Caridad abrió los ojos y luego dejó caer los párpados muy lentamente. Un instinto profundo la hizo llevarse una mano al pecho, como tratando de proteger los senos que palpitaban bajo la tela del pullover. Parecía vencida y diez años más vieja.

—¿Lissette consumía drogas? —preguntó entonces el Conde dispuesto a aprovechar su superioridad.

—No, no, ¿cómo van a pensar eso? —se rebeló la mujer, recuperando algo de su devastada seguridad—. No puede ser. Que tuviera varios novios o que fuera a fiestas o que un día se tomara unos tragos, eso sí, pero drogas no. ¿Qué le han dicho de ella? ¿No saben que era militante desde los dieciséis años, que siempre fue una estudiante ejemplar? Hasta fue delegada al Festival de Moscú y era vanguardia desde la primaria... ¿No sabían eso?

—Sí lo sabíamos, Caridad, pero también sabemos que la noche que la mataron se fumó marihuana en su casa y se bebió bastante alcohol. Quizás hasta se consumieron otras drogas, pastillas... Por eso nos interesa tanto saber quiénes pudieron ser sus invitados a esa fiesta.

—Por Dios —invocó ella entonces, anunciando el alud final: un sollozo áspero salió de su pecho, agrietó su cara, y hasta su pelo, rubio, vivo y resistente, pareció transformarse en una peluca mal llevada. El poeta tenía razón, pensó el Conde, demasiado adicto a las verdades poéticas: de pronto aquella mujer de pelo platinado se había quedado sola como un astronauta frente a la noche espacial.

—¿Te gusta este reparto, Manolo?

El sargento lo pensó un instante.

—Es lindo, ¿no? Creo que a cualquiera le gustaría vivir aquí, pero no sé...

—¿No sabes qué?

—Nada, Conde, ¿te imaginas a un desarrapado como yo, sin carro ni perro de raza ni beneficios, en un barrio así? Mira, mira, todo el mundo tiene carro y casa linda; yo creo que por eso se llama Casino Deportivo: aquí todo el mundo está en competencia. Ya me sé esas conversaciones: Vecina viceministra, ¿cuántas veces fuiste al extranjero este año? ¿Este año? Seis... ¿Y tú, mi querida directora de empresa? Ah, yo fui nada más que ocho, pero no traje muchas cosas: las cuatro gomas del carro, el arreo de cuero de mi *poodle toy*, ah, y el *micro-wave*, que es una maravilla para la carne asada... ¿Y quién es más importante, tu marido que es dirigente o el mío que está trabajando con extranjeros?...

—A mí tampoco me gusta tanto este reparto —admitió el Conde y escupió por la ventanilla del carro.

Candito el Rojo había nacido en un solar de la calle Milagros, en Santos Suárez, y aunque ya había cumplido treinta y ocho años todavía vivía allí. En los últimos tiempos, las cosas habían mejorado en aquel solar; la muerte del vecino más cercano había dejado libre un cuarto que se sumó, sin mayores complicaciones legales —«Por los cojones de mi padre», le había dicho Candito—, a la única habitación de la morada original de la familia y, gracias a la altura del puntal de aquella casona de principios de siglo, devaluada y convertida en cuartería en los años cincuenta, su padre había construido una barbacoa y aquello empezó a parecer una casa: dos habitaciones en la parte más cercana al cielo, y el sueño solariego al fin realizado de poseer un bañito propio, una cocina y una sala comedor en los bajos. Los padres de Candito el Rojo ya habían muerto, su hermano mayor cumplía el sexto de sus ocho años de condena por robo con fuerza y la mujer del Rojo se había divorciado de él y se había llevado a los dos muchachos. Ahora Candito disfrutaba su amplitud hogareña con una mulatica dócil de veintipico de años que lo ayudaba en su trabajo: fabricar artesanalmente chancletas de mujer, de las que tenía una demanda permanente.

El Conde y Candito el Rojo se habían conocido cuando el Conde entró en el Pre de La Víbora y Candito iniciaba por tercera vez el onceno grado que nunca aprobaría. Inesperadamente, un día en que a los dos les cerraron la puerta de entrada por haber llegado diez minutos tarde, el Conde le regaló un cigarro a aquel jabao de pasas cobrizas y comenzaron una amistad que ya duraba diecisiete años y de la que el Conde había sacado siempre el mejor provecho: desde la protección de Candito cuando una noche evitó que le robaran la comida en la escuela al campo, hasta los esporádicos encuentros que últimamente tenían si el Conde

necesitaba algún consejo o información.

Cuando lo vio llegar, Candito el Rojo se sorprendió. Hacía varios meses que no lo visitaba y, aunque el Conde era su amigo, la visita del policía nunca era una presencia inocente para Candito. Al menos mientras el Conde no demostrara lo contrario.

—El Conde, carajo —dijo después de mirar hacia el pasillo del solar y descubrir que estaba vacío—, ¿qué se te perdió por aquí?

El teniente le tendió la mano y sonrió.

—Mi socio, ¿qué tú haces para no ponerte viejo?

Candito le cedió el paso y le indicó uno de los sillones de hierro.

—Por dentro me conservo con alcohol y por fuera con esta jeta que Dios me dio: más dura que un palo —y gritó hacia el interior de la casa—. Cuqui, pon la cafetera ahí, que llegó el Condesito.

Candito levantó las manos, como pidiéndole tiempo a un árbitro, y avanzó hacia un pequeño aparador de madera y extrajo su medicina personal de preservación interior: le mostró al Conde una botella de añejo, casi completa, que le removiό al policía la sed que le provocara el bar inexpugnable de Caridad Delgado. Tomó dos vasos y, sobre la mesa, sirvió el ron. Haciendo a un lado la cortina de tela que separaba la sala de la cocina, Cuqui asomó la cara y sonrió.

—¿Cómo estás, Conde?

—Aquí, esperando el café. Aunque ya no estoy tan apurado —dijo, mientras aceptaba el vaso que le ofrecía Candito. La muchacha sonrió y, sin agregar palabra, escondió la cabeza tras la cortina.

—Oye, esa niña es mucho pa ti.

—Pa eso uno se mete en candela y se busca unos pesos, ¿no? —aceptó Candito y se tocó el bolsillo.

—Hasta que un día te busques un lío.

—Oye, que esto es legal, mi socio. Pero si hay líos tú me vas a

ayudar, ¿verdad?

El Conde sonrió y pensó que sí. Iba a ayudarlo. Desde que trabajaba como oficial investigador, Candito el Rojo lo había ayudado a resolver varios problemas y los dos sabían que la influencia del Conde en caso de necesidad era la moneda de cambio con la que operaban. Además de una vieja deuda y los años de amistad, se dijo el Conde y bebió goloso un trago largo del añejo.

—Está tranquilo el solar, ¿no?

—Compadre, le dieron casa a la gente del primer cuarto y esto está ahora más tranquilo que un sanatorio. Oye, oye, qué silencio.

—Menos mal.

—¿Y qué te pasa ahora? —preguntó Candito recostándose en su sillón.

El Conde tomó un trago bien largo de añejo y encendió un cigarro, porque siempre le sucedía lo mismo: no encontraba cómo plantearle a Candito que le sirviera de informante. El sabía que, a pesar de la amistad y la discreción y el ropaje de un favor a un viejo amigo, sus encargos iban contra la ética callejera y estricta de un tipo como Candito el Rojo, nacido y criado en aquel solar fogoso donde los valores de la hombría excluían desde el primer capítulo la posibilidad de aquel género de colaboración con un policía: con cualquier policía. Entonces decidió empezar moviéndose por las ramas.

—¿Tú conoces a un pepillo que se llama Pupy, que vive en el edificio del Banco de los Colonos y tiene una moto?

Candito miró hacia la cortina de la cocina.

—Creo que no. Tú sabes que aquí hay dos mundos, Conde, el de los niños de papá y el de la gente de la calle, como yo. Y los niños de papá son los que tienen Ladas y motos.

—Pero eso es a tres cuadras de aquí.

—A lo mejor lo he visto, pero no me suena. Y no midas eso por cuadras: esa gente vive en la gloria y yo la tengo que pulir todos los días pa inventar un baro. No jodas, tú conoces la calle, mi socio. ¿Pero qué pasa con el tipo?

—No, hasta ahora nada. Es que tiene que ver con una candela que me interesa resolver. Una candela fea, porque hay un muerto por el medio —dijo y terminó el ron. Candito le volvió a servir y entonces el Conde se decidió a tocar fondo—: Rojo, me hace falta saber si en el Pre hay drogas, sobre todo marihuana, y quién la está llevando.

—¿En el Pre de nosotros?

El Conde asintió mientras encendía el cigarro.

—¿Y se echaron a uno?

—Una profesora.

—Candela de verdad... ¿Y cómo es el pase?

—Lo que te dije... La noche que la mataron se fumaron por lo menos un pito en su casa.

—Pero eso no tiene que ver con el Pre. A lo mejor salió de otra parte.

—Coño, Rojo, el policía soy yo, ¿no?

—Pérate, socio, pérate. La cosa es así: a lo mejor el Pre no tiene que ver con eso.

—El lío es que ella vive cerca de aquí, como a ocho cuadras, y Pupy fue novio de ella, pero parece que seguía cayéndole atrás. Y yo te digo: si la hierba se mueve en el barrio, puede llegar hasta la gente del Pre.

Candito sonrió y con un ademán le pidió un cigarro al Conde: ahora sus manos estaban coronadas por unas uñas largas y afiladas, necesarias para su trabajo de zapatero.

—Conde, Conde, tú sabes que en todos los barrios se mueve y que no solo es hierba lo que hay en el ambiente...

—Perfecto, compadre, perfecto. Averigúame con la gente del barrio si



alguien del Pre la está comprando: una profesora, un alumno, un conserje, no sé. Y averigua también si Pupy le mete al pito.

Candito encendió el cigarro y aspiró dos veces. Entonces clavó sus ojos en los del Conde y, mientras se acariciaba el bigote, sonrió.

—Así que marihuana en el Pre...

—Oye, Candito, eso te quería preguntar: ¿había en la época de nosotros?

—¿En el Pre? No, no. Había dos o tres arrebatos que a veces se sonaban un taladro en las fiestas con los Gnomos o con los Kent, o se empastillaban y arriba le metían ron, ¿te acuerdas cómo se ponían esas fiestas? Ahí a veces había, pero era un cigarro para cien. Ernestico el Rubio era el que a veces la conseguía en su barrio.

—¿No jodas que Ernestico? —se asombró el Conde al recordar la voz pastosa y el semblante apacible de Ernestico: unos decían que era comemierda, y otros apostaban a que era comemierda y medio—. Bueno, pero eso es historia. Ahora es cuando vale. ¿Me vas a tirar un cabo?

Candito miró un instante sus uñas afiladas. No va a decir que no, pensó el Conde.

—Está bien, está bien, deja ver si te puedo ayudar... Pero ya tú sabes: *no names*, como dicen los yumas.

El Conde, entonces, sonrió, con una discreta dulzura, para avanzar un paso más.

—No me pongas esa, compadre, si le están vendiendo a alguien del Pre, va a haber tremenda cagazón, y más con un muerto por el medio.

Candito pensó un instante. El Conde temía aún una negativa que casi llegaba a entender.

—Un día me vas a quemar, asere, y de una candela así no me va a salvar nadie. Cuando tú te enteres vas a tener que espantarme las hormigas de la boca —dijo, y el Conde respiró. Bebió otro trago de ron y

buscó el mejor modo de sellar el pacto.

—Otra cosa, compadre, tengo una jevita ahí que quiero tumbar... ¿Están buenas las chancletas que estás metiendo ahora?

—Mamey, Condesito, y pa' ti, pa' ti, con cincuenta cañas te limpias el pecho. Y si no tienes plata, pues te las regalo. ¿Qué número usa el pollo?

El Conde sonrió y movió la cabeza, negando.

—Estoy jodío, compadre, no sé de qué tamaño tiene la pata —dijo y levantó los hombros, y pensó que a la próxima mujer que conociera, antes de mirarle las nalgas o las tetas, le preguntaría el número que calzaba. Nunca se sabe cuándo ese dato puede hacer falta.

El recuerdo más remoto que Mario Conde tenía del amor se lo debía, como casi todo el mundo, a su profesora de kindergarten, una muchacha pálida y de dedos largos, que lo rociaba con su aliento cuando le tomaba las manos para colocarle los dedos sobre el teclado del piano, mientras, en un sitio impreciso entre las rodillas y el abdomen del niño, crecía una suave desesperación. Desde entonces el Conde empezó a soñar con su profesora, dormido y despierto, y una tarde le confesó al abuelo Rufino que quería ser grande para casarse con aquella mujer —a lo que el viejo le respondió: Yo también quiero—. Muchos años después, cuando estaba en vísperas de su matrimonio, el Conde supo que aquella joven de la que jamás volvió a tener noticias después de las vacaciones de verano estaba otra vez en el barrio. Había venido desde New Jersey por diez días para visitar a sus familiares y decidió ir a verla pues, aunque muy raras veces se acordaba de ella, en realidad nunca había podido olvidarla del todo. Y se felicitó por su decisión, pues ni siquiera los años, las canas y la gordura habían logrado disipar la belleza serena de aquella maestra a la

que debía su primera erección por contacto y la conciencia remota de la necesidad de amar.

Algo de aquella mujer, más presentida que sentida cuando sólo tenía cinco años y su abuelo Rufino el Conde lo paseaba por todas las vallas de gallos de La Habana, había resurgido en la imagen de Karina. No era un detalle preciso, porque además de las manos lánguidas y el color limpio de la piel de su maestra, nada había sobrevivido en la memoria del policía: era más bien una atmósfera ecuaníme, como un velo azul, que obraba el milagro de una sensualidad reposada y a la vez incontenible. No tenía remedio: se había enamorado de Karina igual que de aquella maestra y ahora era capaz de oír, mientras espiaba la casa donde vivía la joven, la melodía cálida del saxofón que ella tocaba, sentada sobre el muro de la ventana, mientras las rachas nocturnas del incansable viento de Cuaresma le alborotaban el pelo. El, sentado en el suelo, le acariciaba los pies y dibujaba con sus dedos cada falange, cada rincón terso o suave de sus plantas, para apropiarse con sus manos de todos los pasos que aquella mujer había dado por el mundo hasta llegar a su corazón, definitivamente. ¿Usará un cuatro y medio o un cinco?

—La mató el Pupy ese, me la juego. Estaba celoso y por eso la mató, pero se la templó primero.

—No digas eso, tú, eso ya no lo hace nadie. Mira, mira, salvaje, eso es cosa de un loco, un sicópata de esos que da golpes, viola y estrangula. Si ya yo vi esa película el sábado pasado por la noche.

—Caballeros, caballeros, pero ustedes se han puesto a pensar qué hubiera pasado si la muchacha en vez de ser profesora hubiera sido, es un decir, ¿no?, cantante de ópera, muy famosa, claro, y en vez de matarla en su apartamento la matan en medio de una función de *Madame Butterfly*,

en un teatro lleno de gentes, en el momento...

—¿Por qué los tres no van a lavarse el culo? —preguntó por fin el Conde, con toda su seriedad, ante los rostros sonrientes de sus tres amigos y de Josefina, que movía la cabeza y lo miraba, como diciéndole, te están vacilando, Condesito—. La verdad que tienen hoy el comemierda de turno. Yo hago el café y ustedes friegan —concluyó y se levantó en busca de la cafetera.

El Flaco Carlos, el Conejo y Andrés lo observaron desde la mesa sobre la que permanecían, como restos de un desastre nuclear, los platos, las fuentes, las cazuelas, los vasos y las botellas de ron desangradas por la voracidad digestiva y alcohólica de aquellos cuatro jinetes del Apocalipsis. Josefina había tenido la idea de invitar esa noche a Andrés, convertido en su médico de cabecera desde que unos dolores nuevos la sorprendieron hacía tres meses y, como siempre, contempló la posibilidad más causal que casual de que llegara el Conde, siempre muerto de hambre, y entonces apareció también el Conejo, él le traía unos libros al Flaco, dijo, y se sumó tranquilamente a la actividad priorizada, como calificó a aquella comida bien condimentada con la nostalgia de cuatro ex compañeros de Pre situados ya en la recta veloz que conduce a los cuarenta. Pero Josefina no se amilanó —es invencible, pensó el Conde, cuando la vio que, después de tener casi un minuto las manos sobre la cabeza, sonrió, porque la bombilla de las ideas culinarias se le había encendido: ella podía matar el hambre de aquellos depredadores.

—Ajiaco a la marinera —anunció entonces, y colocó sobre el fogón su olla de banquetes casi mediada de agua y agregó la cabeza de una cherna de ojos vidriosos, dos mazorcas de maíz tierno, casi blanco, media libra de malanga amarilla, otra media de malanga blanca y la misma cantidad de ñame y calabaza, dos plátanos verdes y otros tantos que se

derretían de maduros, una libra de yuca y otra de boniato, le exprimíó un limón, ahogó una libra de masas blancas de aquel pescado que el Conde no probaba hacía tanto tiempo que ya lo creía en vías de extinción, y como quien no quiere las cosas añadió otra libra de camarones—. También puede ser langosta o cangrejo —acotó tranquilamente Josefina, como una bruja de *Macbeth* ante la olla de la vida, y por fin lanzó sobre toda aquella solidez un tercio de taza de aceite, una cebolla, dos dientes de ajo, un ají grande, una taza de puré de tomate, tres, no, mejor cuatro cucharaditas de sal—. Leí el otro día que no es tan dañina como decían, menos mal —y media de pimienta, para rematar aquel engendro de todos los sabores, olores, colores y texturas, con un cuarto de cucharadita de orégano y otro tanto de comino, arrojadas sobre el sopón con un gesto casi displicente. Josefina sonreía cuando empezó a revolver la mezcla—. Da para diez personas, pero con cuatro como ustedes... Esto lo hacía mi abuelo, que era marinero y gallego, y según él este ajiaco es el padre de los ajiacos y le saca ventaja a la olla podrida, al *pot-pourri* francés, al *minestrone* italiano, a la cazuela chilena, al sancocho dominicano y, por supuesto, al *borsch* eslavo, que casi no cuenta en esta competencia de sopones latinos. El misterio que tiene está en la combinación del pescado con las viandas, pero fíjense que falta una, la que siempre se le echa al pescado: la papa. ¿Y saben por qué?

Los cuatro amigos, hipnotizados por aquel acto de magia, con las bocas abiertas y miradas de incredulidad, negaron con la cabeza.

—Porque la papa tiene un corazón difícil y estas otras son más nobles.

—José, ¿y de dónde coño tú sacas todo esto? —preguntó el Conde, al borde del infarto emotivo.

—No seas tan policía y saca los platos, anda.

El Conde, Andrés y el Conejo votaron por concederle la categoría del

mejor ajiaco del mundo, pero Carlos, que había tragado tres cucharadas cuando los otros apenas comenzaban a soplar la humareda que brotaba de sus platos, señaló críticamente que otras veces su madre lo había hecho mejor.

Tomaron el café, fregaron la loza y Josefina decidió irse a ver la película de Pedro Infante que pasaban en «Historia del Cine», porque prefería aquella historia de charros de lujo a la discusión que se armó entre los comensales con el primer trago de la tercera botella de ron de la noche.

—Mira, salvaje —dijo el Flaco después de tragarse otra línea de alcohol—, ¿tú de verdad crees que la marihuana tiene que ver con el Pre?

El Conde encendió su cigarro e imitó el ejemplo étlico de su amigo.

—No sé, Flaco, la verdad, pero es un presentimiento. Desde que entré en el Pre sentí que aquello era otro lugar, otro mundo, y que no lo podía ver como si fuera el Pre de nosotros. Es una cosa extrañísima llegar a un lugar que te sabías de memoria y darte cuenta que ya no es como te lo imaginabas. Pero yo creo que nosotros éramos más inocentes y estos de ahora son más bichos, o más cínicos. A nosotros nos encantaba el lío de tener el pelo largo y oír música como benditos, pero nos dijeron tantas veces que teníamos una responsabilidad histórica que llegamos a creerlo y todo el mundo sabía que debía cumplirla, ¿no? No había hippies ni estos friquis de ahora. Este —y señaló al Conejo— se pasaba el día con la cantaleta de que iba a ser historiador y se leyó más libros que toda la cátedra de historia junta. A éste —y ahora le tocó a Andrés— se le metió en la cabeza ser médico y es médico, y se pasaba el día jugando pelota porque quería llegar a la Nacional. Tú mismo, tú mismo, ¿no te pasabas la vida atrás de cualquier culo y luego sacabas 96 de promedio?

—Oye, oye, Conde —el Flaco movió las manos, como un *coach* que trata de detener a un corredor peligrosamente impulsado hacia un *out*

suicida—, es verdad lo que tú dices, pero es verdad también que no había hippies porque los fumigaron... No quedó ni uno.

—No éramos tan distintos, Conde —entró entonces Andrés y negó con la cabeza cuando el Flaco fue a entregarle la botella—. Las cosas eran distintas, eso sí, no sé si más románticas o menos pragmáticas, o a nosotros nos llevaban más recio, pero yo creo que al final la vida nos pasa por arriba a todos. A ellos y a nosotros.

—Óyelo cómo habla: cosas pragmáticas —y se rió el Conejo.

—No jodas, Andrés, así tampoco, qué por arriba ni por arriba. Tú has hecho lo que te dio la gana y si no fuiste pelotero es por mala suerte —dijo el Flaco, que todavía recordaba el día que Andrés se hizo aquel esguince que lo sacó de su mejor campeonato. Fue una verdadera derrota tribal: con la lesión de Andrés terminaron todas las ilusiones de tener un socio en el *dugout* de los Industriales, sentado entre Capiro y Marquetti.

—No te creas eso. A ti mismo, ¿qué coño es lo que te ha pasado? A mí tú no me engañas, Carlos: estás jodido, te jodieron. Y yo que camino también estoy jodido: no fui pelotero, soy un médico del montón en un hospital del montón, me casé con una mujer que también es del montón y trabaja en una oficina de mierda donde se llenan papeles de mierda para que se limpien con ellos en otras oficinas de mierda. Y tengo dos hijos que quieren ser médicos igual que yo, porque mi madre les ha metido en la cabeza que un médico es «alguien». No me hagas cuentos, Flaco, ni me hables de realizaciones en la vida ni un carajo; nunca he podido hacer lo que me ha dado la gana, porque siempre había algo que era lo correcto hacer, algo que alguien decía que yo debía hacer y yo lo hice: estudiar, casarme, ser buen hijo y ahora buen padre... ¿Y las locuras, y los errores, y las cagazones que uno debe formar en la vida? Oye, y esto no es descarga de borrachera. Mírame cómo estoy... No, no me hagas cuentos que hasta ustedes mismos me dijeron que si estaba loco cuando me

enamoré de Cristina, porque ella tenía diez años más que yo y porque había tenido diez maridos o no sé cuántos y porque hacía locuras y tenía que ser una puta y que cómo le iba a hacer eso a Adela, que era del Pre y era decente y era buena gente... ¿Ya no se acuerdan de eso? Pues yo sí, y cada vez que me acuerdo me parece que fui el gran comemierda por no haberme montado en una guagua y haber salido a buscar a Cristina donde estuviera metida. Al menos me hubiera equivocado en grande una vez en mi vida.

—Demasiada lucidez —dijo entonces el Conde—. Este está peor que yo.

El Conde, el Flaco y el Conejo miraban a Andrés como si el que hablara no fuera él: Andrés el perfecto, el inteligente, el equilibrado, el triunfador, el sosegado, el seguro Andrés que siempre habían creído conocer y que, definitivamente, parecía ahora que nunca lo hubieran conocido.

—Estás en nota —dijo entonces el Flaco, como tratando de salvar la imagen de su Andrés y hasta la suya propia.

—Algo anda mal en el reino de Dinamarca —sentenció el Conejo y bajó otro trago de ron. El vaso, al chocar contra la mesa, denunció el silencio que había caído sobre el comedor.

—Sí, es mejor decir que estoy borracho —sonrió Andrés y pidió más ron para su vaso—. Así todos nos quedamos tranquilos pensando que esta vida no es una mierda como dicen las canciones de los borrachos.

—¿Qué canciones? —soltó el Flaco, tratando de buscar meandros más propicios a la conversación. Sólo el Conde sonrió, amargamente.

—Y hoy cuando salí del Pre me acordé de Dulcita. ¿Te acuerdas, Flaco, cuando te dijo que se iba?

Carlos pidió más ron y miró al Conde.

—No me acuerdo —susurró—. Echa más ron, no seas sicatero.



—¿Y ustedes se han puesto a pensar qué hubiera pasado si Andrés no se jode la pata en aquel juego y si se casa con Cristina, y si tú, Conde, no te hubieras metido a policía y hubieras sido escritor, y si tú, Carlos, hubieras terminado la universidad y fueras ingeniero civil y no hubieras ido a Angola, y a lo mejor hasta te hubieras casado con Dulcita? ¿Ustedes se han puesto a pensar que nada puede volver a hacerse otra vez y lo que se hizo ya es irremediable? ¿No se han puesto a pensar que a veces es mejor no pensar? ¿No se han puesto a pensar tampoco que esta hora es del carajo para poder comprar otro litro de ron y que a estas alturas ya Cristina debe de tener las tetas caídas? Nada, es mejor no pensar ni cojones... Dame acá lo que queda en la botella, anda. Y me cago en la madre del que vuelva a pensar.

\* \* \*

—No, no se preocupe, no muerden. No, no tengo clases hasta por la tarde —dijo Dagmar y trató de sonreírle, indecisa entre el bochorno de aquel recibimiento de ladridos y colmillos desenvainados y el orgullo de propietaria de perros tan trabajadores. El Conde la encontró en el portal, desafiando el viento, esperándolo como una novia que otea en el horizonte el barco en que volverá su amado. Los dos perros satos, feos y urgidos de mostrar su eficiencia, fueron espaciando sus ladridos alardosos mientras movían las colas y se esfumaba su pretendida fiereza. Lo invitó a pasar y le señaló un sofá donde el Conde comprendió que se hundía, sin remedios, como en un pantano sin fondo. Se sintió inferior y diminuto bajo el puntal, ahora más remoto, de aquella casona de La Víbora, ventilada y umbrosa—. Sí, es verdad, desde que Lissette entró a trabajar en el Pre me cayó bien y creo que éramos amigas. Por lo menos yo me sentía su amiga y me afectó mucho...

El Conde la dejó respirar y se alegró, en ese instante, de haber enviado a Manolo a entrevistarse con el médico forense. Si a esas alturas hubiera podido superar su fobia perruna, el sargento habría atacado de nuevo en un momento así. Mientras esperaba, el Conde volvió a recordar que era viernes. Al fin viernes, había dicho al abrir los ojos esa mañana y descubrir que, milagrosamente, todo estaba en orden y sin dolores dentro de su cabeza. Salvo las ideas.

Cuando parecía que el descenso blando al fin terminaba y las nalgas del policía anclaban sobre un muelle superviviente del peso de mil sentadas, el Conde le sonrió. Ella lo imitó, como disculpándose por su discurso de recibimiento, y cuando sonreía casi lograba ser una mujer hermosa. Dagmar tenía unos treinta años pero conservaba la levedad de una adolescente que todavía no ha ajustado sus proporciones: la boca grande y los dientes como en pleno crecimiento, las cejas pobladas hacia el puente de la nariz y cierta incongruencia de brazos y piernas

demasiado largas para el tórax escuálido y mal tetado.

—¿Qué sabe usted de la vida íntima de Lissette? ¿Con quién salía, quién era su novio ahora?

—Bueno, teniente, de eso creo que no sé mucho. Yo estoy casada y tengo un niño y en cuanto termino las clases salgo para acá corriendo, usted sabe. Pero ella era una muchacha, cómo decirle, nada, una muchacha moderna, no una mujer complicada como yo. Yo conocí a un novio que ella tuvo, Pupy, pero ellos se habían peleado, aunque él seguía dándole vueltas y a cada rato la recogía en el Pre en la moto que él tiene. Es un muchacho muy bien parecido, la verdad. Y, no sé qué más... Ahora que lo pienso, ella casi no hablaba de eso.

—¿Ella salía con un hombre mayor, más o menos de unos cuarenta años o así?

Dagmar dejó de sonreír. Se acarició la frente con sus dedos largos, como si quisiera aliviar un dolor repentino o controlar un tránsito imprevisto de ideas.

—¿Quién le dijo eso?

—Caridad Delgado, la madre de Lissette. Ella se lo comentó, pero no le dijo quién era.

Dagmar volvió a sonreír y miró hacia el fondo lejanísimo de la casa. Además de su estructura, al Conde le resultó incongruente el exceso de responsabilidad que destilaba la jefa de cátedra.

—No, teniente, no sé nada de ese hombre. Ella nunca me habló de eso. A lo mejor no era nada importante, digo yo.

—Tal vez, Dagmar... Me dicen que ella tenía muy buenas relaciones con sus alumnos.

—Eso sí es verdad —admitió la profesora sin pensarlo un instante. Ahora pareció satisfecha con el giro de la conversación—. Se llevaba muy bien con todos y creo que la querían mucho. Es que era tan joven.

—¿Y ella le comentó alguna vez por qué no hizo el Servicio Social en el interior?

—No, no... Bueno, algo me dijo de que el padrastro, no sé si usted sabe...

—Me lo imaginaba. ¿Cuándo fue la última vez que usted vio a Pupy por el Pre?

—El lunes. El día antes...

—¿Hay algo más que usted crea importante que me pueda decir de Lissette?

Ella volvió a sonreír y cruzó las piernas.

—No sé, imagínese... Lissette era como un terremoto, lo revolvía todo. Siempre estaba haciendo algo, siempre estaba dispuesta. Y era ambiciosa: todos los días demostraba que podía ser mucho más que una simple maestra de química, como yo. Pero no era de esas gentes que suben sobre la cabeza de los demás, no. Es que tenía energía. No me imagino que nadie hubiera querido hacerle algo a una muchacha así. Fue horrible, una cosa tan salvaje.

Un loco, un sicópata que da golpes, viola y estrangula. ¿Tendría razón el Flaco? ¿O todo sería más fácil si fuera cantante de ópera?

—Hay algo muy importante en esta historia, Dagmar, y quiero que me responda con sinceridad y sin temor. Lo que usted me diga es totalmente confidencial... La noche que la mataron, en la casa de Lissette hubo algo así como una fiesta. Había música, ron, y se fumó marihuana —enumeró el Conde, dejando que los dedos de su mano marcaran cada elemento, y vio cómo los ojos de la profesora admitían el asombro que le provocaba la última información—. ¿Tiene alguna idea de si Lissette la fumaba? ¿Ha oído algo en el Pre sobre la marihuana?

—Teniente —dijo ella después de darse un largo minuto para pensar. Otra vez pasó sus dedos de prestidigitadora por la frente y en ningún

momento sonrió. No, no es bonita, concluyó el Conde—, eso es muy grave. Pero no me imagino a Lissette haciendo algo así, me niego a pensarlo, aunque cualquiera le puede decir cualquier cosa. Es mentira eso de que de los muertos siempre se habla bien... ¿Y que haya marihuana en el Pre, muchachos que la fumen? Mire, eso es absurdo, discúlpeme que se lo diga así.

—Está disculpada —admitió el Conde, mientras comenzaba a luchar por librarse de las arenas movedizas del sofá. Cuando logró recuperar la verticalidad que tanto había significado en la evolución del hombre, tuvo que acomodarse la pistola que apenas se sostenía contra el fajín del pantalón. Entonces pensó que, tal vez, Manolo debía haber estado allí, y en su honor dijo, con la dureza que consideró más apropiada—. Pero yo tenía mucha fe en esta entrevista. Todavía creo que usted hubiera podido ayudarnos más. Recuerde que hay una persona muerta, una amiga suya, y que todo es importante, al menos por ahora. Perdone que se lo diga, pero es que éste es mi trabajo: no sé bien por qué, pero parece que usted no me dice todo lo que sabe. Mire, aquí tiene mis teléfonos. Si recuerda algo más me llama, Dagmar. Se lo voy a agradecer. Y no tenga miedo.

Tenía las piernas de piedra. Se sentaba en un taburete, en el portal de la gallería, y con el gallo en la mano iniciaba apenas un movimiento hacia atrás con sus piernas de piedra y el respaldo del taburete quedaba recostado contra el horcón de caguairán del portal. Entonces él acariciaba al gallo, le sobaba el cuello y la pechuga, le peinaba la cola, le limpiaba el aserrín de las patas y le soplabla el pico, inyectándole su aliento. Tenía un palillo de dientes en la boca y lo movía y lo movía y yo tenía miedo de que se lo fuera a tragar algún día. Guardaba una tijera medianita en el bolsillo de la camisa y después que había calmado al gallo, acariciándolo

mucho, diciéndole Vamos, gallo bueno. Arriba, macho guapo, cogía la tijerita y lo empezaba a tuzar, no sé cómo podía hacerlo todo con dos manos, movía al gallo como si fuera de juguete y el gallo se dejaba mover, mientras la tijera lo iba descañonando y las plumas le caían sobre sus piernas de piedra y el gallo se iba haciendo fino, más fino, fino perfecto, con los muslos rojos y la cresta roja y las espuelas largas como agujas, no, como espuelas de gallo fino. A esa hora siempre el sol se filtraba a través de los gajos del tamarindo y con aquella luz el abuelo parecía jaspeado por el sol, como un enorme gallo giro. En el portal de la gallería flotaba el aroma noble de la panadería cercana, luchando contra el olor inconfundible de las plumas y el vaho del linimento para los músculos de las aves, la peste de la mierda fresca de los pollos y el perfume de la madera triturada de las virutas que cubrían el círculo cerrado de las peleas a muerte. Este va a matar o se va a morir, me decía, así tranquilo, cuando soltaba al gallo para que picoteara en la hierba y me sentaba sobre sus piernas, que yo sentía duras como si fueran de piedra. Para él era tan normal el destino del gallo, y yo quería decirle que me lo regalara, que era un gallo tan lindo, que yo lo quería para mí, que no lo mataran nunca. Míralo cómo escarba, mira qué estampa. Tiene sangre buena este gallo, tiene cojones, ¿no se los ves?, y yo nunca pude encontrarle los cojones al gallo y pensé que a los gallos los cojones no les cuelgan, sino que están por dentro, y los sacan nada más un momentico cuando se suben arriba de la gallina, pero lo hacen tan rápido que nunca se los puede ver, hasta que aprendí que mi abuelo Rufino era un poeta y lo de los cojones del gallo era una metáfora, o una asociación inesperada y feliz, como diría Lorca, que no sabía nada de gallos de lidia, aunque sí de toros y toreros, pero ésa es otra historia: ahí sí se ven los güevos. A veces sueño con el abuelo Rufino y sus gallos y es el sueño de la muerte: en algún combate murieron todos aquellos animales perfectos, y por falta

de combates y de poesía murió mi abuelo, después de la prohibición de las peleas y cuando se hizo tan viejo que sus piernas de piedra se ablandaron y ya no podía ir a las vallas clandestinas con la seguridad de correr más que la policía. Entonces se hizo completamente viejo: Nunca pelees si no tienes las de ganar, me dijo siempre, y cuando tuvo las de perder no peleó más. Un poeta de la guerra. No sé por qué hoy pienso tanto en él. O quizás sí lo sé: viéndolo a él, con sus piernas de piedra y el taburete recostado al horcón de caguairán aprendí, sin saber que lo aprendía, que él, y también que yo, teníamos el mismo destino que los gallos finos.

—A ver, dime. —Desde la ventana de su cubículo, en el tercer piso, el teniente Mario Conde observó la soledad de la copa del laurel azotada por la brisa. Los gorriones que frecuentaban las ramas más altas habían emigrado y las pequeñas hojas del árbol parecían a punto de desfallecer después de tres días de ráfagas insistentes: «Resistan», le pidió a las hojas con una vehemencia desproporcionada, competitiva, como si en la obstinación de aquellas hojas estuviera comprometida también la lucha por su propia vida. A veces solía establecer aquellos símiles absurdos, y siempre los hacía cuando algo demasiado profundo lo martirizaba: una culpa, una vergüenza, un amor. O un recuerdo.

El sargento Manuel Palacios, moviendo un pie con la insistencia nerviosa de una bailarina al borde de la fatiga, esperó a que el Conde se volviera.

—¿Qué te pasa, Conde?

—Nada, no te preocupes. Canta.

Manolo abrió su desvencijada libreta de notas y comenzó la improvisación:

—Lo único que está claro es que no hay nada claro... Dice el forense que la muchacha tenía un alto por ciento de alcohol en la sangre, unos 225 mg, y que por su constitución física debía de estar bastante borracha cuando la mataron, porque además los golpes no indican que ella se haya defendido demasiado: por ejemplo, tenía las uñas limpias, es decir, que ni siquiera arañó al que la agredía, y no tenía golpes en los antebrazos, como hace alguien que se cubre. De marihuana no puede decir nada. Le rasparon el pulpejo de los dedos y le hicieron el análisis con los reactivos y no aparecieron restos. Pero no hay análisis para detectarla en el organismo, por lo menos si no es un fumador empedernido. Pero ahora viene lo bueno: tuvo contacto sexual con dos hombres y en los contactos no hubo violencia: no hay ninguna alteración en el sexo de ella que pueda indicar una penetración forzada. Mira las cosas que uno aprende, ¿no? Si entra con complacencia todo queda limpio y bien iluminado, como tú dices... Bueno, el caso es que hay semen de dos hombres, uno de una persona con sangre A positiva y el otro de uno con sangre del grupo O, que tú sabes que es el menos corriente, pero el médico me jura por su madre que entre una penetración, así dice él, Conde, no me mires con esa cara, que entre una penetración y otra hubo como cuatro o cinco horas de diferencia, por el estado en que estaban los espermatozoides cuando se hizo la autopsia. Eso quiere decir que la primera, la primera penetración tuvo que ser antes de que estuviera borracha, porque el alcohol en la sangre era reciente. ¿Tú entiendes algo? Y entonces, dice él, que aunque no es una prueba definitiva, que no hay certeza, así dice aquí, parece que el de sangre A positiva, que fue el primero, es un hombre de unos treinta y cinco a cuarenta y cinco años por el estado de los espermatozoides, y que el segundo, el de la sangre O, es una gente vigorosa, como si estuviera alrededor de los veinte, aunque hay viejos que tienen leche de jovencitos y por eso preñan. Mira tú todo lo que se saca de un cabrón



espermatozoide. Y ahora asómbrate: ¿ya te asombraste? Bueno, Pupy, o sea, Pedro Ordóñez Martell, el de la moto, tiene sangre del grupo O. ¿No te caes de culo ni nada?

Sin llegar al extremo de caerse, el Conde se acomodó en su silla y apoyó los codos en el buró. Sus ojos quedaron a la misma altura de los ojos del sargento, como reclamándole toda su atención.

—¿Por fin tú eres bizco, Manolo?

—¿Vas a seguir jodiendo con eso?

—¿Y cómo tú te enteraste de lo de Pupy?

—¿Tú no sabes que yo soy la flecha? Deberían darme alguna vez la orden al policía más rápido... Nada, se me ocurrió localizarlo porque todavía me faltaba una hora para verte y fui al Comité, pregunté por él, y por lo que me dijeron es medio lumpen, o lumpen y medio. Se dedica a comprar y vender motos y vive de eso. Los padres parecen gente limpia y siempre están en bronca con él, pero a él eso le importa un carajo. Tiene fama de bonitillo y se las da de castigador con las niñas. No quise ir a verlo ni nada, pero entonces se me despertó el genio que casi siempre tengo en surna y se me ocurrió con ese lío de las sangres ir a ver al médico de la familia por si tenía ese dato y sí, lo tenía: ¡Oh!, O, me dijo el médico y me confirmó que Pupy tiene veinticinco años. ¿Qué te parece, marqués?

—Que voy a proponerte para esa orden de la rapidez. Pero no me cambies el título, coño —protestó sin fuerzas y volvió a la ventana. El mediodía era intachable: la luz batía por igual todo lo que estaba a su alcance y las sombras eran estrictas y descarnadas. De la iglesia que estaba al otro lado de la calle salía en ese momento una monja con los hábitos revueltos por la Cuaresma. Nadie se salva del pecado original, ¿no? Dos perros se reconocían en la acera, oliéndose los culos ordenada y alternativamente, como gesto de buena voluntad para el inicio de una

posible amistad—. Entonces hay dos hombres, uno de más o menos cuarenta años y otro más joven que estuvieron con ella la misma noche, pero en horas diferentes y... y a lo mejor ninguno de los dos la mató, ¿verdad?

—¿Por qué tú dices eso?

—Porque es posible. Acuérdate que esa noche de amor, de locura y de muerte hubo además una fiesta con varias gentes y... hace falta hablar con Pupy. Y si supiera quién es el hombre de cuarenta años... ¿Por qué no tratas de conseguir un poco de café, anda?

—¿Vas a pensar? —preguntó Manolo con toda su socarronería y el Conde prefirió no responderle. Observó cómo la frágil estructura del sargento se reordenaba para ponerse de pie y abandonar la incubadora, como ambos le llamaban al diminuto cubículo que les habían asignado en el tercer piso.

Como siempre, regresó a la ventana. Había decretado que aquel pedazo de ciudad, que se extendía entre los falsos laureles que rodeaban la Central y el mar que apenas se presentía en la distancia, era su paisaje favorito. Allí estaban aquella iglesia sin torres ni campanarios, varios edificios apacibles, todavía bien pintados, muchas arboledas, el griterío reglamentado de un colegio primario. Todo aquello conformaba un ideal estético bajo un sol que difuminaba los contornos y fundía los colores según las reglas de la escuela impresionista. En verdad, quería pensar: el Viejo le había pedido que se metiera hasta los hombros en aquella historia turbia y él apenas lograba tocarla con la punta de los dedos. Se le hacía difícil hablar una y otra vez de muerte, drogas, alcohol, violación, semen, sangre y penetración, cuando una mujer de pelo rojo con saxofón podía esperarlo al doblar de aquella misma tarde de viernes. El Conde todavía arrastraba el desgarramiento de su última frustración amorosa, con Támara, aquella mujer a la que había deseado durante casi veinte

años, a la que había dedicado sus más entusiastas masturbaciones desde la adolescencia hasta la madurez de los treinta y cinco años, para descubrir, cuando más enamorado creía estar después de una noche de amor consumado y consumido, que cualquier intento por retenerla había sido siempre una fantasía mal fundada, una ilusión adolescente, desde el día de 1972 en que se enamoró de aquella cara, que había certificado como la más linda del mundo. ¿Y a qué hora llegará Karina de Matanzas? ¿Será posible esta otra mujer?

Hundió el dedo en el timbre, por quinta vez, convencido de que la puerta no se abriría, a pesar de sus ruegos mentales y de las patadas nerviosas que daba en el piso: quería hablar con Pupy, saber de Pupy y, si era posible y real, culpar a Pupy y olvidarse del caso. Pero la puerta no se abrió.

—¿Dónde estará metido éste?

—Imagínate, Conde, estas gentes con moto...

—Pues me cago en las motos. Vamos al garaje.

Esperaron el elevador y Manolo marcó el botón de la S. Las puertas se abrieron en un sótano oscurecido, medio vacío, en el que sólo descansaban un par de carros americanos de las promociones indestructibles de los cincuenta.

—¿Dónde estará metido éste? —repitió el teniente, y Manolo prefirió esta vez no intentar una respuesta. Escalaron la rampa que daba salida hacia la calle Lacret, casi en la intersección con Juan Delgado. Desde la acera el Conde volvió a mirar el edificio, el único de su altura y modernidad en toda la zona, y caminó entonces hasta el Lada 1600 en que habían venido desde la Central. Manolo reinstalaba la antena del radio, que como medida profiláctica siempre guardaba cuando parqueaba en la

calle, y el Conde abrió la puerta de la derecha.

—A sus órdenes —dijo Manolo, mientras ponía en marcha el motor. El Conde miró un instante su reloj: eran apenas las dos de la tarde y percibió la ingrata sensación de saberse con las manos vacías.

—Dobla ahí en Juan Delgado y parquea en la esquina de Milagros.

—¿Y adónde vamos ahora?

—Voy a ver a un amigo —apenas respondió el Conde, casi cuando el auto se detenía, a unas pocas cuadras de distancia—. Espérame aquí, tengo que ir solo —dijo y abandonó el carro, mientras encendía un cigarro.

Bajó por Milagros, caminando contra el polvo y el viento que no amainaba. Sentía otra vez el escozor cálido en la piel que le provocaba aquella brisa sin duda infernal. Tenía que hablar con Candito, tenía que despejar de compromisos aquella noche ya comprometida, y quería saber.

El pasillo del solar también estaba desierto a esa hora del mediodía, ideal para la siesta, y respiró aliviado cuando sintió unos martillazos blandos que brotaban de la barbacoa de Candito el Rojo. En plena faena.

Desde el interior, Cuqui preguntó «quién es», y él sonrió.

—El Conde —dijo, sin gritar, y esperó a que la muchacha le abriera. Tres, cuatro minutos después, fue Candito quien abrió. Se limpiaba las manos con un trapo mugriento y el Conde comprendió que no era especialmente bienvenido.

—Entra, Conde.

El teniente miró al Rojo antes de entrar y trató de comprender lo que sentía su viejo compañero del Pre.

—Siéntate —dijo Candito, mientras servía en dos vasos un alcohol lechoso de una botella sin etiqueta.

—¿Mofuco? —preguntó el Conde.

—Pero baja bien —dijo el otro y bebió.

—Sí, no es tan perrero —concedió el Conde.

—¡Qué va a ser perrero! Esto es un Don Felipón, el mejor mofuco que se fabrica en La Habana. Fíjate que está a quince pesos y hay que encargarlo con antelación. Cosechas limitadas. ¿Estás apurado, no?

—Siempre estoy apurado, tú lo sabes.

—Pero yo no puedo apurarme, asere. Yo me la juego toda en esta gracia.

—No jodas, que esto no es la mafia siciliana.

—Créete eso, créete eso. Si hay hierba, hay plata, y donde hay plata hay gente que no la quiere perder. Y la calle está que hierve, Conde.

—¿Entonces hay hierba?

—Sí, pero no sé de dónde sale ni adónde va.

—No me metas cuento, Rojo.

—Oye, ¿qué tú te crees, que yo soy papá Dios que lo sabe todo?

—¿Y qué más?

Candito probó otro sorbo de alcohol y miró a su antiguo compañero de estudios.

—Conde, tú estás cambiando. Ten cuidado, que tú eres bueno, pero te estás volviendo un cínico.

—Coño, Rojo, ¿qué te pasa?

—Al que le pasa es a ti. Me estás utilizando y yo te importo un carajo. Ahora lo tuyo es resolver tu problema...

El Conde miró los ojos enrojecidos de Candito y se sintió desarmado. Sintió deseos de irse, pero escuchó la voz de su informante.

—Pupy es un tigre. Está en todo: facho de motos para venderlas por piezas, compra de fulas, bisnes con extranjeros. Vive como Dios manda. Fíjate que la moto que tiene es una Kawasaki, creo que de 350, de las bacanas de verdad. ¿Qué más quieres saber?

El Conde miró sus uñas limpias, de un matiz rosado, tan diferentes de

las uñas oscuras y largas de Candito.

—¿Y hierba?

—Va y sí.

—Debe de estar fichado.

—Eso averígualo tú, que eres fiana.

El Conde terminó su trago y encendió un cigarro. Miró a los ojos a Candito.

—¿Qué te pasa hoy, compadre?

Candito trató de sonreír, pero no lo consiguió. Sin volver a tomar dejó su vaso en el suelo y empezó a limpiarse una uña.

—¿Qué tú quieres que me pase? Oye, Conde, ¿qué es lo que tú quieres que me pase? Tú eres de la calle, tú no viniste en un preservativo ni nada de eso y sabes que lo que yo estoy haciendo no se hace. Esto no es juego. ¿Por qué no me dejas tranquilo haciendo mis chancletas sin meterme con nadie, eh? ¿Tú sabes que a mí me da vergüenza estar en esta descarga? ¿Tú sabes lo que es ser un trompeta? No jodas, Conde, ¿qué tú quieres que me pase? ¿Que eche a la gente para adelante y me quede tan tranquilo...?

El Conde se puso de pie cuando Candito recogió su vaso y terminó el trago. Sabía muy bien lo que le pasaba a su amigo y sabía muy bien que cualquier justificación sonaría con acordes de falsedad. Sí, Candito era su informante: vulgo, trompeta, chiva, soplón. Miró al amigo que lo había defendido más de una vez y se sintió sucio y culpable y cínico, como le había dicho. Pero necesitaba saber.

—Sé que estás pensando que soy un hijo de puta, y a lo mejor es verdad. Tú sabrás. Pero voy a hacer mi trabajo, Candito. Gracias por el trago. Salúdame a tu pepilla. Y acuérdate que quiero regalarle unas sandalias a la jevita que conocí —y ofreció su mano para recibir la palma callosa y manchada de pegamento que desde el fondo de su sillón le

extendió Candito el Rojo.

El viento peinaba la Calzada del barrio como si aquel arrastre de suciedades y tierras muertas fuera su única misión en el mundo. El Conde lo sintió hostil, compacto, pero decidió enfrentarlo. Le pidió a Manolo que lo dejara allí mismo, en la esquina del cine, sin decirle que solamente quería caminar, caminar por su barrio en aquel día impropio para tales ejercicios de piernas y espíritu, porque la angustia de la espera parecía dispuesta a devorarlo. Casi dos años de trabajo y convivencia con el Conde le habían enseñado al sargento Manuel Palacios a no hacer preguntas cuando su jefe le pedía algo que pudiera parecer insólito. La fama del Conde como el loco de la Central no eran simples habladurías y Manolo lo había comprobado más de una vez. Aquella mezcla de empecinamiento y pesimismo, de inconformidad con la vida y de inteligencia agresiva eran los componentes de un tipo demasiado raro y eficaz para policía. Pero el sargento lo admiraba, como no había admirado a casi nadie en su vida, pues sabía que trabajar con el Conde era una fiesta y un privilegio.

—Nos vemos, Conde —le dijo y realizó un giro en U en plena Calzada.

El Conde miró su reloj: iban a dar las cuatro y Karina nunca lo llamaría antes de las seis. ¿Me llamará?, dudó y avanzó contra el viento, sin preocuparse siquiera por echar un vistazo a la cartelera del cine, que resurgía después de una reparación que demoró diez años. Aunque el cuerpo le pedía la horizontalidad de la cama, las revoluciones en que giraban sus ideas hubieran hecho imposible la inconsciencia del sueño para mitigar la espera. De cualquier forma aquel paseo en solitario por el barrio era un placer que cada cierto tiempo el Conde se concedía: en

aquella geografía precisa habían nacido sus abuelos, su padre, sus tíos y él mismo, y deambular por aquella Calzada que vino a tapizar el antiguo sendero por el que viajaban hacia la ciudad las mejores frutas de las arboledas del sur era una peregrinación hacia sí mismo hasta límites que pertenecían ya a las memorias adquiridas de sus mayores. Desde que el Conde naciera hasta entonces aquella ruta había cambiado más que en los doscientos años anteriores, cuando los primeros canarios fundaron un par de pueblos más allá del barrio y comenzaron el negocio de frutas y verduras, al que luego se sumarían algunas decenas de chinos. Un camino de polvo y unas casas de madera y teja en la guardarraya fueron acercando aquellos confines del mundo a la agitada capital y, justo por la época en que nacía el Conde, el barrio ya era parte de la ciudad, y se pobló de bares, bodegas, un club de billar, ferreterías, farmacias y un paradero de ómnibus, moderno y competente, encargado de hacer factible aquella participación citadina conseguida por el barrio. Entonces las noches se fueron haciendo largas, iluminadas, concurridas, con una alegría pobre pero despreocupada de la que el Conde sólo tenía algunos recuerdos desgastados por el tiempo. Avanzando hacia su casa, de cara al viento y dejando que la brisa arrastrara minutos vacíos, el Conde sintió otra vez la comunión sentimental que lo ligaba a aquella calle mal pintada y sucia en la que faltaban ya muchos jirones de sus propias remembranzas: el puesto de fritas del Albino, junto a la escuela donde estudió varios años; la panadería demolida, a la que cada tarde iba en busca de un pan tibio y generoso; el bar El Castillito, con su victrola cargada de voces que siempre encontraban algún borracho dispuesto a hacerles la segunda; la guarapera de Porfirio; la sociedad de los guagüeros; la barbería de Chilo y Pedro, devastada por el único incendio realmente feroz en la historia del barrio; el salón de bailes, convertido en escuela, donde un día de 1949 se produjo la misteriosa conjunción



sentimental de aquellos adolescentes que hasta entonces ignoraban cada uno la existencia del otro y que unos años después serían sus padres; y la ausencia notable de la valla de gallos donde se forjaron todos los sueños de grandeza de su abuelo Rufino el Conde, convertida ahora en un solar yermo del que habían desaparecido los jaulones, el olor de las plumas, el círculo de los combates y hasta las estampas prehistóricas de los tamarindos que él había aprendido a trepar bajo la mirada experta del abuelo. Sin embargo, hasta en la tristeza de sus ausencias, en sus desolaciones, en sus nostalgias irrecuperables, aquel ámbito era el suyo porque allí había crecido y aprendido las primeras leyes de una selva del siglo xx tan esquemática en sus dictámenes como las reglas de una tribu en plena edad de piedra: había aprendido el código supremo de la hombría que estipulaba que los hombres son hombres y no hay que pregonarlo, pero hay que demostrarlo cada vez que sea necesario. Y, como en su vida en aquel barrio el Conde había tenido que demostrarlo varias veces, no le importaba ejecutar una nueva corroboración. La imagen de Fabricio destilando una apatía incontenible era un boomerang en su memoria. Y no se lo voy a aguantar, se dijo, cuando llegó a su casa y trató otra vez de lanzar lejos aquella imagen que lo irritaba para dedicarse a pensar en un futuro tapizado de esperanzas y amores posibles.

Seis menos cuarto y no llama. *Rufino*, el pez peleador, dio un giro veloz en la redondez interminable de su pecera y se detuvo, muy cerca del fondo. El pez y el policía se miraron. ¿Qué coño tú miras, *Rufino*? Sigue nadando, dale, y el pez, como si lo obedeciera, reinició su eterno baile circular. El Conde había decidido cortar el tiempo en cuartos de hora y ya había trucidado cinco partes iguales. Al principio trató de leer, buscó en todos los estantes del librero y fue descartando cada posibilidad

de las que en un tiempo le resultaron más o menos tentadoras: en verdad ya no resistía las novelas de Arturo Arango, escribía muchísimas el tipo, siempre sobre personajes tronados y con ganas recuperadas de vivir en Manzanillo y rescatar la inocencia a través de la novia perdida; los cuentos de López Sacha ni hablar, eran palabreríos y rebuscados y más largos que una condena perpetua; a Senel Paz había jurado no volver a leerlo, que si las florecitas amarillas, que si la camisita amarilla, si algún día escribiera algo con demonio... Podría sugerirle, por ejemplo, una historia sobre la amistad de un militante y un maricón; y Miguel Mejides, ni hablar, pensar que alguna vez le gustaron los libros de Mejides, con lo mal que escribe ese guajiro con ínfulas hemingwayanas. Qué literatura contemporánea, ¿no?, se dijo, y optó por intentarlo otra vez con una novelita que le parecía de lo mejor que había leído en los últimos tiempos: *Fiebre de caballos*. Pero le faltaba concentración para disfrutar la prosa y apenas pudo remontar la segunda página. Entonces trató de ordenar el cuarto: su casa parecía un almacén de olvidos y posposiciones y se juró dedicar la mañana del domingo a lavar camisas, medias, calzoncillos y hasta sábanas. Qué horror, lavar sábanas. Y los cuartos de hora fueron cayendo, pesados, compactos. Teléfono, coño, por lo que tú más quieras: suena. Pero no sonaba. Lo descolgó por quinta vez, para comprobar de nuevo que funcionaba, y devolvió el auricular a la horquilla cuando se le ocurrió la idea de su última desesperación: emplearía todo el poder de su mente, que para algo existía. Colocó el teléfono sobre una silla y acomodó otra frente al teléfono. Desnudo como estaba, ocupó la silla vacía y, después de observar críticamente la colgadura moribunda de sus testículos en los que había descubierto dos canas, se concentró y empezó a mirar al aparato y a pensar: Ahora vas a sonar, ahora mismo vas a sonar, y voy a oír una voz de mujer, una voz de mujer, porque ahora vas a sonar, y va a ser una mujer, la mujer que yo

quiero oír porque tú vas a sonar y ahora, saltó, ¡coñó!, con el corazón latiéndole como un loco, cuando de verdad el teléfono emitió un largo timbrazo y el Conde escuchó —también de verdad, de salvadora verdad— la voz de la mujer que él quería oír.

—Con Sherlock Holmes, por favor. Habla la hija del profesor Moriarty.

El ego del Conde estaba de fiesta: siempre había sido vanidoso y arrogante y cuando podía sacar a pasear sus aptitudes lo hacía sin el menor remordimiento. Desde el portal de su casa saludaba ahora a todos los conocidos que pasaban por la acera y rogaba porque Karina llegara a recogerlo en el momento en que mucha gente lo viera. El miraría su llegada, así como distraído, y caminaría muy lentamente... Eh, mira al Conde cómo está. Coñó, jeva con carro y to. El sabía cuántos puntos significaba ese detalle para la escala de valores de las gentes del barrio y quería aprovecharlo. Lástima que aquella ventolera insolente hubiera desperdigado al grupo de la esquina, refugiados en algún lugar seguro para tragar sus alcoholes pendencieros y crepusculares, y que a la bodega, ahorita la cierran, no hubiera llegado nada atractivo como para armar una cola. La tarde se iba demasiado ecuánime para sus deseos. Además, se había vestido con sus mejores trapos: un jean prelavado que había conseguido comprar vía Josefina y una camisa a cuadros, suave como una caricia, con las mangas dobladas hasta los codos, de estreno para aquella noche especial. Y olía como una flor: Heno de Pravia, regalo del Flaco por su último cumpleaños. Tenía deseos de besarse a sí mismo.

Al fin la ve pasar frente a su casa, veinte minutos después de lo acordado, llegar hasta la esquina siguiente y doblar en U para detenerse en su lado de la acera, con el viento a popa y la proa indicando algún

rumbo prometedor hacia el corazón negro de la ciudad.

—¿Me demoré mucho? —pregunta ella y le deja caer un beso cálido en la mejilla.

—No, no. Hasta tres horas después está bien para una mujer.

—¿Y qué, descubriste algún misterio? —ella sonríe, mientras pone en marcha el motor.

—Oye, que no es broma, de verdad soy policía.

—Ya sé: de la Policía Judicial, como Maigret.

—Bueno, allá tú.

El pequeño artefacto salta, mal preparado para la arrancada, y se lanza a toda velocidad por la calzada semidesierta. El Conde encomienda su suerte al dios que bendijo el guano colgado en el espejo retrovisor y piensa en Manolo.

—¿Y por fin adónde vamos?

Ella maneja con una mano y con la otra devuelve a la cabeza el pelo que insiste en caerle sobre los ojos. ¿Verá la carretera? Se ha maquillado con esmero y lleva un vestido que altera los deseos del Conde, de flores malvas contra un fondo verde, amplio y de proporciones estudiadas: por el sur le cubre más allá de la rodillas y por el norte baja descotado en la espalda y hasta el nacimiento mismo de los senos. Ella lo mira antes de responderle y el Conde piensa que está frente a una mujer demasiado mujer, de la que va a enamorarse sin remedios ni alternativas: es algo que se siente en el pecho, como una sentencia inapelable.

—¿Te gusta Emiliano Salvador?

—¿Como para casarme con él?

—Ah, ¿así que también eres chistoso?

—Muchacha, yo trabajé en el circo haciendo el papel del payaso policía. La gente se divertía muchísimo cuando interrogaba al elefante.

—Bueno, serio, si te gusta el jazz podemos ir al Río Club. Ahora está

el grupo de Emiliano Salvador. Yo siempre consigo una mesa.

—Todo por el jazz —admite el Conde y se dice que sí, que está muy bien aquello de comenzar en franca improvisación de instrumentos en medio de tanta vida pautada por algún gran maestro que apenas da márgenes para intentar cualquier variación.

Desde el carro la ciudad le parece más sosegada, más promisoría y hasta más limpia, aunque duda de la validez circunstancial de sus apreciaciones. No jodas, Conde, se dice, siempre tienes que dudar. Pero qué va a hacer: se siente feliz, conducido y tranquilo, seguro de que no va a morir en un vulgar accidente de tránsito y ni Lissette, ni Pupy, ni el derrumbe de Caridad Delgado, las impertinencias de Fabricio o los reproches de Candito el Rojo significan mucho en aquel tránsito indetenible hacia la música, hacia la noche, y —está más que seguro— hacia el amor.

—Entonces tengo que creer que eres policía. Policía de la policía, de los que tiran tiros y te meten preso y te ponen multas por mal parqueo. Cuéntame quién eres para poder creerte.

Había una vez, hace algún tiempo, un muchacho que quería ser escritor. Vivía tranquilo y feliz en una posesión no muy apacible, ni siquiera hermosa pero que desde niño aprendió a querer, no lejos de aquí, dedicado, como todo muchacho feliz, a jugar pelota por las calles, a cazar lagartijas y a ver cómo su abuelo, a quien quería mucho, preparaba gallos de pelea. Pero todos los días de su vida soñaba con ser escritor. Primero quiso ser como Dumas, el papá, el de verdad, y escribir algo tan fabuloso como *El Conde de Montecristo*, hasta que se peleó para siempre con el infame Dumas porque había escrito una continuación de aquel libro alentador, la tituló *La mano del muerto*, donde mata todo lo bello que

creó en su primera historia: es una venganza muy mezquina contra toda la felicidad concedida a Mercedes y Edmundo Dantés. Pero el muchacho insistió y buscó otros ideales, que se fueron llamando Ernest Hemingway, Carson McCullers, Julio Cortázar o J. D. Salinger, que escribe esas historias tan escuálidas y conmovedoras, como la de Esmé o los tormentos de los hermanos Glass. Pero la historia de nuestro muchacho es como la biografía de todos los héroes románticos: la vida comenzó a ponerle pruebas que debía vencer, y no siempre las pruebas venían en forma de dragón, de Grial perdido o de identidades trastocadas, algunas vinieron vestidas con los lazos de la mentira, otras escondidas en la profundidad de un dolor incurable, otras como un jardín con senderos que se bifurcan y él se ve obligado a tomar el camino inesperado, que lo aleja de la belleza y la imaginación y lo lanza, con una pistola en la cintura, al mundo tenebroso de los malos, sólo de los malos, entre los que debe vivir creyendo que él es el bueno encargado de restablecer la paz. Pero el muchacho, que ya no es tan muchacho, sigue soñando que alguna vez saldrá de la trampa del destino y regresará al jardín original y recuperará el sendero soñado, pero mientras, va dejando atrás afectos que se le mueren, amores que se le pudren, y días, muchos días, dedicados a caminar por las alcantarillas inmundas de la ciudad, igual que los héroes de *Los misterios de París*. El muchacho está solo. Para no estar tan solo visita siempre que puede a un amigo que vive en una buhardilla húmeda y fría, de la que no puede salir porque está paralítico desde que los malos lo hirieron en una guerra. Era un gran amigo, ¿sabes? Era el mejor amigo, un verdadero caballero que había vencido en muchas cruzadas y que únicamente puede ser doblegado cuando lo hieren a traición, después de tenerlo atado y amordazado. Pues va a ver a su amigo, cada noche, y habla con él de las aventuras que va viviendo día a día, de los entuertos que ha debido desfacer, y a contarle sus felicidades y sus pesares... Hasta

que un día le cuenta que quizás haya encontrado a una Dulcinea —y de La Víbora, no del lejano Toboso— y que otra vez está soñando con escribir y, más que soñando, está escribiendo, de sus recuerdos felices y de sus noches de angustias, sólo porque el halo mágico del amor en que lo ha envuelto aquella princesa que es su Dulcinea es capaz de devolverlo a lo soñado, a lo más entrañable... Y el final de la historia debe ser feliz: el muchacho, que ya no es tan muchacho, sale un día a oír música con su Dulcinea y atraviesan toda la ciudad, iluminada, llena de gentes sonrientes y amables que los saludan porque respetan la felicidad de los otros, y pasan la noche bailando, hasta que, al dar las doce campanadas, él le confiesa que la quiere, que sueña con ella más que con la literatura o con los horrores del pasado, y ella le dice que también lo ama y desde entonces viven juntos y felices y tienen muchos hijos y él escribe muchos libros... Ah, eso es si no interviene el genio del mal y con las doce campanadas Dulcinea huye, para siempre, sin dejar tras de sí ni siquiera un zapato de cristal. Y él entonces se preguntará: ¿qué pie calzará ella? Y ahí termina esta historia singular.

—¿Qué hay de verdad en lo que me contaste?

—Toda la verdad.

Ella aprovechó la pausa que hacen los músicos y le preguntó, mirándolo a los ojos. El sirve ron en los dos vasos y agrega hielo y cola en el de ella. El nivel de las luces ha descendido y el silencio es un alivio difícil de asumir. Todas las mesas del club están ocupadas y los rayos ambarinos de los reflectores tiñen la nube de humo que flota contra el techo, en busca de un escape imposible. El Conde observa aquellas aves nocturnas convocadas por el alcohol y un jazz demasiado estridente y rumboso para su gusto preciso en cuestiones de jazz: de Duke Ellington a

Louis Armstrong, de Ella Fitzgerald a Sarah Vaughan, su clasicismo sólo le ha permitido incorporar muy recientemente —a instancias del entusiasmo del Flaco— a Chick Corea con Al Dimeola y un par de números de Gonzalo Rubalcava Jr. Pero el lugar tiene, con sus medias luces y sus brillos discretos, una magia tangible que complace al Conde: le gusta la vida nocturna y en el Río Club todavía se puede respirar una atmósfera bohemia y de caverna para iniciados que ya no existe más en otros sitios de la ciudad. Sabe que el alma profunda de La Habana se está transformando en algo opaco y sin matices que lo alarma como cualquier enfermedad incurable, y siente una nostalgia aprendida por lo perdido que nunca llegó a conocer: los viejos bares de la playa donde reinó el Chori con sus timbales, las barras del puerto donde una fauna ahora en extinción pasaba las horas tras un ron y junto a una victrola cantando con mucho sentimiento los boleros del Benny, Vallejo y Vicentico Valdés, la vida disipada de los cabarets que cerraban al amanecer, cuando ya no se podía soportar un trago más de alcohol ni el dolor de cabeza. Aquella Habana del cabaret Sans Souci, del Café Vista Alegre, de la Plaza del Mercado y las fondas de chinos, una ciudad desfachatada, a veces cursi y siempre melancólica en la distancia del recuerdo no vivido ya no existía, como no existían las firmas inconfundibles que el Chori fue grabando con tiza por toda la ciudad, borradas por las lluvias y la desmemoria. Le gusta el Río Club para su encuentro definitivo con Karina y lamenta que no haya un negro con frac al piano insistiendo en tocar *Según pasan los años*.

—¿Vienes mucho a este lugar?

Karina se acomoda el pelo y hace con su vista un paneo del ambiente.

—A veces. Más por el lugar que por lo que se oye. Soy una mujer nocturna, ¿sabes?

—¿Qué quiere decir eso?



—Eso mismo: que me gusta vivir la noche. ¿A ti no? De verdad debí haber sido músico y no ingeniera. No sé todavía por qué soy ingeniera y me acuesto temprano casi todos los días. Me gusta el ron, el humo, el jazz y vivir la vida.

—¿Y la marihuana?

Ella sonrío y lo mira a los ojos.

—Eso no se le responde a un policía. ¿Por qué me dices eso?

—Estoy obsesionado con la marihuana. Tengo un caso en el que hay una mujer muerta y marihuana.

—Me da miedo que todo eso que me contaste sea verdad.

—Y a mí me espanta. ¿Es posible después de todo un final feliz? Yo creo que el muchacho se lo merece.

Ella toma un sorbo pequeño de su trago y se decide a coger un cigarro de la cajetilla de él. Lo enciende pero sin absorber el humo. Desde la barra llega ahora el sonido de maracas de una coctelera batida con sabiduría. El Conde respira el calor nítido de una mujer dispuesta y debe secarse sudores imaginarios acumulados en su frente.

—¿No vas muy rápido?

—Voy a mil. Pero no puedo parar...

—Un policía —dice ella y sonrío. Como si fuera difícil de creer que existieran policías—. ¿Por qué eres policía?

—Porque en el mundo hacen falta también los policías.

—¿Y te gusta serlo?

Alguien mantiene abierta por unos segundos la puerta de entrada y la luz platinada de los faroles callejeros irrumpe en la penumbra del club.

—A veces sí, a veces no. Depende de las cuentas que saquemos mi conciencia y yo.

—¿Y ya investigaste quién soy yo?

—Confío en mi olfato de policía y en las evidencias visibles: una

mujer.

—¿Y qué más?

—¿Tiene que haber más? —pregunta y vuelve a beber. La mira porque no se cansa de mirarla y entonces, muy lentamente, desliza su mano sobre la mesa húmeda y atrapa una de las manos de ella.

—Mario, yo creo que no soy lo que tú piensas.

—¿Estás segura? ¿Por qué no me cuentas quién eres tú para saber con quién ando?

—Yo no sé hacer historias. Ni siquiera biografías. Yo soy..., bueno, sí, una mujer. Y tú, ¿por qué querías ser escritor?

—No sé, un día descubrí que pocas cosas podían ser tan hermosas como contar historias y que las gentes las leyeran y supieran que yo las había escrito. Creo que por vanidad, ¿no? Después, cuando comprendí que era muy difícil, que escribir es algo casi sagrado y además doloroso, creí que debía ser escritor porque yo mismo necesitaba serlo, por mí mismo y para mí mismo, y si acaso para una mujer y un par de amigos.

—¿Y ahora?

—Ahora no lo sé muy bien. Cada vez voy sabiendo menos cosas.

Termina el silencio. En el pequeño escenario los instrumentos todavía descansan, pero de la cabina de audio empieza a brotar música grabada. Una guitarra y un órgano que arman un matrimonio joven, todavía muy bien llevado. El Conde no identifica la voz ni la melodía, aunque le parece conocida.

—¿Quién es?

—George Benson y Jack McDuff. O debería decir al revés: Jack McDuff primero. El fue el que enseñó a Benson todo lo que podía sacarle a la guitarra. Es el primer disco de Benson, pero sigue siendo el mejor.

—¿Y cómo tú sabes todas esas cosas?

—Me gusta el jazz. Igual que tú sabes la vida y milagros del septeto

de los hermanos Glass.

El Conde descubre entonces que sobre la pista de madera varias parejas se han decidido a bailar. La música de McDuff y Benson es una incitación demasiado evidente y él siente que tiene tanto ron en las venas como para atreverse.

—Vamos —le dice, ya de pie.

Ella vuelve a sonreír y pone orden y concierto en su pelo antes de levantarse y soltar las alas floreadas de su amplísimo vestido. Es la música, es el baile y es el primero de los besos de una noche hecha para besar. El Conde descubre que la saliva de Karina tiene un gusto de mangos frescos que desde hacía mucho tiempo no encontraba en ninguna mujer.

—Hacia años que no me sentía así —le confiesa entonces y la vuelve a besar.

—Eres un tipo raro, ¿no? Eres más triste que el carajo y eso me gusta. No sé, me parece que vas por el mundo pidiendo perdón por estar vivo. No entiendo cómo puedes ser policía.

—Ni yo tampoco. Creo que soy demasiado blando.

—Eso también me gusta —ella sonríe y él le acaricia el pelo, tratando de robarle con el tacto aquella suavidad que presiente en otra cabellera más íntima, oculta de momento. Ella deja correr el filo de sus uñas por la nuca del Conde, para que un temblor incontrolable se despeñe por la espalda del hombre. Y se besan, frotándose los labios.

—¿Y, por cierto, qué número de zapatos tú usas?

—El cinco, ¿por qué?

—Porque no me puedo enamorar de mujeres que calcen menos del cuatro. Mis estatutos me lo prohíben.

Y la vuelve a besar, para encontrarse, por fin, con una lengua tibia y lenta que lo embiste y viola su espacio bucal con un esmero devastador.

Y el Conde decide pedir su residencia: se hará ciudadano de la noche.

\* \* \*

En mañanas así, el sonido del timbre siempre fue una agresión: ráfagas de ametralladora que penetran por el oído, dispuestas a macerar los restos adoloridos de la masa blanda que todavía flota entre las paredes del cráneo. La historia se repetía, siempre como tragedia, y el Conde logró estirar el brazo y atrapar, allá a lo lejos, la frialdad del auricular.

—Coño, Conde, menos mal, ayer te estuve llamando como hasta los dos de la mañana y tú perdido.

El Conde respiró y sintió que se moría de dolor de cabeza. Ni siquiera se atrevió a jurar en vano que ésa era la última, pero que la última vez.

—¿Qué pasó, Manolo?

—¿Que qué pasó? ¿Tú no querías a Pupy? Bueno, pues anoche durmió en la Central. ¿Qué tú crees que debo ordenarle como desayuno?

—¿Qué hora es?

—Siete y veinte.

—Recógeme a las ocho. Y por si acaso trae una pala.

—¿Una pala?

—Sí, para que me recojas —y colgó.

Tres duralginas, ducha, café, ducha, más café y un pensamiento: cómo me gusta esa mujer. Mientras las duralginas y el café hacían su efecto de poción mágica, el Conde pudo al fin pensar y se alegró de que ella le pidiera esperar un poco, porque con aquella borrachera emotiva que lo sorprendió al inicio de la segunda botella no hubiera sido capaz ni de zafarse los pantalones, como lo comprobó en plena madrugada cuando lo despertó una sed de dragón y descubrió que todavía estaba vestido. Y ahora, cuando se miró en el espejo, se alegró de que ella no lo viera así: las ojeras le caían como cascadas sucias y el color de sus ojos era de un anaranjado feroz. Además, parecía un poco más calvo que el día anterior y, aunque no fuera tan evidente, estaba convencido de que el hígado ya debía de llegarle a las rodillas.

—Ve suave, Manolo, por una vez en tu vida —le rogó el Conde a su subordinado cuando abordó el carro y se aplicó en la frente una capa de pomada china—. Dime qué pasó.

—Dime tú qué pasó: ¿te arrolló un tren o te dio el paludismo?

—Peor: bailé.

El sargento Manuel Palacios comprendió la extrema gravedad de su jefe y no pasó de los ochenta kilómetros por hora mientras le contaba:

—Bueno, el hombre apareció como a las diez de la noche. Ya yo estaba a punto de irme y dejar al Greco y a Crespo en la esquina del edificio, cuando llegó. Entró en la moto y lo fuimos a buscar al parqueo. Le pedimos la propiedad de la moto y nos quiso hacer un cuento. Entonces decidí ponerlo en remojo. Yo creo que ya debe de estar más blandito, ¿no? Ah, y dice el capitán Cicerón que lo veas. Que aunque la marihuana de casa de Lissette ya estaba adulterada por el agua, es más fuerte que la normal y que en el laboratorio piensan que no sea cubana: dicen que mexicana o nicaragüense. Que hace como un mes agarraron a dos tipos en Luyanó vendiendo unos cigarros y parece que es del mismo tipo.

—¿Y de dónde la sacó esa gente?

—Ese es el lío, se la compraron a un tipo en El Vedado, pero por más señas que dieron el gallo no aparece. A lo mejor están tapando a alguien.

—Así que no es cubana...

El Conde se ajustó las gafas oscuras y encendió un cigarro. Debían hacerle un monumento al inventor de la duralgina. DE LOS BORRACHOS DEL MUNDO..., más o menos debía decir la leyenda en el memorial. Él le llevaría flores. Volvía a ser persona.

—¿Nombre completo?

—Pedro Ordóñez Martell.

—¿Edad?

—Veinticinco.

—¿Centro de trabajo?

—No, no tengo.

—¿Y de qué vives?

—Soy mecánico de motos.

—Ah, de motos... Mira, cuéntale al teniente lo de la Kawasaki, anda.

El Conde se separó de la puerta y avanzó hasta colocarse de frente a Pupy, dentro del ámbito calcinante de la potente lámpara. Manolo miró a su jefe y luego al muchacho.

—¿Qué pasa, se te olvidó el cuento? —le preguntó Manolo, inclinándose hacia él y mirándolo a los ojos.

—Se la compré a un marino mercante. El me hizo un papel que se lo di anoche a él. El marino mercante se quedó en España.

—Pedro, eso es mentira.

—Oiga, sargento, no me diga más mentiroso. Eso, eso es una ofensa.

—Ah, sí, ¿y pensar que acá el teniente y que yo somos unos comemierdas qué cosa es?

—Yo no los he ofendido.

—Bueno, vamos a aceptarlo por ahora. ¿Qué me dices de la causa que te podemos abrir por venta ilícita? Me contaron que vendías cosas de la diplotienda y que ganaste muchísima plata.

—Oiga, eso hay que demostrarlo, porque yo no me robé nada, ni trafiqué nada, ni...

—¿Y qué pasa ahora mismo si hacemos un buen registro en tu casa?

—¿Por lo de la moto?

—¿Y si aparecen algunos billeticos verdes, y unos ventiladores y cosas así, qué me vas a contar, que nacieron ahí?

Pupy miró al Conde como pidiéndole, quítame a éste de arriba, y el Conde pensó que debía complacerlo. El joven era una versión tardía y trasplantada de los Angeles del Infierno: el pelo largo, peinado al medio, le caía sobre los hombros de un *jacket* de cuero negro que era un insulto climático. Llevaba incluso botas altas, de doble cremallera, y un *jean* de montar, reforzado en las nalgas. Demasiadas películas habían pasado por aquellos ojos.

—Con su permiso, sargento, ¿puedo hacerle una pregunta a Pedro?

—Cómo no, teniente —dijo Manolo y se apoyó en el respaldo de la silla. El Conde apagó la lámpara pero siguió de pie, tras el buró. Esperó a que Pupy terminara de frotarse los ojos.

—Le gustan mucho las motos, ¿verdad?

—Sí, teniente, y la verdad, yo le sé un mundo a esos bichos.

—Hablando de cosas que sabe... ¿Qué sabe usted de Lissette Núñez Delgado?

Pupy abrió los ojos y en su mirada había toneladas de terror. La geografía equilibrada de su rostro de bonitillo asumido se resintió, como alterada por un terremoto. La boca trató de iniciar una protesta que no fructificaba, sacudida por un temblor que no lograba controlar. ¿Va a llorar?

—¿Qué me dice, Pedro?

—¿Pero qué es lo que quieren ustedes? Ahí sí que no, teniente, yo de eso sí que no sé nada, se lo juro por lo que usted quiera, se lo juro...

—Espérate, no jures todavía. ¿Cuándo fue la última vez que la viste?

—No sé, el lunes o el martes. Yo fui a recogerla al Pre porque ella me dijo que quería comprarse unos tenis de esos de suela ancha que yo tenía, que eran legales, legales de verdad, y fuimos a mi casa y se los probó y le servían, y entonces íbamos a la casa de ella a buscar el dinero y después yo me fui.



—¿Cuánto le cobró por los tenis?

—Nada.

—¿Pero no los estaba vendiendo?

Pupy miró goloso el cigarro que el Conde había encendido.

—¿Quieres uno?

—Se lo voy a agradecer.

El Conde le entregó la cajetilla y la fosforera y esperó a que Pupy encendiera el cigarro.

—A ver, ¿cómo es la historia de los tenis?

—Nada, teniente, es que, ella y yo, bueno, fuimos novios, eso usted lo sabe, y a la que fue novia de uno cuesta trabajo venderle algo.

—Así que se los regalaste, ¿verdad? ¿No se los habrás cambiado?

—¿Cambiarlos?

—¿Tuvieron relaciones sexuales ese día?

Pupy dudó, pensó rebelarse, aducir tal vez la intimidad de la cuestión, pero pareció pensarlo dos veces.

—Sí.

—¿Por eso fue que ella te llevó a su casa?

Pupy chupó ávidamente de su cigarro y el Conde pudo oír el levísimo crepitar de la hierba quemada. Movía ahora la cabeza, negando algo que no podía negar, y volvió a fumar antes de decir:

—Mire, teniente, yo no quiero pagar lo que no hice. Yo no sé quién mató a Lisette, ni en qué lío estaba ella metida, y aunque es feo lo que le voy a decir, se lo voy a decir, porque yo no voy a pagar de zonzo los platos rotos. Lisette era un cohete, eso mismo, un cohete, y yo estaba con ella así, por pasar el tiempo, pero nada serio, porque sabía que me la dejaba en los callos en cualquier momento, como hizo cuando conoció a un mexicano ahí que parecía un tamal mal envuelto, un tal Mauricio, creo que se llamaba. Pero es que ella era una fiera en la cama. Pero una fiera

de verdad, y a mí me gustaba acostarme con ella, para serle franco, y ella era una cabrona y lo sabía y me tumbó los tenis con esa onda.

—¿Y tú dices que eso fue el lunes o el martes?

—Creo que fue el lunes, sí, que ella terminaba temprano. Eso lo pueden averiguar.

—A Lissette la mataron el martes. ¿Tú no la volviste a ver?

—Por mi madre que no. Se lo juro, teniente.

—¿De dónde sacó Lissette al novio mexicano? Mauricio se llamaba, ¿no?

—No sé bien esa historia, teniente, creo que lo conoció en Coppelia, o por ahí. El tipo estaba de turista y ella lo enganchó. Pero hace ya un tiempo de eso.

—¿Y quién era el novio de ella ahora?

—Bueno, teniente, vaya usted a saber. Yo casi no la veía ya, tengo otra novia, una pepilla ahí...

—Pero ella andaba con un hombre de unos cuarenta, cuarenta y pico de años, ¿no es verdad?

—Ah, pero no era el novio —y por fin Pupy sonrió—. Eso era otro vacilón de ella. Cuando yo le digo que era un cohete.

—¿Y quién era ese hombre, Pedro, usted lo conocía?

—Claro que sí, teniente, el director del Pre. ¿Pero ustedes no lo sabían?

—Vengo a tomar café —anunció el Conde, y el Gordo Contreras sonrió desde su butaca a prueba de cargas pesadas.

—El Conde, el Conde, mi amigo el Conde. Así que café, ¿no? —dijo y, aunque parecía imposible, puso en pie su tremenda anatomía de cachalote terrestre, mientras extendía la mano derecha con el propósito

alegremente malvado de descoyuntarle los dedos al Conde. ¿Y no se sabrá otro jueguito menos pesado? El teniente sacó fuerzas de su masoquismo y se dejó torturar por el capitán Jesús Contreras, jefe del Departamento de Tráfico de Divisas.

—Coño, Gordo, suelta ya.

—Hacía días que no venías por aquí, mi amigo.

—Pero te extrañé mucho. Fíjate que te escribí dos cartas. ¿No te llegaron? Es verdad lo que dice la gente, que el correo es una mierda.

—No jodas, Conde, ¿qué te hace falta?

—Ya te lo dije, Gordo, café. Además, vengo a hacerte un regalo, envuelto en papel de celofán. Para que veas que tú no eres el único aquí que hace regalitos.

Entonces el Gordo rió. Era un espectáculo único en la tierra: su papada, su barriga, sus tetas de obeso transgresor de los límites de las trescientas libras, se pusieron a bailar al ritmo de sus carcajadas, como si la carne y la grasa estuviesen mal atadas a la remota osamenta que debía sustentarla, y fuera posible asistir a un *streap-tease* total que descubriera la identidad oculta de un esqueleto cubierto por tres quintales de carne y cebo. Viéndolo reír, el Conde siempre pensaba en la extraña y predestinada relación que encontraba entre el apellido del Gordo y su figura: sencillamente era Contreras, redondo, rollizo, voluminoso y espeso.

—Oye, Conde, desde que cumplí siete años no me regalan nada. Mierda, si acaso.

—¿Pero tienes o no tienes café?

Contreras iba a recuperar la risa, pero se detuvo.

—Para los amigos siempre tengo. Y todavía está caliente.

Rodó, más que caminó, hacia la gaveta del buró y extrajo un vaso mediado de café.

—Pero no te lo tomes todo, acuérdate que ya no tengo cuota.

El Conde bebió un sorbo más que generoso y vio una alarmante desesperación en la mirada crítica del Gordo. Era el mejor café que se tomaba en la Central, especialmente enviado al capitán Contreras de las reservas estratégicas del mayor Rangel. Antes de devolver el vaso, el Conde volvió a beber.

—Oye, oye, está bueno ya. Mira eso... Bueno, a ver, ¿qué te pasa?

—Una moto Kawasaki de tres y medio que no se sabe de dónde salió, compras en la diplotienda y casi seguro tráfico de divisas. Un encanto. Lo tengo en mi cubículo y está tan maduro que se cae de la mata. Te lo regalo con la condición de que me lo conserves porque todavía no he terminado con él. ¿Te gusta?

—Me gusta —admitió el Gordo Contreras y ya no se pudo contener: soltó las amarras de sus carcajadas y el Conde pensó que un día iba a rajar las paredes del edificio.

—Entra, dale, entra —tronó la voz cuando el Conde puso la mano sobre el picaporte. Me olfatea este cabrón, pensó el teniente y empujó la puerta por el cristal nevado. El mayor Antonio Rangel se balanceaba con abulia en su silla giratoria y, contra lo que imaginaba el teniente, había cierta placidez en su rostro. El Conde olió: flotaba en el ambiente perfume de tabaco fino, joven pero bien curado. El Conde miró: sobre el cenicero descansaba en ese momento una breva larga y aceitunada.

—¿Qué cosa es?

—Un Davidoff 5000, ¿qué iba a ser?

—Me alegro por ti.

—Y yo por ti. —El mayor detuvo el balanceo y recuperó el habano. Lo chupó como si fuera ambrosía—. Ya ves, estoy de buena... ¿Dónde

coño tú estabas metido? ¿Ahora eres policía por cuenta propia? ¿Tú no sabes que yo estoy aquí para algo?

El Conde se sentó frente al mayor y trató de sonreír. Rangel necesitaba saber cada paso de cada investigación de cada subordinado, sobre todo si el subordinado se llamaba Mario Conde. Aunque confiaba en la capacidad del teniente más que en la suya propia, el mayor le tenía miedo. Sabía de todas las patas que cojeaba el Conde y trataba de mantenerlo atado lo más corto posible. Ahora al Conde se le ocurrían un par de chistes y pensó que podía intentarlo al menos con uno:

—Mayor, vengo a pedirle la baja.

El Viejo lo miró un instante y, sin inmutarse, devolvió el tabaco al cenicero.

—Menos mal que era eso —dijo y bostezó, sosegadamente—. Baja a personal y dile que te llenen los papeles, que yo los firmo. Me alegro por mi hipertensión. Por fin voy a trabajar tranquilo...

El Conde sonrió, defraudado.

—Coño, Viejo, ya ni se puede jugar contigo.

—¡Nunca se ha podido! —rugió, más que habló, el Viejo. Si Dios hablara tendría la voz de este hombre—. Yo no sé cómo es que tú te atreves. Oye, Conde, de verdad, ¿alguna vez vas a decirme por qué carajo te metiste a policía?

—Esas preguntas sólo las respondo delante de mi abogado.

—Pues se van al carajo tú, el derecho romano y el Colegio de Abogados. ¿Qué pasa con el caso? Ya hoy es sábado.

El Conde encendió un cigarro y observó el cielo despejado que se veía por el ventanal de la oficina. ¿Nunca se verían las nubes desde aquella ventana?

—Va lento.

—Yo te pedí que fuera rápido.

—Pero va lento. Acabamos de interrogar a uno de los sospechosos, un tal Pupy, un bisnero que fue novio de la muchacha. Por ahora creo que no tiene nada que ver con la muerte de ella, tiene una coartada con demasiados testigos, pero nos confirmó dos cosas importantes que le dan otra música a esta rumba: que la profesora era un cohete, como él dice, más rápida sacando los «Coles» que Billy el Niño, y que tenía relaciones con el director del Pre, que ahora es el segundo sospechoso. Pero hay algo que no funciona muy bien en todo esto. Dice el forense que el último contacto sexual de la muchacha, poco antes de que la mataran, fue con un hombre joven, de alrededor de veinte años, y que tiene sangre del grupo O. Y Pupy tiene ese tipo de sangre... El director tiene unos cuarenta, y pudiera ser el que estuvo con ella unas cinco o seis horas antes. Pero si es verdad, como parece, que Pupy no la vio el martes por la noche porque andaba con un piquete de motociclistas por el Havana Club de Santa María, y entonces no fue el último que estuvo con ella, ¿quién fue? Y si no fue Pupy el que la mató, ¿quién fue? El director tiene papeletas en esa rifa, pero hay algo que no me cuadra: la fiesta de por la noche y la bebedera y la fumadera de marihuana. El director no es santo de mi devoción, pero tampoco parece de los que se entregan tan fácil. Aunque la pudieron matar después de la fiesta... ¿Qué tú crees, Viejo?

El mayor abandonó su silla y puso a funcionar su Davidoff. Aquel tabaco prodigioso era como un incensario que derramaba su humo fragante en cada exhalación del Viejo.

—Tráeme la grabación de Pupy, quiero oírla. ¿Por qué tú piensas que él no fue? ¿Ya comprobaste lo que te dijo?

—Mandé a Crespo y al Greco a verificarlo, pero estoy seguro. Me dio demasiados nombres como para ser un invento. Además, tengo el presentimiento de que no fue él...

—Mira, mira, me erizo de miedo cuando tú presientes algo. ¿Y el

director, por qué no te gustó?

—No sé, tal vez por ser director. Es como si hubiera nacido para ser director, y no sé, eso no me gusta.

—Así que eso no te gusta... ¿Y tú dices que la muchacha era un poco loca? El informe...

—Era un informe, Viejo. ¿Nunca oíste decir que el papel aguanta cualquier cosa? No te imaginas todo lo que puede haber detrás de ese papel. Arribismo, oportunismo, hipocresía y quién sabe cuántas cosas más. Pero el papel dice que era un ejemplo de la juventud...

—Deja eso, deja eso, no me des clases de corte y costura que yo estoy en esto de antes que tú supieras limpiarte los mocos... Oye, te veo lento, Mario, ¿qué te pasa, chico?

El Conde apagó su cigarro en el cenicero antes de responder:

—No sé, Viejo, hay algo que me confunde en esta historia, el lío de esa marihuana que no se sabe de dónde salió, y estoy así, que no puedo concentrarme.

El gesto del mayor fue teatral y perfecto: se llevó las manos a la cabeza y miró hacia el techo, buscando quizás la misericordia del cielo.

—Éramos pocos y parió mi abuela. Ahora sí te doy la baja. ¿Así que es un problema de concentración, como tú dices?

—Pero me siento bien, Viejo.

—¿Con esa cara de mierda...? Mario, Mario, acuérdate de lo que te dije: pórtate bien, por lo que más tú quieras. No saques el pie del plato, porque yo mismo te lo voy a tener que cortar.

—¿Pero qué es lo que pasa, Viejo?, ¿cuál es el lío?

—Ya te dije que no lo sé, pero lo puedo oler: hay candela. Hay una investigación en el ambiente que viene de muy arriba. No sé qué pasa ni qué están buscando, pero es algo gordo y creo que van a caer unas cuantas cabezas, porque la cosa va en serio. Y no me preguntes más... Oye, ¿tú

sabes que recibí ayer un paquetico y una carta de mi hija? Parece que después de todo le va bien con su austríaco ecologista. Viven en Viena, ¿te lo dije, no?

—Me encantaría vivir en Viena. A lo mejor me dedicaba a dirigir el coro de niñas cantoras. Niñas de veinte años... ¿Hay policías en Viena?

—En la carta me contaba que había ido a Ginebra con el marido, a una de esas reuniones sobre las ballenas, y sabes dónde estuvo: en la tienda de tabacos de Zino Davidoff. Dice que es un lugar precioso y me compró una petaquita con cinco habanos... Pero no te imaginas cómo la extraño, Mario. No sé por qué esa chiquilla tuvo que irse de aquí.

—Porque se enamoró, Viejo, ¿qué más tú quieres? Mira, yo también estoy enamorado y si ella me dice que nos vayamos para Nueva Orleans, pues me voy con ella.

—¿Nueva Orleans? ¿Estás enamorado? ¿Y esa descarga?

—Nada, para oír blues, soul, jazz y esas cosas.

—Mario, vete, dale, vete, no te resisto. Pero te doy cuarenta y ocho horas para que me entregues el paquete. Si no, mejor ni vengas a cobrar este mes.

El Conde se levantó y miró a su jefe. Se atrevió de nuevo:

—No importa: el amor alimenta... —sentenció el Conde y se dirigió hacia la puerta.

—Ya te morirás de hambre... Oye, por cierto, ¿supiste lo de Jorrín? Le dio una sirimba el miércoles por la noche. Una cosa rarísima, dicen que fue como un preinfarto. Ayer lo fui a ver y me preguntó por ti. Está en el Clínico de 26. Oye, Mario, creo que se acabó Jorrín como policía.

El Conde pensó en el capitán Jorrín, el viejo lobo de la Central. Y recordó que nunca, en diez años, se habían visto fuera de las paredes de aquel edificio. Siempre le prometía ir a visitarlo algún día, sentarse una tarde a tomar un café, unos tragos de ron, hablar de lo que suele hablar la



gente, y al final nunca cumplía su promesa. ¿Eran amigos? Una sensación de culpa irremediable lo envolvía, cuando le dijo a su jefe:

—Viejo, qué mierda, ¿no? —Y salió, dejando a su jefe envuelto en una nube de humo azul y fragante de Davidoff 5000, Gran Corona, de 14,2 cm, cosecha de Vueltabajo, 1988, expedido en Ginebra en la tienda del mismísimo zar: Zino Davidoff.

Hay gentes que tienen más suerte y viven confiados de esa suerte que Dios o el diablo les dio. Yo no, yo soy un desastre, y lo peor es que insisto, a veces me la juego y miren, ya se jodio todo. ¿Qué va a pasar ahora? Sí, es verdad. Yo pensé llamarlo y decírselo, pero no me atreví. Tuve miedo: miedo de que ustedes me relacionaran con lo que pasó, miedo de que mi mujer se enterara, miedo de que se supiera en el Pre y me perdieran el respeto... No me da ninguna pena decirlo: tengo miedo. Pero yo no tuve nada que ver con lo que pasó. ¿Cómo iba yo a hacerle algo así? Ella me tenía loco y hasta pensé hablar con mi mujer y decírselo, pero Lisette no quiso, me dijo que era muy pronto, no quería nada formal, que era muy joven. Un desastre. No, hace dos meses nada más. Cuando estuvimos en la Escuela al Campo. Ustedes saben que ahí es distinto, no hay la formalidad que existe en la escuela y casi empezó como un juego, ella todavía era novia de Pupy, el de la moto, y yo pensé que no podía ser, que eran ilusiones de viejo verde, pero cuando regresamos a La Habana, un día que terminamos como a las siete en una reunión, le dije que si me invitaba a tomar café y así empezó todo. Pero nadie lo sabía, estoy seguro. ¿Ustedes creen que yo podía hacerle algo así a ella? Creo que Lisette fue una de las mejores cosas que me han pasado en la vida, me dio ganas de vivir, de hacer una locura, de dejarlo todo, hasta de olvidarme de la suerte, porque ella podía ser la suerte... ¿Por

celos? ¿Qué celos? Ella se había peleado con Pupy, me juró que ya no quedaba nada, y cuando uno tiene cuarenta y seis años y eso se lo dice una mujer veinte años más joven, no queda más remedio que creerle o irse a la casa a arreglar el patio y dedicarse a criar pollos... Ese día yo iba a ir verla más temprano, pero esto es un infierno, si no es Juan es Pedro, y si no es el Partido es el Municipio, y salí de aquí como a las seis y media. Estuve en la casa de ella como una hora y pico, no más, porque llegué a mi casa cuando empezaba la novela de las ocho y media... Bueno, sí, tuvimos relaciones sexuales, es lógico, ¿no? ¿Tipo A positivo? Sí, ¿cómo ustedes lo saben? Bueno, lo saben todo, ¿no? Sí, sí, estuve toda la noche en mi casa, iba a preparar un informe para el día siguiente, por eso fue que salí tarde del Pre ese día. Sí, estaba mi mujer y uno de los muchachos, el más chiquito, el otro tiene dieciséis años y sale casi todas las noches, ya tiene novia. Sí, mi esposa lo puede confirmar, pero, por favor, ¿es necesario? ¿Ustedes no me creen? Sí, es el trabajo de ustedes, pero yo soy una persona, no una pista... ¿Qué quieren, que el mundo me caiga arriba? ¿Por quién se lo tengo que jurar? No, ella no tenía a más nadie, eso yo lo sé, tiene que ser que la violaran, porque la violaron, ¿no? ¿No la violaron y la mataron después? ¿Por qué me obligan a hablar de esto, coño?, si esto es como un castigo por haberme creído que todavía era posible sentirme vivo, vivo como ella... Tengo miedo... Sí, es un buen alumno, ¿pasa algo con él? Menos mal. Sí, en la secretaría le dan la dirección... ¿Pero qué va a pasar ahora? ¿A mi esposa? Si yo tuviera suerte...

El olor de los hospitales es un vaho doloroso: éter, anestesias, aerosoles, alcohol intragable... Entrar en un hospital era una de las pruebas que el Conde nunca hubiera querido volver a pasar. Los meses en

que noche a noche vigiló el sueño adolorido del Flaco, cuando fue más flaco que nunca, bocabajo en una cama, con la espalda destruida y las piernas ya inservibles y aquel color de vidrio sucio en los ojos, le habían instalado para siempre en la memoria el olor inconfundible del sufrimiento. Dos operaciones en dos meses, todas las esperanzas perdidas en dos meses, toda la vida cambiada en dos meses: un sillón de ruedas y una parálisis progresiva como una mecha encendida que avanzaba y se iba tragando nervios y músculos, hasta el día en que le tocara al corazón y lo calcinara definitivamente. Y allí estaba otra vez el olor de los hospitales, recuperado mientras caminaba por el vestíbulo desierto a aquella hora de la tarde y, sin hablar, casi restregaba la credencial policiaca en los ojos del custodio que se les interpuso frente al elevador.

En el pasillo del tercer piso buscaron una señal de orientación. La 3-48 debía de quedar a la izquierda, según, el cartel que descubrió el sargento Manuel Palacios, y avanzaron, descontando cubículos de números pares.

El Conde asomó la cabeza y vio, sobre una cama Fowler con la cabecera levantada, el rostro sin afeitar del capitán Jorrín. A su lado, en el sillón indispensable, una mujer de unos cincuenta años y gesto cansado detuvo el leve balanceo y los interrogó con los ojos. La mujer se levantó y avanzó hacia el pasillo.

—Teniente Mario Conde y sargento Manuel Palacios —dijo el Conde, a modo de presentación—. Somos compañeros del capitán.

—Milagros, yo soy Milagros, la esposa...

—¿Cómo está? —preguntó Manolo, asomando otra vez la cabeza.

—Está mejor. Lo tienen sedado para que duerma —y miró el reloj—. Lo voy a despertar, a las tres le toca la medicina.

El Conde fue a detenerla, pero ya la mujer avanzaba hacia el durmiente y le susurraba algo mientras le acariciaba la frente. Los ojos de

Jorrín se abrieron con una mansedumbre forzada y con el movimiento de los párpados inició el esbozo de una sonrisa.

—El Conde —dijo y levantó un brazo, para estrechar la mano del teniente—. ¿Qué tal, sargento? —saludó también a Manolo.

—Maestro, ¿cómo se le ocurrió hacer esto? Creo que lo van a juzgar por desacato y después van a clausurar la Central —sonrió el Conde y obligó a que el capitán Jorrín lo correspondiera.

—Nada, Conde, hasta los carros viejos se rompen.

—Pero son tan buenos que con cualquier pieza vuelven a caminar.

—¿Tú crees?

—Dígame cómo se siente.

—Extraño. Con sueño. Por las noches tengo pesadillas...¿Tú sabes que ésta es la primera vez en mi vida que duermo después de almuerzo?

—Es verdad —dijo la mujer, y volvió a acariciarle la frente—. Pero yo le digo que ahora tiene que cuidarse. ¿No es así, teniente?

—Claro que sí —aceptó el Conde y sintió todo el ridículo de la frase hecha: sabía que Jorrín no quería cuidarse, sólo deseaba levantarse y volver a la Central, y salir a la calle y sufrir, y buscar, y cazar hijos de puta, ladrones, asesinos, violadores, estafadores, porque aquello, y no dormir al mediodía, era lo único que sabía hacer en su vida, y además lo hacía bien. El resto era una muerte, más o menos lenta, pero igual la muerte.

—¿Cómo te va, Conde? ¿Otra vez andas con este loco?

—Qué remedio, maestro. Debería dejarlo aquí y llevármelo a usted. A ver si operan a éste y lo vuelven persona...

—Me extrañaba que no hubieras venido.

—Me acabo de enterar hace un rato. Me lo dijo el Viejo. Es que estoy enredado.

—¿Qué estás haciendo?

—Nada, una bobería. Un robo normal.

—El no puede hablar mucho —dijo entonces la mujer, que ahora había tomado una de las manos del capitán. Sobre la mano se veía la marca que habían dejado el esparadrapo y la aguja de un suero. Jorrín derrotado. Increíble, se dijo el Conde.

—No se preocupe, ya nos vamos. ¿Cuándo lo botan de aquí, maestro?

—No sé todavía. En tres o cuatro días. Dejé un caso pendiente y quiero ver...

—Pero no se preocupe ahora por eso. Alguien lo va a trabajar. No tan bien como usted, pero alguien lo trabaja. Mire, nosotros venimos mañana. A lo mejor tengo que consultarle algo.

—Que se mejore, capitán —dijo Manolo y le estrechó la mano.

—No dejes de venir, Conde.

—Seguro, pero cuídese, maestro, que de los buenos quedamos pocos —dijo el Conde y retuvo en la suya la mano del viejo lobo. Aunque reconoció la mancha de nicotina entre los dedos, oscureciendo incluso las uñas, aquélla no era ya la mano fuerte que conocía y eso lo alarmó—. Maestro, hoy me di cuenta de que nunca habíamos hablado fuera de la Central. Qué desastre, ¿no?

—Desastres de policía, Conde. Pero hay que asumirlos. Aunque te des cuenta de que no hay policía que sea feliz, que eres un tipo en el que nadie confía y al que a veces hasta tus propios hijos te tienen miedo por lo que representas, aunque se te destrocen los nervios y te quedes impotente a los cincuenta años...

—¿Qué cosa tú estás diciendo? —lo interrumpió la mujer, tratando de no llegar al regaño—. Estáte tranquilo, anda.

—Desastres de policía, maestro. Nos vemos por ahí —dijo el Conde y soltó la mano del capitán. Ahora el hospital olía a sufrimiento y también a muerte.

—Vamos para el Zoológico —ordenó el Conde al entrar en el carro, y Manolo no se atrevió a preguntar: ¿quieres ver los monos? Sabía que el Conde iba herido y levantó la capa para dejarlo pasar. Encendió el motor, salió a la Avenida 26 y cubrió lentamente las pocas cuadradas que lo separaban del Parque Zoológico—. Arrima debajo de una mata que dé sombra.

Dejaron atrás los patos, los pelícanos, los osos y los monos y Manolo detuvo el carro a la vera de un álamo antiquísimo. El viento del sur seguía batiendo y entre el follaje del parque se escuchaba su silbido pertinaz.

—Se muere Jorrín —dijo el Conde y prendió un cigarro con la colilla del que venía fumando. Se observó entonces los dedos y se preguntó por qué a él no se le manchaban con la nicotina.

—Y tú te vas matar si sigues fumando así.

—No jodas, Manolo.

—Allá tú, compadre.

El Conde miró hacia su derecha el grupo de niños que observaban a los leones flacos y envejecidos que apenas se decidían a caminar, fatigados por la brisa caliente. El aire olía a meadas viejas y a mierda joven.

—Estoy perdido, Manolo, porque creo que ni Pupy ni el director tuvieron que ver con lo que pasó el martes por la noche.

—Mira, Conde, déjame decirte...

—Dale, dime, que para eso estamos aquí.

—Bueno, el director tiene una buena coartada y parece que la puede mantener. Es la palabra suya y la de su mujer, si es que la mujer la confirma. Y si de verdad Pupy no fue el que se acostó con Lissette la

noche que la mataron, ¿qué queda entonces? La fiesta: ron, música, marihuana. Por ahí está la cosa, ¿no?

—Tiene que estar, pero ¿cómo vamos a encontrar la punta de la madeja? ¿Y si Pupy nos engañó? No creo que haya tenido tiempo para preparar una coartada con tanta gente, pero tampoco hay mucha gente con sangre del grupo O y fue alguien del grupo O el último que estuvo con ella.

—¿Quieres que le apriete un poco más las tuercas?

El Conde lanzó el cigarro por la ventanilla y cerró los ojos. Una imagen de mujer bailando en la penumbra vino a su mente. Movi6 la cabeza, como tratando de espantar aquella sombra feliz e inapropiada. No quería mezclar su posible felicidad con la sordidez de su trabajo.

—Déjaselo un rato a Contreras y después nosotros lo exprimimos otra vez hasta que suelte jugo... Y también vamos a comprobar hasta el último minuto la historia del director. El va a saber lo que es tener miedo...

—Oye, Conde, ¿y qué tú crees del turista mexicano que fue novio de Lissette? Mauricio, ¿no?

—Sí, eso dijo Pupy... Y la marihuana es de Centroamérica o de México. ¿Se la habrá dejado el mexicano ese?

—Conde, Conde —se alarmó entonces Manolo, y dio incluso un golpe sobre el timón—. ¿Y si el mexicano volvió?

El teniente afirmó con la cabeza. Claro que para algo le servía Manolo.

—Sí, sí, también puede ser. Hay que hablar con Inmigración. Hoy mismo. Pero mientras tanto yo voy a hacer otro intento de encontrar la punta de la madeja... Marihuana: no sé por qué, pero estoy seguro de que por ahí tenemos que llegar. Bueno, arranca este cacharro. Este zoológico huele a amoníaco. Además, toda la vida los zoológicos me han caído

como una patada en el culo. Vamos a llamar a la Dirección de Inmigración y después seguimos para la costa.

El mar, como el enigma de la muerte o los desafueros del destino, siempre provocaba una fascinación magnética en el espíritu de Mario Conde. Aquel azul inmenso, oscuro, insondable, lo atraía de un modo enfermizo y amable a un tiempo, como una mujer peligrosa de la que no se quiere escapar. Otros, antes que él, sintieron los mismos efluvios de aquella seducción irremediable y por eso lo habían, la habían, llamado la mar. Nada en su memoria vital tenía relación alguna con el mar: había nacido en un barrio bien enterrado en el fondo de la ciudad, árido y miserable, pero tal vez su conciencia de isleño, heredera del remoto origen insular de su tatarabuelo Teodoro Altarriba, alias el Conde, un canario estafador que cruzó todo un océano en busca de otra isla alejada de acreedores y policías, se despertaba con la sola visión del agua y las olas, del horizonte preciso donde ahora tenía colgados los ojos, como si quisiera ver algo más allá de aquel límite engañoso, que parecía ser la linde última de todas las posibilidades. Sentado, frente a la costa, el Conde volvía a pensar en la rara perfección del mundo, que dividía sus espacios para hacer más compleja y cabal la vida y, a la vez, separar a los hombres y hasta a sus pensamientos. En una época aquellas ideas y la fascinación por el mar tuvo que ver con los deseos de viajar y conocer y volar sobre los otros mundos de los cuales estaba separado por el mar —Alaska, con los exploradores y trineos, Australia, la Borneo de Sandokán—, pero hacía ya muchos años que se había acostumbrado a su destino de hombre anclado y sin viento a favor. Se conformaba, entonces, con soñar —sabiendo que sólo soñaba— que alguna vez viviría frente al mar, en una casa de madera y tejas siempre expuesta al olor de la sal. En aquella



casa propicia escribiría un libro —una historia simple y conmovedora sobre la amistad y el amor— y dedicaría las tardes, después de la siesta —que tampoco había escapado a sus cálculos— en el largo portal abierto a las brisas y terrales, a lanzar unos cordeles al agua y a pensar, como ahora, con las olas batiéndole los tobillos, en los misterios de la mar.

La frialdad del agua y la persistencia del viento, menos caliente en la costa, las olas incansables y el sol que ya descendía hacia un rincón del horizonte, tal vez habían ahuyentado a los fieles, y en la agresiva playa de rocas, marginal y abandonada como sus clientes habituales, el Conde no encontró la colonia de friquis que había imaginado. En el agua dos parejas insistían en hacer el amor a temperatura y ritmo inapropiados y, junto a unos arbustos, conversaba un grupo de muchachos, todos flacos como perros sin dueño.

—¿Serán friquis?, ¿eh, Conde? —le preguntó Manolo cuando el teniente salió del mar y regresó a la roca.

—A lo mejor. No es un buen día para venir a bañarse. Pero sí para venir a filosofar.

—Los friquis no son filósofos, Conde, no me vengas con ésa.

—A su manera sí, Manolo. No quieren cambiar el mundo, pero tratan de cambiar la vida, y empiezan por la de ellos mismos. No les importa nada, o casi nada, y ésa es su filosofía y tratan de convertirla en praxis. Por mi madre que suena a sistema filosófico.

—Hazle ese cuento a los friquis. Oye, ¿y los friquis no son hippies?

—Sí, pero posmodernos.

Manolo le entregó los zapatos a su jefe y se sentó junto a él, también de cara al mar.

—¿Qué pensabas encontrar aquí, Conde?

—De verdad no lo sé, Manolo. Quizás una razón para fumar marihuana o soplar una raya de coca y sentir que la vida es más leve.

Cuando me siento así, a mirar el mar, a veces pienso que estoy viviendo una vida equivocada, que todo es una pesadilla, y estoy a punto de despertarme, pero no puedo abrir los ojos. Qué mierda, ¿no?... De verdad me gustaría hablar con estos friquis, pero sé que no me van a decir nada.

—¿Hacemos el intento?

El Conde miró a los muchachos de la costa y a las parejas que permanecían trabadas en el agua. Con las manos trataba de secarse los pies y movía los dedos como si tocara una trompeta —o un saxofón. Decidió guardar las medias en un bolsillo y se calzó los zapatos.

—Dale, vamos.

Se pusieron de pie y buscaron el mejor camino sobre las rocas para llegar al grupo que hablaba y fumaba bajo los arbustos. Eran cuatro hombres y dos mujeres, todos muy jóvenes, mal peinados y peor comidos, pero con cierto estado de gracia en la mirada. Como todos los miembros de una secta se sentían sectarios, pues se sabían elegidos, o al menos creían saberlo. ¿Elegidos de qué o por quién? Otra cuestión filosófica, pensó el Conde, y cuando estuvo a menos de un metro del grupo, se detuvo.

—¿Me dan candela?

Los jóvenes, que habían pretendido ignorar la presencia de los intrusos, los miraron y el del pelo más largo estiró una mano con una caja de fósforos. El Conde falló un par de intentos y al fin encendió su cigarro y devolvió los fósforos a su propietario.

—¿Quieren fumar? —propuso entonces, y el del pelo largo sonrió.

—¿No se los dije? —Y miró a sus compañeros—. Los policías siempre vienen con el mismo truco.

El Conde miró su cigarro como si hubiese descubierto que era especialmente bueno, y volvió a fumar.

—¿Entonces no quieren fumar? Gracias por los fósforos. ¿Cómo

supieron que éramos policías?

Una de las muchachas, de pecho sin alteraciones topográficas y piernas largas como la desesperación, levantó su cara hacia el Conde y se puso un dedo sobre la nariz.

—Eso se huele. Y ya tenemos el olfato acostumbrado... —Y sonrió, convencida de su ingenio.

—¿Qué quieren? —preguntó entonces el Pelos Largos, en su posible función de jefe de tribu.

El Conde sonrió y se sintió extrañamente tranquilo. ¿Será el mar o que ya no me hace falta fingir?

—Hablar con ustedes —informó y se sentó, muy cerca del paladín—. Ustedes son friquis, ¿verdad?

Pelos Largos sonrió. Era evidente que se sabía todas las preguntas posibles de los seguros policías que de tanto en tanto los asediaban.

—Le propongo algo, señor policía. Como usted no tiene ningún motivo para llevarnos presos y no nos gusta hablar por gusto con los policías, le vamos a responder tres preguntas, las que usted quiera, y después se va. ¿Estamos?

Dentro del Conde se revolvía su espíritu de grupo: él también podía ser sectario y como policía no estaba acostumbrado a aceptar condiciones para hacer todas sus preguntas, a gritarlas si era preciso y a recibir todas las respuestas, pues para algo era policía y por lo pronto era su tribu la que tenía la fuerza y hasta la legalidad para reprimir. Pero se contuvo.

—De acuerdo —aceptó el Conde.

—Sí, somos friquis —afirmó Pelos largos—. La segunda.

—¿Por qué son friquis?

—Porque nos gusta. Cada cual es libre para ser lo que quiera, pelotero, cosmonauta, friqui o policía. A nosotros nos gusta ser friquis y vivir como nos da la gana. Eso no es delito hasta que se demuestre lo

contario, ¿verdad? No nos metemos con nadie y no nos gusta que nadie se meta con nosotros. No le pedimos nada a nadie, no le quitamos nada a nadie, y no nos gusta que nadie nos exija nada. Eso es democrático, ¿no le parece? Le queda una.

El Conde miró con añoranza la botella de ron calzada en un hueco de la roca. El oráculo de la democracia pasiva lo iba a vencer, limpiamente, y comprendió que por algo era el cacique natural de la horda.

—Ésta quiero que me la responda ella —y señaló a la flaca sin tetas, y ella sonrió halagada por el reclamo policial que la elevaba a roles protagónicos—. ¿Está bien?

—Está bien —admitió Pelos Largos, poniendo en práctica su autoproclamado programa democrático.

—¿Qué esperan de la vida? —preguntó y lanzó la colilla hacia el mar. El cigarro, atrapado por el viento, realizó una parábola alta y, con un giro de boomerang, regresó a las rocas, como demostrando la imposibilidad de una huida. El Conde observó a la encuestada mientras ella pensaba su respuesta: si era inteligente, se dijo el Conde, trataría de filosofar. Tal vez le contaría que la vida es algo que uno se encuentra sin haberlo pedido, en una época y en un lugar que son arbitrarios, con unos padres y unos familiares y hasta unos vecinos impuestos. La vida es una equivocación, y lo más triste es, pensaba el Conde que ella podría decir, que nadie puede cambiarla. Si acaso separarla de todo, ¿no?, descontaminarla de la familia, de la sociedad y del tiempo hasta el último límite posible, y por eso eran friquis.

—¿Hay que esperar algo de la vida? —dijo al fin la flaquita y miró a su líder—. Nosotros no esperamos nada de la vida —y le pareció tan inteligente su respuesta que, como el atleta victorioso, acercó la palma de la mano a sus amigos para recibir los saludos que los otros, sonrientes, le concedieron—. Vivirla y ya —agregó mirando otra vez al intruso

preguntador.

El Conde miró a Manolo, de pie muy cerca de él, y le extendió una mano para que lo ayudara en el despegue. Otra vez sobre sus dos piernas, desde arriba, observó al grupo. Demasiado calor en este país para que germine la filosofía, se dijo, mientras se sacudía sus manos sucias de arenilla y salitre.

—Eso también es mentira —dijo el teniente y entonces miró al mar—. Ni siquiera eso se puede hacer, aunque está bien que lo intenten. Pero van a sufrir cuando no lo logren. Gracias por el fuego. —Saludó al grupo con la mano y golpeó levemente la espalda de Manolo. Mientras se alejaban de la costa, por un instante el Conde pensó que tenía frío. Los misterios del mar y de la vida siempre le provocaban frío.

También él vivía en una casona vieja de La Víbora, de puntal alto y ventanales enrejados que partían desde el piso para perderse en las alturas. Por la puerta abierta se observaba un largo corredor, umbrío y fresco, ideal para los mediodías, que iba a morir en un patio con árboles. El Conde tuvo que poner un pie en el interior de la casa para llegar a la aldaba de la puerta y la dejó caer un par de veces. Regresó al portal y esperó. Una niña de unos diez años, tensa como una bailarina interrumpida en pleno ejercicio, salió de la primera habitación y miró al visitante.

—¿José Luis está? —preguntó el teniente y la niña, sin hablar, dio media vuelta y con pasos de cuerpo de baile en retirada se perdió en el interior del caserón. Pasaron tres minutos, y cuando el Conde se disponía a repetir el toque de aldaba, vio la figura endeble de José Luis que se acercaba por el corredor. El Conde preparó una sonrisa para recibirlo.

—¿Cómo estás, José Luis? ¿Te acuerdas de mí, en el baño del Pre?

El muchacho se pasaba la mano por el pecho desnudo y marcado por demasiadas costillas. Tal vez dudaba si debía recordarlo.

—Sí, claro. ¿Qué quería?

El Conde sacó la cajetilla de cigarros y le ofreció uno al joven.

—Me hace falta hablar contigo. Ya hace muchos años que no tengo amigos en el Pre y creo que a lo mejor tú me podrías ayudar.

—¿Ayudar a qué?

Es desconfiado como un gato. Es un tipo que sabe lo que quiere, o por lo menos lo que no quiere, pensó el Conde.

—Tú te me pareces mucho al que era mi mejor amigo en el Pre. Le decíamos el Flaco Carlos, creo que hasta era más flaco que tú. Pero ya no es flaco.

José Luis dio un paso y salió al portal.

—¿Qué es lo que quiere saber?

—¿Podemos conversar aquí? —preguntó el Conde, indicando el murito que separaba el portal del jardín.

José Luis asintió y el policía fue el primero en sentarse.

—Te voy a ser franco, para que tú me seas franco también —propuso el Conde y prefirió no mirarlo para evitar una respuesta—. He hablado con varias gentes sobre la profesora Lisette. Tú y otros me hablan muy bien de ella; otras gentes dicen que era un poquito loca. No sé si tú sabes cómo la mataron: la asfixiaron cuando estaba borracha, después de haberla golpeado y de haberse acostado con ella. Además hubo alguien que fumó marihuana en su casa esa noche.

Sólo entonces miró a los ojos del muchacho. El Conde pensó que lo había tocado.

—¿Y qué quiere que yo le diga?

—Lo que tú y tus compañeros pensaban de Lisette.

El muchacho sonrió. Lanzó el cigarro a medio fumar hacia el jardín y

volvió a ocuparse del conteo de sus costillas.

—¿Lo que pensábamos? ¿Eso es lo que usted quiere? Mire, compañero, yo tengo ahora diecisiete años, pero eso no quiere decir que nací ayer. ¿Qué usted quiere, que yo me queme con usted y le diga lo que pienso? Eso es para los bobos, y perdone la expresión. A mí me queda un año y pico en el Pre y quiero terminar bien, ¿usted sabe? Por eso le repito que era buena profesora y que nos ayudaba mucho.

—Me estás embutiendo, José Luis. Y acuérdate de una cosa: yo soy policía y no me gusta que la gente se pase el día poniéndome condiciones. Creo que tú me caes bien, pero no me maltrates, porque a veces hasta me pongo bravo. ¿Por qué contestaste el día que pregunté en el baño?

El muchacho movió una pierna con gesto nervioso. El Flaco Carlos, antes, solía hacer aquel movimiento.

—Porque usted preguntó. Y le dije lo que le hubiera dicho cualquiera.

—¿Tienes miedo? —preguntó el Conde, mirándolo a los ojos.

—Sentido común. Ya le dije que no nací el otro día. No me complique la vida, por favor.

—Últimamente nadie quiere complicarse la vida. ¿Por qué no te atreves?

—¿Qué gano con atreverme?

El Conde negó con la cabeza. Si él era un cínico, como le había dicho Candito, ¿qué era aquel muchacho?

—Tenía esperanzas de que me ayudaras, la verdad. Tal vez porque te parecías a mi amigo Flaco de cuando estuve en el Pre. ¿Por qué te portas así?

El muchacho estaba serio y ahora movía la pierna con más rapidez y volvía a acariciarse a la altura del esternón que le partía el pecho como una quilla.

—Porque hay que portarse así, compañero. ¿Quiere que le cuente algo? Mire, cuando yo estaba en sexto grado vino una inspección a mi escuela. Un papá había dicho que el maestro de nosotros nos daba golpes y estaban investigando si eso era verdad. Querían que alguien, además de aquel muchacho, dijera que era verdad. Porque era verdad: aquel maestro era el tipo más hijo de puta del mundo. Nos daba hasta por gusto. Pasaba así entre las filas de pupitres y si te veía, por ejemplo, con un pie sobre el pupitre de alante, te daba una patada por la canilla con aquellas botas que usaba... Y bueno, nadie dijo nada, todo el mundo tenía miedo. Pero yo sí: dije que era un abusador y nos daba patadas, cocotazos, que nos halaba las orejas cuando no sabíamos algo y que a más de uno le había restregado la libreta en la cara. A mí me lo hizo. Al maestro lo botaron, claro, hicieron justicia, y vino otro maestro nuevo. De lo más buena gente. No nos daba golpes ni nada... Al final del curso hubo dos suspensos en el aula: el muchacho por el que empezó el lío y yo. ¿Qué le parece?

El Conde se recordó a sí mismo en el Pre: ¿qué hubiera hecho? ¿Habría con aquel policía desconocido en quien no tenía ninguna razón para confiar, más allá de la idea de que se hiciera justicia? ¿Y si se hacía justicia de aquel modo? Sacó otra vez la caja de cigarros y le dio uno al flaco José Luis.

—Está bien, muchacho. Pero mira, coge mi teléfono, el de mi casa, y si se te ocurre algo me llamas. Esto es más complicado que un cocotazo o un tirón de orejas, acuérdate de eso... Por lo demás, me parece muy bien que tengas miedo. El miedo es tuyo. Ojalá apruebes sin problemas —dijo y alargó la fosforera encendida hasta el cigarro de José Luis, pero no encendió el suyo: tenía en la boca un inconfundible sabor a mierda.



—Oye, José, me hace falta que me ayudes.

Como siempre, la puerta de la casa estaba abierta al viento, a la luz y a las visitas, y Josefina gastaba la tarde del sábado ante la pantalla del televisor. Sus gustos televisivos —como los de su hijo en música— recorrían una escala en la que cabían todas las posibilidades: películas las que pusieran, incluso las soviéticas de guerra y las de artes marciales de Hong-Kong; telenovelas, vengan telenovelas, brasileñas, mexicanas, cubanas y de todo tipo, de amor, de esclavitud, de dramáticos pedraplenes y duros conflictos obreros. Y musicales, noticieros, aventuras, muñequitos. Por ver televisión digería hasta los programas de cocina de Nitza Villapol, sólo por el placer de enmendarle la plana cuando descubría ausencias o añadidos torpes en ciertas recetas de la especialista. Ahora veía la retransmisión de los capítulos de la semana de la telenovela brasileña y por eso el Conde se atrevió a interrumpirla. La mujer escuchó la llamada de auxilio del Conde, que se había sentado ya junto a ella, y concluyó:

—Mi padre lo decía: cuando el blanco busca al negro seguro es para joderlo. A ver, ¿qué te pasa, mijo?

El Conde sonrió y dudó de lo adecuado de su decisión.

—Tengo un lío ahí, José...

—¿La novia nueva?

—Coño, vieja, eres una flecha.

—¿Yo? Pero si ustedes hablan a grito limpio...

—Bueno, dice que ha vivido ahí al doblar toda la vida, en el 75. Pero yo nunca la había visto y el Flaco no sabe nada de ella. Tírame un cabo, anda. Averíguame quién es, de dónde salió, no sé, lo que puedas.

La mujer reinició el balanceo del sillón y observó la pantalla del

televisor. La heroína de la telenovela no la estaba pasando nada bien. Bueno, pensó el Conde, ése es el precio que se paga por ser protagonista de telenovelas.

—¿Tú me oíste, José? —insistió entonces el Conde, reclamando la atención que creía perdida.

—Sí, sí te oí... ¿Y si no te gusta lo que averiguo? Oye, Condesito, déjame decirte una cosa. Tú sabes que tú también eres mi hijo, y sí, yo voy a averiguar lo que tú quieres. Voy a hacer de policía. Pero te estás equivocando. Te lo digo desde ahora.

—No, no te preocupes. Ayúdame en eso. Me hace falta... ¿Y el tipo, ya está despierto?

—Creo que está oyendo música con los audífonos. Ahorita me preguntó si tú habías llamado... Ah, en la cazuela que está en el fogón te dejé un poco de arroz frito.

—Coño, claro que eres mi madre —dijo el Conde y, después de darle un beso en la frente, se dedicó a despeinarla—. Pero acuérdate de hacerme el informe.

El Conde entró en el cuarto de su amigo con el plato en una mano y un trozo de pan en la otra. De espaldas a la puerta, con los ojos perdidos en el follaje de los plátanos, el Flaco cantaba muy quedamente la música que recibía por los audífonos. A pesar de su esfuerzo, el Conde no pudo identificar la melodía.

Se acomodó en la cama, detrás de la silla de ruedas, y después de llevarse la primera cucharada a la boca, golpeó con un pie la rueda más próxima.

—Dime, salvaje.

—Me tienes tirado a mierda, tú —protestó el otro, mientras se sacaba los audífonos y hacía girar lentamente la silla de su condena.

—No jodas, Flaco, fue un día sin verte. Ayer me compliqué.

—Hubieras llamado. Se ve que te va bien: mira las ojeras que tienes. ¿Qué? ¿Te la bailaste?

—Bailamos, aunque no me la bailé. Pero mira —dijo, señalando el bolsillo de la camisa—, ya la tengo aquí.

—Me alegro —dijo Carlos, y el Conde notó la falta de entusiasmo de aquella alegría enunciada. Sabía que el Flaco estaba pensando que una relación así le robaría noches y domingos de la compañía del Conde, y el Conde también sabía que su amigo tenía razón, porque en el fondo nada había cambiado entre ellos: seguían siendo posesivos, como adolescentes inseguros.

—No jodas, Flaco, no se va a acabar el mundo.

—De verdad me alegro por ti, bestia. Te hace falta una mujer y ojalá la acabes de encontrar.

El Conde abandonó en el suelo el plato que parecía fregado y se dejó caer en la cama del Flaco y observó los viejos *affiches* de las paredes.

—Creo que ésta sí es. Y estoy enamorado como un perro, como un perro sato. De verdad no tengo remedio: no sé cómo puedo enamorarme así. Pero es que es linda, salvaje, y es inteligente.

—Ya estás exagerando. ¿Linda y además inteligente? Bah, estás hablando mierda.

—Te lo juro por tu madre, vaya. Que no me guarde más arroz frito si es mentira.

—Oye, asere, ¿y por qué no te la echaste?

—Me dijo que esperara, que era muy pronto...

—Tú ves, no puede ser inteligente. ¿Resistir el asedio feroz de un tipo tan lindo y brillante y buen bailarín como tú? Lo que yo digo.

—Vete pal carajo, anda. Oye, Flaco, estoy más preocupado que el carajo. La otra noche, oyendo a Andrés, me quedé pensando en las cosas que dijo. Yo sé que estaba medio borracho, pero sentía lo que estaba

diciendo. Y ahora me acaba de pasar algo descojonante.

—¿Qué te pasó, mi hermano? —preguntó, uniendo las cejas. En otros tiempos, con una pregunta como aquélla hubiera movido el pie, se dijo el Conde, mientras le contaba su entrevista con José Luis.

»¿Quieres que te diga una cosa, salvaje? —dijo Carlos e interrumpió el movimiento que iba a iniciar en la silla—. Si te pones en el lugar del flaquito ese te vas a dar cuenta de que en el fondo él tiene la razón. Acuérdate de una cosa: una escuela a veces se parece a una cárcel, y el que habla pierde. De que la paga la paga. Por lo menos la fama de chivato la va a arrastrar toda la vida. ¿Tú hubieras hablado? Creo que no, la verdad. Pero sin hablar el muchacho te puso el pan en las manos: allí pasa algo o pasa todo. Lo de la marihuana, lo del lío de la profesora con el director y sabe Dios cuántas cosas más. Por eso no hablé, porque sabe algo, o por lo menos se lo imagina. No es un cínico, Conde, es la ley de la selva. Lo terrible es que haya selva y que tenga ley... Tú mismo, que te pasas la vida recordando. ¿No te acuerdas que sabías lo del fraude cuando el escándalo Waterpre y te callaste como todo el mundo y hasta fuiste a algunos exámenes sabiendo ya todas las respuestas? ¿Tú no sabías que cuando fueron a pintar el Pre se robaron la mitad de la pintura y por eso no se pudieron pintar las aulas por dentro? ¿Y no te acuerdas de que ganábamos todas las banderas y todas las emulaciones en la caña porque había un contacto en el central que nos ponía arrobos que no eran de nosotros? ¿Ya se te olvidó todo eso? Coño, no pareces policía. Mira, mi socio, no te puedes pasar la vida viviendo de la nostalgia. La nostalgia te engaña: nada más te devuelve lo que tú quieres recordar y eso a veces es muy saludable, pero casi siempre es moneda falsa. Pero, bueno, yo creo que nunca vas a estar preparado para vivir, por mi madre, no tienes remedio. Eres un cabrón recordador. Pero vive hoy tu vida, viejo, que tampoco es tan mala. No jodas... Oye, aunque casi nunca yo hable de eso,

a veces me pongo a pensar en lo que me pasó en Angola, y me veo otra vez metido en aquel hueco debajo de la tierra, tres y cuatro días sin bañarme y comiendo un poco de arroz con sardina, durmiendo con la cara pegada a ese polvo con peste a pescado seco que hay por toda Angola, y me parece increíble que uno pueda vivir así: porque lo raro es que eso no nos mataba. Nadie se moría por eso y uno aprendía que existía algo como otra vida, como otra historia, que no tenía nada que ver con todo aquello que estaba pasando. Por eso era más fácil volverse loco que morir, metido en aquellos huecos, sin tener la más puta idea de cuánto tiempo había que estar allí y sin ver ni una sola vez la cara de tu enemigo, que podía ser cualquiera de esas gentes que nos encontrábamos en las aldeas por donde pasábamos. Era terrible, mi hermano, y además sabíamos que estábamos allí para morirnos, porque era la guerra, y era como una rifa en la que a lo mejor, si tenías suerte, te tocaba el número de salir vivo: así de sencillo, lo más irremediable del mundo. Entonces lo mejor era no recordar. Y los que mejor resistían eran los que se olvidaban de todo: si no había agua pues no se bañaban, se pasaban tres y cuatro días sin lavarse la cara ni los dientes y comían hasta piedras si podían ablandarlas y nunca decían que esperaban cartas ni hablaban de que se iban a morir o de que se iban a salvar, sabían que se iban a salvar. Yo no, yo me puse allá como eres tú, un nostálgico de mierda, y me dio por sacar la cuenta de cómo había llegado hasta allí, de por qué carajo estaba en aquel hueco, hasta que me dieron el tiro y entonces sí me sacaron de allá abajo. Buena papeleta me tocó en la rifa, ¿no?... Yo no sé por qué me obligas a acordarme de todo eso. Claro que no me gusta acordarme porque perdí, pero cuando lo pienso, como ahora, saco dos cuentas que están muy claras: el Conejo es un comemierda si piensa que la historia se puede escribir otra vez y yo estoy jodido, como dice Andrés, pero así y todo quiero seguir viviendo y eso tú lo sabes. Y tú sabes que eres mi amigo y

que me haces falta, pero que no soy tan egoísta como para querer que tú también estés jodido, aquí al lado mío. Y también sabes que no tiene sentido que te pases la vida culpando a las demás gentes y culpándote a ti mismo... A lo mejor el flaquito es un cínico, como tú dices, pero trata de entenderlo, viejo. Mira, resuelve ese caso, averigua qué pasó en el Pre y haz lo que debes hacer, aunque sea con dolor de tu alma. Después témlate a Karina y enamórate si tienes que enamorarte y goza el enamoramiento y riéte y vacila, y si se jode todo, asume el daño, pero sigue viviendo, que eso es lo que hace falta, ¿no es verdad?

—Creo que sí.

—Anjá, te espero en la escalinata del Pre, ¿a las siete? A las siete. Y no lleves el carro —le había dicho, con la intención morbosa y calculada de hacer un viaje posible a la melancolía. Al carajo el Flaco, se dijo, hacía diecisiete años que había pactado su última cita amorosa en aquel lugar que constantemente lo asaltaba desde el pasado y desde el presente, como un polo magnético de la memoria y la realidad del que no podía, ni quería, escapar. Iba dispuesto a sumergirse en una piscina desbordada de nostalgia.

Llegó a las siete menos cuarto y, entre la luz rojiza del atardecer y las lámparas del alto soportal de las columnatas, trató de esperar leyendo el periódico del día. A veces pasaban semanas sin que se detuviera a leer el periódico, apenas revisaba los titulares y lo abandonaba sin remordimientos ni dudas: nada lo atraía a gastar sus minutos devorando informaciones y comentarios demasiado evidentes. ¿Sobre qué estaría escribiendo Caridad Delgado tres días después de la muerte de su hija? Debía buscar ese periódico. El viento había amainado, ahora podía abrir las páginas del diario y no tenía nada mejor que hacer. La primera plana

le advirtió que de momento el desarrollo de la zafra marchaba lento pero seguro hacia una campaña llena de logros y buenos resultados, como siempre; los cosmonautas soviéticos seguían en el espacio, implantando récords de permanencia y ajenos a las noticias alarmantes de la página de internacionales donde se hablaba del deterioro de su —antes tan perfecto— país y de la guerra mortal desatada entre armenios y azerbaiyanos; el avance del turismo en Cuba marchaba —éste sí era un verbo cabalmente complementado— a pasos agigantados, se triplicaban ya las capacidades hoteleras; por su lado, los trabajadores de la gastronomía y los servicios en la capital comenzaban ya una ardua lucha intermunicipal para ganarse el derecho a ser la sede provincial del acto por el 4 de febrero, día de los Trabajadores del ramo: para ello ponían en práctica iniciativas, mejoraban la calidad de los servicios y se esforzaban por erradicar los faltantes, aquella especie de fatalidad ontológica que al Conde le parecía una hermosa y poética manera de bautizar el más elemental de los robos. Bueno, pero el Medio Oriente seguía igual: cada vez peor, hasta que todo se fuera a la mierda y llegara la guerra total; la violencia crecía en los Estados Unidos; más desaparecidos en Guatemala, más muertos en El Salvador, más desempleados en la Argentina y más pobres en Brasil. Una maravilla de planeta en el que he caído, ¿no? ¿Qué importa, entre tanta muerte, la de una profesora? ¿Tendrían razón Pelos Largos y su tribu? Bueno, la selectiva de pelota avanzaba —sinónimo menos deportivo de marchar— hacia su recta final con el Habana como líder; Pipín iba a tirarle a su propia marca de inmersión apnea (y recordó que siempre se prometía buscar el significado de aquella palabra en el diccionario, tal vez habría un sinónimo menos horripilante). Cerró el periódico convencido de que todo marchaba, avanzaba o continuaba según lo previsto y se dedicó a observar la caída definitiva de la tarde, también prevista para aquel instante preciso, 18.52 minutos, horario normal.

Mirando el descenso veloz del sol pensó que le gustaría escribir algo sobre el vacío de la existencia: no sobre la muerte o el fracaso o la decepción, sólo sobre el vacío. Un hombre ante su nada. Valdría la pena si lograba encontrar un buen personaje. ¿El mismo sería un buen personaje? Seguro que sí, últimamente sentía demasiada autocompasión y el resultado podía ser inmejorable: toda la oscuridad revelada, todo el vacío en un solo individuo... Pero no puede ser, se dijo, espero a una mujer y me siento bien, me la voy a templar y nos vamos a emborrachar.

Sólo que era policía y, aunque algunas veces a él mismo no le pareciera serlo, no dejaba de pensar como un policía. Estaba en los predios de su melancolía, pero también en los dominios de Lissette Núñez Delgado, y volvió a pensar que el vacío y la muerte podían parecerse demasiado y que aquella muerte en singular, aun en un planeta lleno de cadáveres más o menos previstos, pesaba todavía como un riesgo sobre la balanza del equilibrio más necesario: el de la vida. Apenas seis días antes, tal vez sentada en ese mismo paso de la escalinata, aquella muchacha de veinticuatro años y muchas ganas de vivir pudo haber disfrutado de una puesta de sol tan rotunda como ésa, ajena a las guerras del mundo y las angustias de un nadador apneo, sólo ilusionada por unos tenis nuevos que muy pronto iba a poseer. De las esperanzas y desasosiegos de aquella persona ya no quedaba nada: si acaso el recuerdo con que marcó aquel edificio donde habitaban otros millones de recuerdos, como los suyos; si acaso la frustración amorosa y hasta la culpa posible de un director que se sintió rejuvenecer y la incertidumbre de unos alumnos que pensaban aprobar química sin mayores dificultades gracias a aquella profesora inusual. A las 18.53 ya el sol se había hundido en el fin del mundo, pero —como el recuerdo— dejaba tras de sí la luz perseverante de sus últimos rayos.

Entonces la ve avanzar bajo las majaguas en flor y siente cómo su



vida se llena, igual que sus pulmones, repletos de aire y perfumes de primavera, y se olvida del vacío, de la muerte, del sol y de la nada: ella puede ser todo, piensa, mientras baja a paso doble las escalinatas del Pre para encontrarse con un beso y un cuerpo que se adhiere al suyo como una promesa del más ansiado encuentro cercano de primer tipo.

—¿Qué tú piensas de la nostalgia?

—Que es un invento de los compositores de boleros.

—¿Y de la inmersión apnea?

—Que es contranatura.

—¿Y no te han dicho alguna vez que eres la mujer más linda de La Víbora?

—He oído comentarios.

—¿Y que hay un policía bueno que te persigue?

—De eso sí me di cuenta, por los interrogatorios —dice ella y se vuelven a besar, en plena calle, con impudicia de adolescentes en estado de ebullición.

—¿Te gusta que te enamoren en los parques?

—Hace mucho tiempo que no me enamoran en un parque, ni en ningún lado.

—¿Qué parque de La Víbora te gusta más? Escoge: el de Córdoba, el de los Chivos, cualquiera de los dos de San Mariano, el Parque del Pescao, el de Santos Suárez, el del Mónaco, el de los leoncitos del Casino, el de Acosta... Lo mejor que tiene este barrio son los parques, son los más lindos de La Habana.

—¿Estás seguro?

—Más que seguro. ¿Por cuál te decides?

Ella lo mira a los ojos y piensa. En su mirada hay una profundidad en la que el Conde se pierde como un policía enamorado.

—Si sólo me vas a enamorar, prefiero el del Mónaco. Si estás

manisuelto, el Parque del Pescao.

—Vamos al Parque del Pescao. No respondo de mí.

—¿Y por qué no me invitas a tu casa?

Lo sorprende, se le adelanta a la invitación que no se atrevió a proponer cuando hablaron por teléfono y corrobora su sospecha de que aquella mujer es demasiado mujer y que con ella no vale la pena andar por las ramas, como un Tarzán en celo en busca de Juana.

—No te hice caso —dice ella y sonríe—. Tengo el carro parqueado en la esquina. ¿Me invitas o no? Me gusta el café que tú haces.

Las manos le tiemblan mientras ajusta las dos mitades de la cafetera. La proximidad del amor lo alarma con la misma intensidad de los viejos tiempos de las iniciaciones y entonces improvisa sobre temas apresurados que se van encadenando: los secretos del café que ha aprendido con Josefina; tenemos que ir a conocerlos, a ella y al Flaco, mi mejor amigo, no entiendo cómo no se conocen, y se asoma sobre la cafetera a ver si comenzó la colada, viven al doblar de tu casa; su preferencia por la comida china, Sebastián Wong, el padre de la china Patricia, una compañera de la Central, cocina unas sopas que son increíbles; la idea de un cuento que quisiera escribir, sobre la soledad y el vacío, vierte el primer café en la jarra donde están las dos cucharaditas de azúcar y lo bate hasta lograr una pasta ocre y acaramelada, mientras te esperaba se me ocurrió escribir algo así, hace varios días que estoy con deseos de escribir otra vez, y agrega el resto del café en la jarra y ve cómo en la superficie se forma una espuma amarilla y sin duda amarga, que sirve en las dos tazas grandes y lo anuncia, café express, cuando se sienta frente a ella, cada vez que me enamoro pienso que puedo volver a escribir.

—¿Tan rápido te enamoras?

—A veces no me demoro tanto.

—¿Amor a la literatura o a las mujeres?

—Miedo a la soledad. Terror pánico. ¿Está bueno el café?

Ella asiente y mira hacia la ventana y hacia la noche.

—¿Qué sabes de la muchacha muerta?

—Poco nuevo: le pedía demasiado a la vida, era hábil y ambiciosa y cambiaba de novio como de ajustadores.

—¿Y eso qué significa?

—Es lo que los antiguos, y algunos de los modernos, llamarían una putica.

—¿Porque cambiaba de novio? ¿Piensas así de las mujeres? ¿Eres de los que quisiera casarse con una virgen?

—Es la aspiración secreta de todos los cubanos, ¿no? Pero ya no pido tanto: me conformo con una pelirroja.

Ella no demuestra que acepte el galanteo y termina el café.

—¿Y si la pelirroja fuera una puta?

El sonríe y mueve la cabeza, para convencerla de que no lo ha entendido.

—Cuando dije putica es porque era putica: se podía acostar con un hombre por un par de zapatos —le explica y lamenta haberle dicho la verdad: él quiere acostarse con ella y pretende regalarle, precisamente, un par de zapatos—. Lo del cambio de novios sólo me importa ahora como policía, pueden haberla matado por eso. Los muertos no tienen vida privada.

—Es increíble, ¿no? Que puedan matar a alguien así, por cualquier cosa.

El Conde sonríe y termina su café. Enciende el cigarro que su boca le reclama con urgencia para complementar el sabor obstinado de la

infusión.

—Es lo más común, que maten a alguien por cualquier cosa, sin habérselo propuesto a lo mejor. Muchas veces es un error: los criminales preferirían no llegar al asesinato, pero atraviesan la línea sin poder evitarlo. Es una reacción química en cadena... Y yo vivo de esa incontinencia. ¿No te parece triste?

Ella asiente y es la que inicia la ofensiva: extiende su mano a través de la fórmica opaca de la mesa y toma el antebrazo del hombre que parece disfrutar su tristeza y se dedica a acariciarlo. Una mujer que sabe acariciar, piensa, no es un fantasma que pasa...

—¡He aquí que eres hermosa, oh amiga mía, he aquí que eres hermosa! ¡Tus ojos son como palomas!

Declama él, bíblico y salomónico, cuando ella, que se siente hermosa como Jerusalén, abandona el café y la silla y avanza hacia él, sin soltarle el brazo, y le acerca a la boca sus senos —«que son como gemelas de gacela, que pacen en medio de los lirios»—, para que con su mano libre él desabotone la blusa con toda su torpeza y se encuentre no ante dos gacelas, sino frente a unas tetas tibias y agrestes con dos pezones de ciruelas maduras que despiertan inquietos al primer contacto de su lengua de reptil amaestrado y se dedique a mamar, niño otra vez, en el inicio de un viaje a los orígenes de la vida y del mundo.

Pero la penetra suavemente, como si temiera deshojarla, él sentado sobre la silla, ella dócil y leve cuando él la toma por la cintura y comienza a arriarla por el asta, como una bandera sagrada que necesita protección contra la lluvia y el crepúsculo. El primer rugido de ella lo sorprende, se le arquea entre las manos como herida por una bala de plata que le partiera el corazón, pero la abraza con más fuerzas, para sentir sobre el pubis la selva negra de su triángulo insondable, y baja las manos hasta las nalgas para recorrer el surco perfecto que la divide en dos y deja

que su dedo goloso corra sin prisa pero sin pausas desde el ano hasta la vulva, desde la vulva hasta el ano, transportando humedades calientes, sintiendo el grosor estimulante de la raíz de su pene, rígido y rispido en su movimiento perforador y la suavidad acolchonada de sus labios opulentos y diestros, que lo succionan como un pantano implacable, y entonces deja correr su dedo entre los pliegues del ano y siente el rugido mayor que le provoca la doble penetración que se hace triple con la lengua feroz que trata de acallarla, cuando ya todos los silencios son imposibles porque, abiertas las compuertas profundas, los ríos más escondidos de sus deseos fluyen hacia la gloria terrenal rescatada. Por la ventana abierta, las ráfagas resucitadas del viento de Cuaresma los envuelven como un abrazo cabal.

—Me vas a matar —es la frase de amor que él logra articular.

—Me estoy suicidando —es el lamento de ella, que tiembla desguarnecida, tal vez por la presencia del viento, quizás por la certidumbre física y moral de la satisfacción consumada.

Varios días después, especulando sobre las posibilidades concretas que tienen los policías de ser felices y de cambiar la vida, el teniente investigador Mario Conde empezaría a entender las dimensiones reales de aquel suicidio sobre una silla bien cabalgada, pero ahora no puede pensar, porque Karina se desmonta como si levitara y, recuperando el calzoncillo que aún cuelga de un muslo del Conde, limpia de espumas su pene y, arrodillada en penitencia, se lo traga con hambre de muchos días y ahora es el Conde quien ruge, «Cojones, coño», dice, pasmado por la hermosura que hay en la postración de la mujer de la que apenas logra ver una cabeza que afirma y afirma, con absoluto convencimiento, y un pelo rojizo que se abre en el centro de la cabeza en una raya inesperada. Mientras su pene empieza a crecer más allá de lo posible, de lo imaginable, incluso de lo permisible, el Conde siente cómo se vuelve

poderoso y animal, dueño de todos sus sentidos, hasta que ejercita como un caudillo aquel poder que le ha sido dado y atrapa con sus dos manos la cabeza de la mujer y la obliga a tocar fondo, más allá del fondo, hasta que, prisionera y condenada, le vierte en la garganta una eyaculación que siente bajar desde las capas más profundas de su cerebro. Me vas a matar. Me estoy suicidando. Se besan, moribundos.

\* \* \*

Ayer descubrí un frontón inesperado. Mil veces debo de haber pasado por ese rincón hasta entonces anodino y sucio de Diez de Octubre, tan cerca de la esquina donde estuvo la valla de gallos en que el abuelo Rufino se jugó ocho veces su fortuna a unas espuelas, para enriquecerse cuatro y empobrecerse otras tantas. Pero sólo ayer una llamada de alarma, especialmente dirigida a mi cerebro, me obligó a levantar la vista y allí estaba, esperándome desde siempre: en el centro de un triángulo de un clasicismo simplón, un escudo de hidalgos criollos remataba una construcción sin trazas de hidalguía, roída por los años y la lluvia. Sólo la fecha permanecía misteriosamente íntegra: 1919, sobre el alero desunchado y bajo el escudo vencido, en el vórtice de dos cornucopias que expulsaban al aire frutas tropicales —la inevitable piña, las guanábanas y anones, los mangos y el esquivo aguacate, ni fruta, ni vianda, ni verdura, y, donde otros hubieran colocado castillos o campos de azules, un cañaveral prodigioso al que se le rendía tributo, pues a él se debía, necesariamente, toda aquella riqueza de mansión, fecha y escudo frutal... Me gusta descubrir esos altos impredecibles de La Habana —segundas y hasta terceras plantas, frontones de un barroquismo trasnochado y sin retorcimientos espirituales, nombres de propietarios olvidados, fechas de cemento y lucetas de vidrios incompletas por las piedras y las pelotas y los años—, donde siempre pensé que había aire hasta el cielo. A esa altura, superior a la escala humana, está el alma más limpia de la ciudad, que abajo se contamina de historias sórdidas y lacerantes. Desde hace dos siglos La Habana es una ciudad viva, que impone sus propias leyes y escoge sus peculiares afeites para marcar su singularidad vital. ¿Por qué me tocó esta ciudad, precisamente esta ciudad desproporcionada y orgullosa? Intento entender este destino insoslayable, no escogido, tratando a la vez de entender a la ciudad, pero La Habana se me escapa y siempre me sorprende con sus rincones

perdidos de foto en blanco y negro y mi comprensión queda roída como el viejo escudo de unos hidalgos de riqueza de mango, piña y azúcar. Al final de tantas entregas y rechazos mi relación con la ciudad se ha marcado por los claroscuros que le van pintando mis ojos y la muchacha bonita se convierte en una jinetera triste, el hombre airado en un posible asesino, el joven petulante en un drogadicto incurable, el viejo de la esquina en un ladrón acogido al retiro. Todo se ennegrece con el tiempo, como la ciudad por la que camino, entre soportales sucios, basureros petrificados, paredes descascaradas hasta el hueso, alcantarillas desbordadas como ríos nacidos en los mismísimos infiernos y balcones desvalidos, sostenidos por muletas. Al final nos parecemos la ciudad que me escogió y yo, el escogido: nos morimos un poco, todos los días, de una muerte prematura y larga hecha de pequeñas heridas, dolores que crecen, tumores que avanzan... Y aunque me quiera rebelar, esta ciudad me tiene agarrado por el cuello y me domina, con sus últimos misterios. Por eso sé que es pasajera, mortal, la ruinosa belleza de un escudo de hidalgos y la paz aparente de una ciudad que por ahora veo con los ojos del amor y se atreve a descubrirme esas alegrías inesperadas de su fastuosa prosapia. Me gustaría ver con tus ojos la ciudad, me dijo ella cuando le hablé de mi último hallazgo, y pienso que sí, que sería hermoso y lúgubre —escuálido y conmovedor, tal vez— mostrarle mi ciudad, pero ya sé que es imposible, pues ella nunca podrá calzar mis anteojos, está desbordada de felicidad, y la ciudad no se le va a revelar. Decía Miller que París es como una puta, pero La Habana es más puta todavía: sólo se ofrece a los que le pagan con angustia y dolor, y ni aun así se da toda, ni aun así entrega la última intimidad de sus entrañas.

—La prueba más contundente de la autoridad de Jesús es que no



necesitaba de distancia sino que se realizaba en la cercanía total. El poder se viste de atributos (riqueza, fuerza, sabiduría bancaria) que constituyen su gloria a la vez que propician su lejanía. El poderoso desnudo se ve impotente, pero Jesús, hijo de hombre, desnudo y descalzo, vivió entre los hombres, permaneció entre ellos y sobre ellos ejerció la dulzura infinita de su infinito poder...

Siempre lo infinito, lo invariable infinito, y el dilema del poder, pensó el Conde, que había entrado por última vez en una iglesia el día memorable en que tomó su primera comunión. Durante largos meses se había preparado en el catecismo dominical para aquel acto de reafirmación religiosa al cual debía ir con pleno conocimiento de causa: iba a recibir, de manos del cura, un diminuto pedazo de harina que contenía toda la esencia del gran (infinito) misterio: el alma inmortal y el cuerpo doliente de Nuestro Señor Jesucristo (con todo su poder) pasaría de su boca a su alma también inmortal, como digestión necesaria para la posible salvación o la más terrible de las perdiciones; ya él sabía, y saber lo convertía en un ser (infinitamente) responsable. Sin embargo, a los siete años el Conde creía saber mejor otras muchas cosas: que el domingo era el día en que se armaban los mejores piquetes de pelota en la esquina de la casa, o se iba a robar mangos a la finca de Genaro, o se viajaba en bicicleta —dos y hasta tres a bordo de cada una— a pescar biajacas y a bañarse al río de La Chorrera. Por eso, satisfecha con haberlo vestido de punta en blanco para que recibiera la comunión, la madre del Conde debió de escuchar después, al borde de la ira que le prohibía su misma comunión, el fallo inapelable del muchacho: quería mataperrear los domingos por las mañanas y no volvería a la iglesia.

El Conde no imaginaba que su regreso a una parroquia, casi treinta años después de su defección, le produciría aquel sentimiento de recuperación inmediata de una memoria aletargada, más que perdida: el

olor cavernoso de la capilla, las sombras altas de las cúpulas, los reflejos del sol mitigados por los vitrales, los brillos tenues del altar mayor estaban allí, en el recuerdo de la parroquia pobre y diminuta de su barrio y en la presencia palpable de aquella iglesia inevitablemente lujosa de Los Pasionistas, con todo el fasto de su neogótico criollo, las cúpulas altísimas y decoradas con cielos fileteados en oro, la sensación de pequeñez humana provocada por su estructura de conducto hacia lo celestial y la profusión de imágenes hiperrealistas de estatura humana y gestos resignados que parecían dispuestas a hablar, aquella iglesia a la que había entrado, en plena misa, en busca del salvador que él necesitaba ahora mismo: Candito el Rojo.

Cuando Cuqui le dijo que Candito estaba en la iglesia, la primera reacción del Conde fue de sorpresa. Nunca se había enterado de aquella profesión de fe del Rojo, pero se alegró, pues podría conversar con él en un terreno neutral. Ya frente a la fachada de torres como exóticos pinos europeos, el policía dudó un instante sobre el destino inmediato de sus pasos: pero no lo pensó más, y prefirió esperar a Candito participando él también de la misa. Respirando el olor dócil de un incienso barato, el Conde ocupó el último banco de la iglesia y terminó de escuchar el sermón dominical de aquel cura, joven y vigoroso en sus gestos y palabras, que hablaba a los feligreses de los más altos misterios, precisamente de lo infinito y del poder, con entonaciones de buen conversador:

—La paternidad de Jesús, que revelaba la paternidad de Dios realizándola, consistía en su solidaridad fraternal. Al relacionarse desde abajo, al mismo nivel, no sólo quedaba a salvo aquel que recibía el evangelio, sino que Jesús también quedaba realizado como hermano y como hijo de Dios. De ahí la vulnerabilidad de Jesús: sus alegrías por la gente sencilla que acogían la revelación de Dios y su llanto por Jerusalén,

por las autoridades que no lo reciben...

Y entonces levantó los brazos y los feligreses que colmaban la iglesia se pusieron de pie. El Conde, sintiendo que profanaba un arcano al que él mismo había renunciado, aprovechó el movimiento y escapó como un perseguido hacia la claridad de la plaza con un cigarro entre los labios y un amén en los oídos, coreado por aquellas personas felices de haber conocido, una vez más, los sacrificios de su Señor.

Quince minutos después comenzó el desfile de los creyentes. Tenían los rostros iluminados por un reflejo interior que rivalizaba con el esplendor del sol dominical. Candito el Rojo, en el último paso de la escalera, se detuvo para encender un cigarro y saludó a un negro viejo, ataviado con sombrero de pajilla y guayabera de hilo, que, tal vez fugado de una vieja foto de los años veinte, pasaba ahora por su lado. El Conde lo esperó, en medio de la plaza, y percibió el movimiento de las cejas de su amigo cuando lo descubrió.

—No sabía que venías a la iglesia —le dijo el Conde, alargándole la mano.

—Algunos domingos —admitió Candito y le propuso atravesar la calzada—. Me siento bien cuando vengo.

—A mí me deprime la iglesia. ¿Qué buscas tú aquí, Candito?

El mulato sonrió, como si el Conde hubiera dicho una triste estupidez.

—Lo que no encuentro en otras partes...

—Claro, lo infinito. Oye, últimamente vivo rodeado de místicos.

Candito volvió a sonreír.

—¿Y qué pasa ahora, Conde?

Subían la cuesta de Vista Alegre y el Conde esperó a que su respiración recuperara el ritmo maltratado por el ascenso y a la vez que se hiciera visible la estructura ocre de la escuela donde había enseñado Lissette Núñez y en la que ellos se habían conocido.

—Ayer pensaba que este cabrón Pre tiene algún poder sobre mi destino. No puedo desentenderme de él.

—Fueron unos años buenos.

—Creo que los mejores, Rojo, pero es algo más complicado. Aquí nos hicimos adultos, ¿no? Y aquí conocí a casi todas las gentes que son mis amigos. Tú, por ejemplo.

—Discúlpame por lo del viernes, Conde, pero me tienes que entender...

—Yo te entiendo, compadre, yo te entiendo. Hay cosas que no se les pueden pedir a las gentes. Pero ahí, en una de esas aulas, estuvo enseñando hasta el otro día una muchacha de veinticuatro años que apareció muerta, la mataron, y yo tengo que saber quién fue el que lo hizo. Es así de simple. Y lo tengo que saber por varias cosas: porque soy policía, porque el que lo hizo no se puede quedar sin pagarlo, porque era profesora del Pre... Es una cabrona obsesión.

—¿Qué hubo con Pupy?

—Parece que no fue él, aunque lo estamos apretando. Nos dijo algo importante: el director del Pre estaba con la profesora.

—¿Y no fue el director?

—Ahorita voy a verlo otra vez, pero tiene una buena coartada.

—¿Y qué crees entonces?

—Que si el director no es la solución a lo mejor la marihuana podía darme la pista.

Candito encendió otro cigarro. Estaban a la altura del patio de educación física y desde la calle se veía el terreno de *basquet* con sus aros desnudos y los tableros desgastados por tantos pelotazos. El patio estaba vacío, como todos los domingos, triste sin la algarabía de juegos, competencias y muchachas histéricas por jugadas antológicas.

—¿Te acuerdas de quién metía más canastas ahí?

—Marcos Quijá —dijo el Conde.

—Ah, no jodas —protestó Candito con una sonrisa—. A Marcos yo lo enseñé a driblar. Mira, en un mismo juego, contra los gansos del Vedado, metí dos bolas desde el círculo central.

—Sí tú lo dices...

—Mira, Conde —dijo Candito, deteniéndose en la esquina, hasta donde llegaban los efluvios ácidos de un basurero que antes no existía—, ahora las cosas son distintas. En la época de nosotros el que fumaba es porque era marihuanero, pero ahora por embullo cualquiera puede encender un taladro y entonces vienen los líos, porque se vuelven como locos. Lo mismo pasa con el ron: antes tú tomabas o no tomabas, ahora cualquiera se mete un trago, y como ya no quedan señoritas, pues a templar se ha dicho... Pero te voy a decir algo que oí ayer y que a lo mejor te ayuda..., y acuérdate que me estoy jugando el pescuezo. No sé si será verdad o no, pero oí decir que hay un tipo que vive en el Casino Deportivo, no sé dónde pero eso tú lo averiguas fácil, que hace días está moviendo una hierba que es candela. Nadie sabe de dónde salió, pero es candela. Al tipo le dicen Lando el Ruso... Mira a ver qué sale de ahí. Pero no vengas a verme otra vez hasta dentro de dos años, Conde, ¿está bien?

El Conde tomó a Candito por un brazo y suavemente lo obligó a caminar.

—¿Y cómo hago para comprarte unas sandalias del número cinco?

—Bueno, te llevas las chancletas y después empiezas a contar los dos años que vas a estar sin verme...

—¿Y en todo ese tiempo no me vas a invitar a darme un trago?

—Vete pal carajo, Conde.

—¿Qué lío es el que tú has formado, Conde? —le preguntó el Viejo sin moverse de su asiento tras el buró.

—Enseguida te digo. Déjeme saludar al camarada —alzó los brazos, como pidiendo tiempo a un árbitro exigente de las buenas formas, y estrechó la mano del capitán Cicerón, que ocupaba uno de los butacones de la oficina. Como siempre, sonrieron mientras se saludaban y el Conde le preguntó—: ¿Todavía te duele?

—Un poquito —respondió el otro.

Desde hacía tres años el capitán Ascensio Cicerón había sido designado para la jefatura del Departamento de Drogas de la Central. Era un mulato prieto, de risa adormecida en los labios y fama extendida de buena persona. Sólo de verlo, el Conde recordaba un fatídico juego de pelota: se habían conocido en los tiempos de la universidad y por 1977 coincidieron en el equipo de la facultad, y Cicerón se había hecho célebre por un *fly* que le había caído en la cabeza, el único día que le dieron el guante y salió a cubrir, con más entusiasmo que aptitudes, la segunda base. Siempre faltaban peloteros en aquella facultad de artistas y pensadores, y Cicerón debió aceptar la encomienda que le asignara su Comité de Base: sería integrante del *team* para los Juegos Caribes. Por suerte, cuando el *fly* maldito vino a caer sobre la cabeza de Cicerón, ellos perdían doce carreras por cero y el *manager*, convencido de lo inevitable, apenas le gritó desde el banco: «Arriba, mulato, que estamos mejorando». Desde entonces el Conde lo saludaba con una sonrisa y la misma pregunta.

El teniente se sentó en la otra butaca y miró a su jefe:

—Esto se pone bueno —le dijo.

—Me imagino que sí, porque hoy, precisamente este domingo, yo no

sabía venir por aquí y Cicerón había salido ayer de vacaciones, así que trata de que esté bueno de verdad.

—Ustedes van a ver... Vayamos de lo simple a lo profundo, como dice la canción... Chequeamos la coartada del director y todo es como nos dijo, pero también puede ser una puesta en escena. Según la esposa, él estuvo por la noche en su casa redactando un informe y ella viendo una película. Y en realidad el informe existe, pero fácilmente pudo haberlo hecho el día antes y después ponerle la fecha del martes 18. Lo que sí es seguro es que esta gracia le va a costar el matrimonio. Se jodió el hombre. Bueno, hablando con Pupy salió que Lissette había tenido hace unos meses un novio mexicano. Nos interesó ese dato por lo de la marihuana que no es cubana. Pues bien, hoy por la tarde se va para México un tal Mauricio Schwartz, el único Mauricio mexicano que está de turista en Cuba en estos días. Mandamos a fotografiarlo para que Pupy lo identifique. Si es el mismo no sería absurdo que hubiera regresado y se encontrara de nuevo con Lissette... Vamos a ver. Pero lo mejor de todo es que tengo un nombre y una pista que pueden ser dinamita —dijo y miró al capitán Cicerón—. El informe sobre la marihuana que apareció en casa de Lissette Núñez dice que no es una hierba común, que debe de ser mexicana o nicaragüense, ¿no es verdad?

—Sí, ya tú lo dijiste. Estaba adulterada por el agua, pero es casi seguro que no sea de aquí.

—Y tú agarraste a dos tipos con cigarros de marihuana centroamericana, ¿verdad?

—Sí, pero no he podido saber de dónde la sacaron. El supuesto proveedor desapareció o los tipos inventaron un fantasma.

—Pues yo tengo un fantasma de carne y hueso: Orlando San Juan, alias Lando el Ruso. Oyeron el comentario de que tenía una marihuana muy fuerte y me la juego que es esa misma que anda dando vueltas por

ahí.

—¿Y cómo tú sabes eso, Conde? —preguntó el mayor Rangel, que al fin se había puesto de pie. Como cada domingo había ido a la Central sin el uniforme y lucía uno de aquellos pullovers ajustados que le permitían exhibir sus pectorales de nadador y canchista empecinado en retardar la llegada del otoño.

—Me pasaron la bola. Un comentario que oyeron.

—Así que un comentario... ¿Y ya tienes la ficha del Ruso ese?

—Aquí está.

—¿Y quieres que Cicerón te ayude?

—Para eso están los amigos, ¿no? —dijo el Conde y miró al capitán.

—Yo lo ayudo, mayor —aceptó Cicerón y sonrió.

—Bueno —dijo el Viejo e hizo un gesto con las manos como para espantar unas gallinas—, andando se quita el frío. Busquen al Ruso ese a ver qué sale de ahí y no paren hasta que yo les diga. Pero quiero saber cada paso que dan, ¿me oyen? Porque esto se está poniendo color de hormiga. Sobre todo tus pasos, Mario Conde.

El Casino Deportivo parecía barnizado bajo el sol del domingo. Todo limpio y pintado, con sus fulgores de technicolor. Lástima que ya no me guste este barrio, se dijo el Conde frente a la casa de Lando el Ruso. Se encontraban apenas a cinco cuerdas de donde vivía Caridad Delgado y pensó que le gustaría sacar algo a aquella cercanía. ¿Caridad, Lissette y el Ruso, todos en un mismo saco? El teniente se quitó los espejuelos cuando el capitán Cicerón salió a la calle.

—¿Qué?, ¿apareció algo?

—Mira, Conde, Lando el Ruso no es un vendedor al por menor. Con ese expediente que tiene no va a andar por la calle vendiéndole cigarritos



a los fumadores. Y alguien que tiene el mazo en la mano no va a tener la carga en su casa, así que seguir registrando aquí es perder el tiempo. Voy a dar la orden de búsqueda y captura, pero si lo que dice la tía es verdad y el tipo alquiló una casa en la playa, en dos o tres horas la gente de Guanabo me lo tiene localizado y no te preocupes, que a mí me hace más falta que a ti agarrar a ese tipo. Lo de esa marihuana me tiene jodido y tengo que saber de dónde coño salió y quién la trajo. Ahora mismo voy a mandar al teniente Fabricio para que trabaje con la gente de Guanabo.

—¿Fabricio está ahora contigo? —preguntó el Conde, recordando su último encuentro con el teniente.

—Hace como un mes. Está aprendiendo.

—Menos mal... Oye, Cicerón, ¿la marihuana no habrá sido un paquete perdido, de esos que tiran en el mar? —preguntó el Conde mientras encendía un cigarro y se recostaba contra el carro oficial del capitán Cicerón.

—Puede ser, todo puede ser, pero lo curioso es que haya caído precisamente en las manos de los tipos que la pueden colocar bien. Y el otro problema es que no es suramericana, que es la que a veces tratan de pasar cerca de Cuba. No me imagino cómo eso vino a dar aquí, pero si la entraron a propósito, por esa misma canal puede entrar cualquier cosa... Lo que hace falta ahora es coger a Lando con algo arriba.

—Hace falta, porque Manolo me llamó por tu radio y dice que lo del mexicano es negativo. Era la primera vez que venía a Cuba y además Pupy dice que no es el mismo que andaba con Lissette. Así que Lando es el hombre del momento. Bueno, pues el caso es tuyo, ¿no?

Cicerón sonrió. Casi siempre sonreía y ahora lo hizo mientras ponía una de sus manos sobre un hombro del Conde.

—Oye, Mario, ¿por qué me regalas un caso así?

—Ya te lo dije ahorita, ¿no? Para algo están los amigos.

—¿Tú sabes que nunca vas a llegar a ningún lado si vas por el mundo regalando los casos?

—¿Ni siquiera a mi casa para ponerme a lavar toda la ropa que tengo sucia?

—Me gustan tus aspiraciones.

—Pues a mí no: lavar me cae como una patada en el culo. Bueno, si hay cualquier cosa, me localizas entre la tendedera y el lavadero —dijo y estrechó la mano que le extendía su colega.

En el carro, de regreso a su casa, el Conde se descubrió pensando que después de todo el Casino Deportivo sí era un buen lugar para vivir: desde viceministros y periodistas hasta marihuaneros, allí había de todo, como en cualquier otro estanco de la viña del Señor.

El último calzoncillo quedó preso en la tendedera y el Conde miró satisfecho aquella obra encomiable. Policía de avanzada voy a ser, se dijo, observando cómo las rachas del viento ponían a bailar toda aquella ropa que había pasado por sus manos reblandecidas por la humedad y todavía olorosas a potasa y cebo perfumado: tres sábanas, tres fundas y cuatro toallas, hervidas y lavadas; dos pantalones, doce camisas, seis pullovers, ocho pares de medias y once calzoncillos: todo el arsenal de su closet, limpio y reluciente bajo el sol del mediodía. No podía evitarlo: extasiado observaba su obra, con profundos deseos de asistir al milagro de su secado aséptico y total.

Entró en la casa y vio que eran casi las tres de la tarde. Desde las tinieblas de sus tripas escuchó una llamada pavorosa. Ir a implorarlo a Josefina un plato de comida era injusto a aquella hora de la tarde: la imaginó ante el televisor, devorando entre cabezadas y bostezos de madrugadora las películas de la Tanda del Domingo y decidió ganarse

otro mérito laboral preparándose su propio almuerzo. Qué falta me haces, Karina, se dijo cuando abrió el refrigerador y descubrió la dramática soledad de dos huevos posiblemente prehistóricos y un pedazo de pan que bien pudo haber asistido al sitio de Stalingrado. En una manteca con sabor heterodoxo de fritadas excluyentes dejó caer los dos huevos, mientras con la punta del tenedor tostaba sobre la llama las dos rebanadas que logró arrancarle al corazón de acero del pan. Puro realismo socialista, se dijo. Se comió los huevos pensando otra vez en Karina y en la cita pactada para esa noche, pero ni siquiera la ilusión del encuentro fue capaz de mejorar el sabor de la comida. Aunque presentía única e irrepetible la atrevida aventura sexual del día anterior, llena de hallazgos, sorpresas, revelaciones y señales de portentosos caminos por explorar, aquel segundo encuentro, asumido desde la experiencia, podía romper todos los récords de sus expectativas y conocimientos sexuales reales e imaginarios: mientras tragaba los huevos grasientos y desparramados, el Conde se veía, en aquella misma silla, siendo beneficiario y objeto de una felación devastadora que lo dejó exhausto hasta que, dos horas después, Karina inició su tercera ofensiva victoriosa contra sus defensas aparentemente caídas. Y esa noche ella vendría, saxofón en ristre...

—No me llames, que a lo mejor tengo que salir. Yo vengo por la noche —le había dicho.

—¿Con el saxofón?

—Anjá —dijo, imitando la entonación del hombre.

Cantaba el Conde cuando fregó el plato, la sartén y las tazas con huellas del café y de la lujuria del día anterior. Alguna vez había oído decir que sólo una mujer muy bien despechada sexualmente podía cantar mientras fregaba. Machismo solapado: simple determinismo sexual, concluyó y siguió cantando, «*Good morning, star shine, / I say hello...*». Mientras se secaba las manos miró críticamente el estado del piso: los

mosaicos empañados de grasa, polvo y suciedades más viejas que la envidia no hacían de su casa, precisamente, un lugar encantado para citas pasionales con saxofón incluido. Es el precio del cariño, se dijo, mirando con amor de hombre la escoba y el trapeador, dispuesto ya a entregarle a Karina un lugar limpio y bien iluminado.

Eran más de las cuatro y media cuando concluyó la limpieza y observó orgulloso el renacer de aquel lugar huérfano de manos femeninas desde hacía más de dos años. Hasta *Rufino*, el pez peleador, había recibido los favores de aquel impulso de pulcritud y ahora nadaba en aguas claras y oxigenadas. Eres un cabrón friqui, *Rufino*, no esperas nada... Satisfecho, el Conde concibió, incluso, para un futuro cercano, la posibilidad de pintar paredes y techos y colocar algunas plantas en rincones propicios y hasta conseguirle una hembra al pobre *Rufino*. Estoy asquerosamente enamorado, se dijo, y marcó en el teléfono el número del Flaco Carlos.

—Oye esto, salvaje: lavé las sábanas, las toallas, las camisas, los calzoncillos y hasta dos pantalones y ahora mismo terminé de limpiar la casa.

—Estás asquerosamente enamorado —le confirmó su amigo y el Conde sonrió—. ¿Y ya te pusiste el termómetro? Mira que debes de estar grave.

—¿Y tú qué estás haciendo?

—¿Qué tú crees que puedo estar haciendo, tú?

—¿Viendo la pelota?

—Ganamos el primero y ahora va a empezar el segundo juego.

—¿Contra quién?

—Los negritos de Matanzas. Pero la serie buena empieza el martes, contra los Orientales del coño de su madre... Y hablando de eso, dice el Conejo que si no se complica nos va a llevar el martes al estadio en su

carro. Mi hermano: me muero de ganas de ir al estadio. Oye, y tú, ¿vienes hoy o no?

El Conde miró la casa reluciente y sintió en el estómago la levedad de los dos huevos fritos.

—Voy a verla por la noche... ¿Qué hizo José de almuerzo?

—Bestia, lo que te has perdido: un arroz con pollo chorreao que levantaba a un muerto. ¿Tú sabes cuántos platos me comí?

—Dos, ¿no?

—Tres y medio, tú.

—¿Y quedó algo?

—Creo que no... Aunque oí a la vieja diciendo que si te guardaba un poco...

—Oye, oye...

—¿Qué cosa?

—El timbre de la puerta de tu casa. Dile a José que abra, que ése soy yo —y colgó.

*EL AMOR EN LOS TIEMPOS DEL CÓLERA*  
*por Caridad Delgado*

«Siempre he defendido la libertad del amor. La plenitud de su realización, la belleza de su hallazgo, las inquietudes de su destino. Pero entre los muchos recordatorios amargos que nos ha hecho el sida, a los que habitamos la casa común del planeta Tierra, está el de que nada que ocurra en ningún sitio puede sernos ajeno: ni las guerras, ni las pruebas nucleares, ni las epidemias, y mucho menos el amor. Porque el mundo se ha hecho cada vez más pequeño.

»Y aunque la felicidad siempre es posible en estos tiempos de fin de siglo, un flagelo azota al amor hasta convertirlo en una elección peligrosa y difícil. El sida nos amenaza y sólo hay un medio de evitarlo: sabiendo elegir la pareja, buscando el sexo seguro, más allá de medidas necesarias como el uso del preservativo.

»No pensarán mis lectores que pretendo darles una lección de moralidad ni de puritanismo extemporáneo. Ni que pretenda coartar la libre elección del amor, que suele sorprendernos con su misteriosa y cálida presencia. No. Y mucho menos que ataque desde mi posición asuntos de total intimidad. Pero es que el peligro nos acecha a todos, sin distinción de inclinaciones sexuales.

»No pretendo descubrir lo ya descubierto cuando recuerdo que la promiscuidad ha sido el principal agente de transmisión de ese flagelo apocalíptico del sida por todo nuestro planeta. Por eso me asombro cuando converso con algunas personas, especialmente con jóvenes con los que mi trabajo me relaciona, y desconocen el peligro de ciertas actitudes ante la vida y practican el sexo como si se tratara de un simple juego de barajas al que se va a ganar o a perder, pues, como dicen a veces, “De algo hay que morirse”...».

El Conde cerró el periódico. ¿Hasta cuándo?, se preguntó. Una hija promiscua había muerto tres días antes de una causa menos romántica y novedosa que el sida y ella podía escribir aquella monserga en torno a las inseguridades sexuales finiseculares. Comemierda. En aquel momento el Conde lamentó su insultante torpeza manual. Nunca, ni cuando eran ejercicios obligatorios en clase, había logrado armar un avioncito de papel, ni siquiera un vasito para tomar agua o café, a pesar de los esfuerzos de aquella profesora de la que se había enamorado. Pero ahora

puso todo su empeño y casi amorosamente rasgó la hoja del periódico, separando del resto del tabloide el fragmento leído. Se puso de pie, se inclinó levemente hacia delante y, con la pericia que crea la costumbre, limpió con el artículo las huellas estriadas de la defecación. Dejó caer el papel en el cesto y descargó la taza del inodoro.

Sólo cuando se enamoraba Mario Conde se atrevía, golosamente, a pensar en el futuro. Encender luces de esperanzas para el porvenir se había convertido en el síntoma más evidente de una satisfacción amorosa y vital capaz de desterrar de su conciencia la nostalgia y la melancolía entre las que había vivido durante más de quince años de persistentes fracasos. Desde que debió abandonar la universidad y engavetar sus desvelos literarios para sepultarse en una oficina de información clasificando los horrores que cada día se cometían en la ciudad, en el país (tipos delictivos, *modus operandi*, por cientos de crímenes y fichas policiacas), los derroteros de su vida se habían torcido malévolamente: se casaría con la mujer equivocada, sus padres morirían en menos de un año y el Flaco Carlos volvería de Angola con la espalda rota para languidecer, como un árbol mal podado, sobre un sillón de ruedas. La felicidad y la alegría de vivir habían quedado como atrapadas en un pasado que se hacía cada vez más utópico, inasible, y sólo el aliento propicio del amor, como en los cuentos de hadas, podía devolverlas a la realidad y a la vida. Porque, aun estando enamorado de una mujer de pelo rojo y apetitos notables, Mario Conde sabía que su destino se acercaba hacia una oscuridad de noche lunar: las esperanzas de escribir y de volver a sentir y actuar como una persona normal y con opciones en la rifa caprichosa de la felicidad se tornaban cada vez más remotas, pues también sabía que su vida estaba ligada al destino del Flaco Carlos, cuando Josefina faltara

para siempre y él se negara, como se iba a negar, a que su amigo se consumiera de tristezas y abstinencias en un hospital de incapacitados. El miedo a aquel futuro que debería enfrentar más tarde o más temprano sin estar capacitado para asumirlo, llegaba a desvelarlo y a hacerle difícil la respiración. La soledad se le ofrecía entonces como un túnel sin salida porque —era otra de las muchas cosas que sabía— ninguna mujer se atrevería a enfrentar con él aquella prueba superior que el destino —¿el destino?— le había reservado.

Sólo cuando se enamora, Mario Conde se da el lujo de olvidar por un instante aquella condena tangible y siente deseos de escribir, de bailar, de hacer el amor para descubrir que el cúmulo de instintos animales de la práctica sexual puede ser también un feliz esfuerzo por dar cuerpo y memoria a viejos sueños, a olvidadas promesas de la vida. Por eso también siente deseos, aquel día irrepetible de su biografía amorosa, de masturbarse viendo a una mujer desnuda soplar una melodía viscosa con un brillante saxofón.

—Quítate la ropa, por favor —le pide y la sonrisa complaciente y complacida de Karina acompaña el acto de sacarse la blusa y el pantalón—. Toda la ropa —exige y, cuando la ve desnuda, reprime uno a uno los deseos de abrazarla, de besarla, de tocarla al menos, y él se desviste sin dejar de mirarla: lo sorprende la quietud de aquella piel, sólo manchada por los pezones y la cabellera del sexo, de un rojo más intrincado, y el nacimiento preciso de brazos, senos y piernas, articulados con elasticidad al conjunto. Las caderas, levemente retraídas, de buena paridora, son mucho más que una promesa. Todo lo sorprende en el aprendizaje que realiza de esta mujer.

Entonces desviste también al saxofón y lo siente sólido y frío entre sus dedos que por primera vez calibran el peso inesperado de aquel instrumento perdido en sus fantasías eróticas, las cuales, ahora mismo, se



convertirán en la más palpable realidad.

—Siéntate aquí —le indica la silla y le entrega el saxofón—. Toca algo, algo hermoso, por favor —le pide y se aleja, para ocupar otra silla.

—¿Qué quieres hacer? —investiga ella, mientras acaricia la boquilla del metal.

—Comerte —dice él e insiste—. Toca.

Karina sigue sobando la boquilla y sonrío, ahora indecisa. Se la lleva a los labios y la succiona, dejándole restos de saliva, que cuelga como hilos de plata desde su boca. Acomoda las nalgas en el borde de la silla y abre las piernas. Coloca entre sus muslos el largo cuello del saxofón y cierra los ojos. Un lamento metálico y bronco empieza a brotar de la boca dorada del instrumento y Mario Conde siente cómo la melodía se le clava en el pecho, mientras la figura serena de Karina —ojos cerrados, piernas abiertas hacia una profundidad carnosa y más roja, más oscura, que la parte al medio, senos que tiemblan con el ritmo de la música y la respiración— pone sus deseos a una altura inimaginada e insoportable, mientras escarba con sus ojos los rincones de la mujer y sus dos manos se dedican a recorrer sin prisa la longitud y el volumen de su pene, del que empiezan a brotar unas gotas de ámbar que facilitan la manipulación, y se acerca a ella y a la música para acariciarle el cuello y la espalda, vértebra por vértebra, y la cara —los ojos, las mejillas, la frente—, siempre con la cabeza amoratada y como en ebullición de su miembro que va dibujando en su recorrido un rastro húmedo de animal herido. Ella respira profundamente y deja de tocar.

—Toca —le exige otra vez el Conde, pero su orden es un susurro lamentable y Karina cambia la frialdad del metal por el calor de la piel.

—Dámela —le pide y besa la cabeza inflamada, triangular en su nueva dimensión, antes de emprender con toda la boca la búsqueda de una melodía en la que ella pueda participar... Con las lenguas trabadas

caminan hacia el cuarto y hacen el amor sobre unas sábanas muy limpias, que huelen a sol, a jabón, a vientos de Cuaresma. Mueren, resucitan, vuelven a morir...

Él termina el rito de crear espuma y sirve el café. Ella se ha puesto uno de los pullovers que el Conde lavó esa tarde y que, sentada, logra cubrirle hasta la parte superior de los muslos. En los pies lleva las sandalias hechas por Candito el Rojo. El se ha enrollado una toalla a la cintura y arrastra una silla hasta colocarla muy junto a la de ella.

—¿Te quedas a dormir hoy?

Karina prueba el café y lo mira.

—Creo que no, mañana tengo mucho trabajo. Prefiero dormir allá.

—Y yo también —asegura él, con un acento de ironía.

—Mario, estamos empezando. No te apures.

El enciende un cigarro y detiene el gesto de lanzar el fósforo hacia el fregadero. Se pone de pie y busca un cenicero de metal.

—Es que me pongo celoso —dice y trata de sonreír.

Ella le pide el cigarro y aspira el humo un par de veces. El siente que de verdad está celoso.

—¿Ya leíste el libro?

Ella asiente y termina el café.

—Me deprimió, ¿sabes? Pero si a ti te gusta tanto es porque te pareces un poco a esos hermanos de Salinger. Te gusta que la vida sea atormentada.

—No es que me guste. Yo no la escogí. Ni siquiera a ti te escogí: algo te puso en el camino. Después que uno pasa de los treinta años debe aprender a conformarse: lo que no has sido ya nunca lo serás, y todo se repite, una y otra vez, si triunfaste, vas a seguir triunfando; si fracasaste,

acostúmbrate al sabor del fracaso. Y yo me estoy acostumbrando. Pero cuando aparece algo así, como tú, uno tiende a olvidarse de todo. Hasta de los consejos de Caridad Delgado.

Karina se frota los muslos con las palmas de las manos y hace un intento de prolongar la escasa cobertura ofrecida por el pullover.

—¿Y qué pasa si no podemos seguir juntos?

El Conde la mira. No entiende por qué, después de tanto amor, ella puede imaginar algo así. Pero él mismo no ha dejado de pensarlo.

—No quiero ni pensarlo. No puedo pensarlo —dice, sin embargo—. Karina... creo que el destino del hombre se realiza en la búsqueda, no en el hallazgo, aunque todos los descubrimientos parecen la coronación de los esfuerzos: el Vellocino de Oro, América, la teoría de la relatividad..., el amor. Prefiero ser un buscador de lo eterno. No como Jasón o Colón, que murieron pobres y desencantados después de tanta búsqueda. Más bien un buscador de El Dorado, de lo imposible. Ojalá nunca te descubra, Karina, ojalá nunca te encuentre sobre un árbol, ni siquiera protegida por un dragón, como el viejo Vellocino. No dejes que te atrape, Karina.

—Me da miedo oírte hablar así —dice ella y se pone de pie—. Piensas demasiado. —Recoge el saxofón, abandonado en el suelo, y lo guarda en su estuche. El Conde mira sus nalgas, que ahora el pullover no alcanza a cubrir, breves y enrojecidas por el calor de la silla, y piensa que no importa siquiera que tenga tan poco culo. Más que una mujer está contemplando un mito, se dice, cuando suena el teléfono.

El Conde mira el reloj que está sobre la mesa de noche y se pregunta quién podrá ser a esa hora.

—Sí —dijo al auricular.

—Conde, soy yo, Cicerón. El negocio se complica.

—¿Pero qué pasó, viejo?

—Lando el Ruso. Apareció en Boca de Jaruco, al lado del río. Iba a

decir adiós desde la lancha cuando lo agarraron... ¿Te gusta la noticia?

El Conde suspiró. Sintió cómo el horizonte comenzaba a iluminarse con un rayo de sol, tenue pero inconfundible.

—¡Me encanta! ¿Cuándo me lo das? —El silencio, del otro lado de la línea, alteró al teniente investigador—. ¿Cuándo me lo das, Cicerón? —repitió entonces.

—Mañana por la mañana, ¿está bien?

—Anjá, pero no me lo des con mucho sueño —y colgó.

Cuando regresa a la sala se encuentra a Karina sonriente y vestida, con el saxofón en su estuche, como una maleta lista para un viaje.

—Me voy, policía —dice ella y el Conde siente deseos de amarrarla. Se va, piensa, se me va. Siempre tendré que buscarla.

\* \* \*

—Ahí lo tienes, Conde.

El capitán Cicerón parecía más somnoliento que feliz cuando le indicó, del otro lado del cristal translúcido, al hombre que en ese momento se rascaba la barbilla. Bueno el apodo: en verdad parecía un ruso. El pelo rubio, casi blanco, corría en cascadas suaves sobre una cabeza de redondez perfecta y la cara enrojecida de tragador de vodka. Con una chaqueta de cuello alto hubiera pasado por Aliosha Karamásov, pensó el Conde, que debió apartar a Manolo del cristal para obtener una visión definitiva de su mejor pista. Observó los ojos cansados y sanguíneos del hombre y quiso penetrar la ruta de aquella mirada oscura, viajar hacia las revelaciones necesarias, hasta que sintió un cansancio miope sobre el puente de su nariz.

—¿Y qué le sacaste?

—De la salida clandestina me lo contó todo, pero de la droga todavía no le pude sacar nada. Aunque estoy esperando el boletín de noticias del laboratorio: análisis de sangre, el raspado de los dedos y, lo más espectacular, los restos de un cigarro que encontramos en el patio de la casa de la playa donde estaban Lando y sus amiguitos.

—¿Cuántos eran?

—En la lancha cuatro: Lando y la novia y dos amigos más, Osvaldo Díaz y Roberto Navarro. El sábado hicieron algo así como una fiesta de despedida y hubo mucha gente. Se lo habían dicho hasta al gato. Increíble, ¿no?

—¿Y la mujer y los otros?

—También estamos trabajando con ellos, ¿te interesan?

El Conde volvió a apartar a Manolo del cristal. Ahora Lando se comía las uñas y las escupía hacia cualquier parte, con los gestos cansados de típico degustador de marihuana y otros sabores evanescentes. ¿Lisette y Lando?, se preguntó y no supo qué responderse. Cuando se volvió,

encontró junto a Cicerón la figura y la sonrisa del teniente Fabricio.

—¿Viste cómo lo agarramos, Conde? —preguntó, y el Conde no supo si la pregunta era pura euforia o toneladas de ironía.

—A ti no se te podía escapar —respondió, optando por dar el vuelto con ironía.

—A mí sí no se me podía escapar —reafirmó Fabricio.

—Bueno —intervino Cicerón—, ¿qué piensas hacer?, ¿eh, Conde?

—Déjame empezar por éste. Tengo un presentimiento...

—¿Un presentimiento? —preguntó Manolo y sonrió. El Conde lo miró a los ojos y el sargento esquivó su mirada hacia el detenido.

—Pero primero me hace falta saber lo del laboratorio. Espérame ahí, Lando —dijo, haciendo un gesto hacia el cristal. Lando, por su parte, había terminado con las uñas y había recostado la cabeza sobre el borde de la mesa. Estás madurito, pensó el Conde y salió hacia el corredor, rozando con su hombro el brazo del teniente Fabricio que no se apartó para facilitar la salida. Este huevo quiere sal, se dijo el Conde.

Lando levantó la cabeza cuando escuchó el sonido de la puerta. Fue un gesto lento y oxidado como la mirada que ahora brotaba de sus ojos marrones. El Conde lo miró apenas un instante y avanzó hacia la pared del fondo, mientras Manolo dejaba caer sobre la mesa un file lleno de papeles. El teniente encendió un cigarro y se dedicó a observar las mañas de su compañero. Manolo se había sentado en un ángulo de la mesa, apenas apoyando una de sus nalgas sin fibras sobre la madera, mientras balanceaba el pie que no llegaba al suelo. Abrió el file y se puso a leer con todo interés. De vez en cuando miraba a Lando, como si la figura del hombre pudiera ilustrarle algo de lo que iba leyendo. El Ruso, por su parte, desplazaba la vista del file a los ojos del sargento.

Aunque el laboratorio había confirmado el origen similar de la marihuana de Lando y la de Lisette, buena parte del presentimiento del Conde había naufragado con el dictamen de los técnicos: la sangre de Orlando San Juan era B negativa y sus huellas dactilares no se correspondían con ninguna de las encontradas en el apartamento de Lisette. Por un momento pensó que la salida clandestina de Lando podía ser una fuga de homicida. Ahora el Conde debía aferrarse a la esperanza remota de alguna relación posible entre aquel hombre y la difunta profesora de química. ¿El Casino Deportivo? ¿Caridad Delgado?, ¿y el director?, se preguntaba, queriendo preguntar. De aquel interrogatorio dependía el destino inmediato del caso y los dos policías conocían el valor de la carta que estaban jugando.

Al fin Manolo cerró el file y lo dejó casi al alcance de las manos del detenido. Se puso de pie y fue a sentarse en la butaca, del otro lado de la mesa, fuera del círculo tórrido de la lámpara de interrogatorios.

—Pues sí, mayor —dijo sin apartar la vista de Lando—, él es Orlando San Juan Grenet. Anoche fue detenido cuando trataba de abandonar el país en una lancha robada y además está acusado de tenencia de drogas y de asesinato.

Los ojos de Lando perdieron el sueño.

—¿Cómo dice? ¿Asesinato de quién?, ¿usted está loco o qué?

Manolo sonrió, plácidamente.

—No vuelva a hablar si no le pregunto. Y no se le ocurra decirme loco otra vez, ¿me entiende?

—Pero es que...

—¡Pero es que se calla! —le gritó Manolo, poniéndose de pie, y hasta el Conde saltó en su rincón. Nunca se había podido explicar de dónde su compañero sacaba aquella fuerza brutal de peso completo—. Como le decía, mayor, en la casa de Guanabo que alquiló el detenido encontramos

restos de un cigarro de marihuana, una marihuana de procedencia centroamericana, y dos detenidos por tenencia de esa droga identifican a Orlando San Juan como su proveedor. Eso es gravísimo, como usted sabe. Pero esto no es todo, esa misma droga fue encontrada en el apartamento de una joven a la que asesinaron hace una semana y vamos a procesar al detenido también por ese delito.

Lando inició un gesto de protesta, pero no llegó a hablar. Movía la cabeza, negando, como si no diera crédito a lo que acababa de oír. Entonces el Conde separó la espalda de la pared y aplastó el cigarro en el piso. Dio un paso hacia la mesa y miró a Lando.

—Orlando, su situación es difícil, ¿verdad?

—Pero yo no sé nada de una muerta ni nada de eso.

—¿No conoció a Lissette Núñez Delgado?

—¿Lissette? No, no, yo conozco a una Lissette pero ésa partió hace rato. Apañoó a un italiano y pasó a mejor vida. Ahora está en Milán.

—Pero en casa de la Lissette que yo le digo apareció un cigarro de la marihuana que usted ha estado distribuyendo.

—Mire, general, con el mayor respeto. Yo no conozco a esa mujer ni estoy distribuyendo nada, se lo juro... ¿Quiere que se lo jure?

—No, no hace falta, Orlando. Eso es fácil de probar. Un careo con los dos vendedores detenidos y ya. Ellos lo van a identificar, porque están locos por identificar al que les vendió el paquete y quitarse con eso unos cuantos años de arriba. Dígame una cosa, ¿usted le vendió marihuana a alguien que tenga que ver con el Pre de La Víbora?

—¿Con el Pre? No, no, yo no tengo nada que ver con eso...

—Entonces dígame algo de Caridad Delgado.

—¿Y quién es ésa?

El Conde buscó otro cigarro en el bolsillo y lo encendió lentamente. Lando el Ruso no iba a admitir todavía su conexión con la droga y mucho



menos si tenía alguna relación con Lissette. Pero insistió, aferrado a su única esperanza concreta:

—Orlando, ésta no es la primera vez que usted tiene problemas con nosotros, y a nosotros no nos gusta estar viendo siempre las mismas caras, ¿me entiende? No nos gusta que nos den tanto trabajo. Pero de todas maneras hacemos bien este trabajo. Usted va a estar aquí hasta que sepamos qué día nació su tatarabuelo y todo porque usted nos lo va a contar. ¿Quiere decirme ahora algo de Lissette Núñez o de la marihuana que llegó a su casa o nos vemos hoy a las doce de la noche, después que se acaben las películas?

Lando el Ruso se volvió a rascar la barbilla, mientras negaba con la cabeza. Sus ojos se habían oscurecido un poco más y su mirada era desesperadamente opaca.

—Se lo juro, general, no sé nada de eso —dijo y volvió a mover la cabeza. En aquel instante el Conde hubiera dado cualquier cosa por saber qué había debajo de aquel pelo rubio, de ruso apócrifo, que bailaba con el movimiento indetenible de la cabeza que negaba y negaba.

—Vámonos, Manolo. Hasta más tarde, Orlando, y gracias por ascenderme a general.

*La vida en rosa*, cantaba Bola de Nieve, atreviéndose con el idioma francés y desafiando abiertamente a Edith Piaf. Qué bárbaro, se dijo el Conde y trató de pensar un momento: los cubículos de interrogatorio provocan una sensación de encierro propicia para las confesiones. Son la antesala de la cárcel y el tribunal, y allí la indefensión se siente como un fardo muy pesado. Salir de aquellas cuatro paredes frías y atenazantes es como volver a la vida. Pero la presencia de un policía en el ámbito cotidiano puede remover cimientos inesperados: nace el miedo, la

desconfianza, la necesidad de ocultar a los demás esa aparición indeseable, y a veces los temores provocan el salto necesario de la liebre. La-rala-rala, decía ahora. Entonces el policía dispara: y decidió ver al director en su propio terreno. Iría otra vez al Pre. Una idea muy vaga lo había rozado mientras hablaba con Lando y le propuso a Manolo una conversación con el director.

La mañana del lunes era benigna fuera del recinto de la Central. El viento había decretado una tregua y un sol decididamente veraniego ponía reflejos de charol en las calles de la ciudad. En la radio del auto, Manolo había encontrado un programa dedicado a Bola de Nieve y el Conde decidió concentrarse en la voz y el piano de aquel hombre que era la canción que cantaba: ahora decía «La Flor de la Canela», «y... jazmines en el pelo y rosas en la cara...», y el teniente recordó el final inesperado de su último encuentro con Karina. Se vio a sí mismo desarmado, sin argumentos para evitar su partida, cuando ella, vestida, le decía adiós desde la puerta y él, con cara de niño insatisfecho más que de buscador mitológico, sentía deseos de patear el piso. ¿Por qué se le iba? Las entregas totales de aquella mujer que se transformaba con el olor ácido del sexo no encajaban con la distancia infranqueable que después le imponía. Desde el principio él pensó que debía hablar más con ella, conocerla y entenderla, pero entre sus monólogos de desesperado y las conflagraciones sexuales que los devoraban, apenas quedaba tiempo para respirar, llenar los cargadores y tomar un café. El auto había pasado muy cerca del hospital donde estaba Jorrín y subía ahora por Santa Catalina, una avenida sembrada de flamboyanes y de recuerdos, de fiestas, de cines, de descubrimientos sentimentales de todo tipo, de una vida en rosa cada vez más alejada en la memoria y en el tiempo definitivamente perdido, como la inocencia. Bola de Nieve cantaba entonces *Drume*, *negrito* y el Conde se dijo: ¿Cómo puede cantar así? Era un susurro

melodioso que devoraba escalas bajísimas y demasiado atrevidas, habitualmente intransitadas por su estrechez de última frontera entre el canto y el murmullo. Los flamboyanes de Santa Catalina habían resistido con firmeza los embates de las ventoleras y las cúpulas enrojecidas por las flores eran como un reto para cualquier pintor. Fuera del recinto de la Central a veces la vida podía parecer normal, casi en rosa.

Manolo parquéó a un costado del Pre y apagó la radio. Bostezó, con un temblor que recorrió su esqueleto demasiado evidente, y preguntó:

—Bueno, ¿cómo es la cosa?

—El director no ha dicho todo lo que sabe.

—Nadie dice todo lo que sabe, Conde.

—Este caso es muy raro, Manolo: todo el mundo dice mentiras, no sé si para proteger a alguien o para protegerse ellos mismos o porque ya se han acostumbrado y les gusta decirlas. Ya estoy hasta aquí de oír mentiras. Pero lo que me importa en este momento es que él sabe cosas muy interesantes.

—¿Piensas ahora que fue él?

—No sé, ya no sé nada, pero estoy pensando que no...

—¿Entonces?

El Conde miró hacia la estructura sólida de la escuela. Ahora dudaba si había decidido ver al director allí simplemente porque quería volver, como un eterno culpable, al lugar de sus fechorías preferidas.

—Hay un tercer hombre en esta historia, Manolo. Apuesto la cabeza a que sí. El primero es Pupy, que aunque tiene mil papeletas en la rifa no creo que se haya atrevido a tanto, tiene mucha calle para fallar así con una mujer que él conocía de todas las patas que cojeaba. Además, él sabía cómo sacarle lo que quería. Tiene que ser que se haya equivocado mucho. El segundo es el director, que incluso tiene buenos motivos: estaba enamorado y podía sentir celos. Pero si su coartada es cierta, es casi

imposible que viniera hasta casa de Lissette a las once de la noche y la golpeará y la matará. ¿Y el tercer hombre? Si hay un tercer hombre fue el que la mató y debe de haber sido uno de los que estaba en la fiesta, y aunque las huellas de Lando no aparecieron en el apartamento, todavía no lo voy a descartar. Yo veo la cosa así: la fiesta se acabó, el tercer hombre se quedó y por algo mató a Lissette, algo que ella le hizo o no le quiso dar. Porque no fue para robarle ni para violarla, porque no pasó ninguna de esas dos cosas, y hasta es posible que el último que se acostó con ella no haya sido su asesino. ¿Qué podía tener Lissette que a él le interesara? ¿Droga? ¿Información?

—Información —respondió Manolo. Los ojos le brillaban de júbilo.

—Anjá. ¿Información sobre qué? ¿Sobre las drogas?

—No, creo que sobre las drogas no. Ella era calientica pero no creo que llegara a estar metida en este lío de Lando. Sabía muy bien hasta dónde podía jugar con candela.

—Pero acuérdate que Caridad Delgado vive a tres cuerdas de Lando.

—¿Y tú crees que se conocían?

—No sé, la verdad. ¿Pero qué información?

—Algo que sabía.

—O mejor di algo que valía, ¿no te parece?

Manolo asintió y miró hacia el Pre.

—¿Y qué pinta en esto el director?

—Sencillo... o difícil, no sé. Pero creo que él conoce al tercer hombre que buscamos.

—Oye, Conde, esto se parece a la película de Orson Welles que pusieron el otro día.

—No me digas, ¿viste una película? Qué bien, cualquier día hasta me dices que leíste un libro...

—Hoy sí les puedo brindar té —dijo el director y les indicó el sofá que ocupaba toda una pared del despacho.

—No, gracias —dijo el Conde.

—No, para mí tampoco —dijo Manolo.

El director movió la cabeza, como desilusionado, y arrastró su butaca hasta colocarla frente a los policías. Parecía disponerse para resistir una larga conversación y el Conde pensó otra vez que había escogido mal el lugar.

—Bueno, ¿ya saben algo?

El Conde encendió un cigarro y lamentó no haber aceptado el té. El único café que tomó al amanecer había dejado una sensación de desconsuelo en su estómago, vacío y olvidado desde que la tarde anterior devoró los restos de arroz con pollo que habían sobrevivido al apetito del Flaco Carlos. Con hambre no se puede ser buen policía, pensó y dijo:

—La investigación sigue y debo recordarle que usted todavía está en la categoría de los sospechosos. De las cinco personas que debieron de estar en casa de Lissette la noche en que la mataron, usted fue una y tenía buenos motivos para haberla matado, a pesar de su coartada.

El director se removió incómodo, como sorprendido por una señal de alarma. Miró hacia los lados, dudando de la intimidad de su oficina.

—¿Pero por qué me dice eso, teniente? ¿No basta lo que les dijo mi mujer? —El tono era lastimero, de angustia apenas contenida, y el Conde rectificó su juicio: no, no se había equivocado de lugar.

—Por ahora vamos a decir que le creemos, director, no se preocupe. Y no nos interesa estropearle su matrimonio y su tranquilidad familiar, ni mucho menos su prestigio aquí en la escuela, después de veinte años, se lo aseguro. ¿Son quince o veinte?

—¿Entonces qué es lo que quieren? —preguntó, obviando la precisión

que le pedía el Conde y con las palmas de las manos hacia arriba, como un niño en espera del castigo.

—Además de Pupy y usted, ¿qué otro hombre tenía relaciones con Lisette?

—No, si ella...

—Oiga, director, no nos diga mentiras, por favor, que eso sí es grave, y ya no aguanto una mentira más, ni a usted ni a nadie. ¿Quiere que le recuerde algo? Ella se acostaba con Pupy para que él le regalara cosas. ¿Usted abrió alguna vez el closet de Lisette? Me imagino que sí y lo vio bien llenito, ¿verdad? ¿Quiere que le recuerde todavía otra cosa más? Ella se acostaba con usted porque eso le daba impunidad aquí en el Pre para hacer cualquier cosa. Y no me contradiga más, ¿está bien?

El director hizo el intento deslucido de emprender una protesta, pero se contuvo. Al parecer, como él mismo comentó la última vez, aquellos policías lo sabían todo. ¿Todo?

—Mire esta foto —y el Conde le entregó la cartulina con la imagen de Orlando San Juan.

—No, no lo conozco. ¿Me van a decir que éste también era novio de Lisette?

Claro que yo hablé varias veces con Lisette sobre esas cosas, la verdad. No me explicaba cómo una muchacha así, tan joven, tan bonita, y creo que revolucionaria, sí, también revolucionaria, quisiera vivir de ese modo y lo mismo estuviera conmigo que con otro cualquiera, como si no le importara... Ella estaba muy confundida. Yo casi soy un viejo ya, ¿qué le podía dar? Eso está claro: impunidad en su trabajo, como Pupy le daba un pitusa o un perfume, ¿no? Está bien, es sórdido y vergonzoso... Yo la miraba y no me la podía creer: tenía unas agallas que, bueno, que eran

envidiables. ¿De dónde las sacó? Pues yo no sé. O sí lo sé: de la educación que tuvo. El padre y la madre demasiado ocupados en sus cosas y tratando de compensar la atención que no le daban con ropas y privilegios. Ella siempre estuvo sola, aprendió a vivir por sí misma. Y lo que salió de ahí fue un Frankenstein. Pero es que uno no escarmienta: yo llevo veintiséis años en esto —no quince ni veinte— y sé cómo se arman esos muñecos, porque aquí es donde empiezan a crecer. ¡Y ya he visto tantos! Son los que siempre dicen que sí, que cómo no, están dispuestos para lo que sea sin discutir nada, y todo el mundo dice, mira eso, qué actitud, aunque después no importa si hacen o no las cosas, ni siquiera interesa si las hacen bien. Lo que queda en la imagen es eso: que son ágiles, oportunos, que están siempre dispuestos y, por supuesto, sin discutir, sin pensar, sin crear problemas... Y entonces nosotros mismos decimos que son buenos muchachos, confiables y esas cosas que se dicen. Ese era el origen de Lissette, aunque ella sí pensaba y sí sabía lo que quería. Y yo de comemierda hasta me enamoré de ella... Pero es lógico, es lógico, coño, si esa chiquilla me hizo sentir como no me había sentido en mi vida, me llegó a donde no me había llegado nadie. Cómo no me iba a enamorar, eso tienen que entenderlo... Aunque fuera descubriendo cosas que me espantaban, pero me decía, bueno, esto es pasajero, déjame vivir este pedazo de vida que encontré. Sí, ella tenía relaciones con un alumno, digo uno porque no sé si había alguno más. No, no sé quién es, pero estoy casi seguro que era de los grupos de ella. Claro que no me atreví a preguntarle, al final, ¿qué derecho tenía yo sobre su vida? Me di cuenta hace como un mes, cuando me encontré en su casa una mochila de esas que ahora usan los muchachos, era verde olivo pero de camuflaje, ¿saben las que le digo? Estaba al lado de la cama de ella. Yo le pregunté, ¿Y esto, Lissette? Nada, de un alumno que se le quedó en el aula, me dijo, pero claro que era mentira, a ningún alumno se le queda una mochila así

en el aula, y si se le hubiera quedado, con dejarla aquí en la secretaría estaba bien, ¿no? Pero yo no pregunté nada más, no quería. Ni podía. Y el día que la mataron, en el baño de la casa había una camisa de uniforme. Estaba húmeda y colgada de un perchero. Cuando me fui estaba allí todavía. Pero no creo que un muchacho sea capaz de hacer lo que le hicieron a ella. No, no lo creo. Ya les dije que pueden ser despreocupados, bastante haraganes para estudiar, medio barcos, como dicen ellos, pero no para llegar a eso. Pero yo no he cometido ningún delito, nadie me puede juzgar por lo que hice, me enamoré como un muchacho, peor, como un viejo, y ahora mismo daría cualquier cosa por que a Lissette no le hubiera pasado nada. Ustedes son policías, pero son hombres, ¿es que ustedes no pueden entender eso?

El Conde observó el patio, donde habían quedado, como señales de un orden obsoleto, los postes numerados para organizar la formación. En su época la hilera del fondo era la preferida, lo más lejos posible del director y su cuadrilla de discurseantes y perseguidores de cualquier intento de bigote, patilla o el más mínimo asomo del pelo sobre la oreja. A la distancia de los años, perdida hacía mucho tiempo toda la pasión, al Conde le seguía doliendo aquella tenaz represión a la que los habían sometido simplemente por querer ser jóvenes y vivir como jóvenes. Quizás el Flaco, con su espíritu de redentor de la memoria, diría de todo aquello, Pero, Conde, al carajo, quién se acuerda de eso. Él, que había olvidado otras cosas, no podía perdonar sin embargo ese acoso perverso contra lo que más había deseado en aquellos años: dejarse crecer el pelo, sentirlo posado sobre sus orejas, trabado con el cuello de la camisa, para exhibirlo en las fiestas de los sábados por la noche y poder competir en pepillancia, como todos decían, con los que habían dejado la escuela y



podían, ellos sí, llevar el pelo por donde les diera la gana... Cuando entró en la universidad y al fin nadie le pidió que se pelara, el Conde adoptó sin remordimientos el peinado que todavía llevaba: bien rebajado el pelo en toda la cabeza. Pero el recuerdo de aquellas formaciones a la una de la tarde casi lo hizo sudar.

—Manolo, sin armar bulla aquí en el Pre, me hace falta una lista de todos los alumnos varones de Lissette, los que tenía este año y los que tuvo el año pasado, y las notas que todos sacaron en química. Y fíjate bien en el nombre de José Luis Ferrer. Busca todas sus notas, todo lo que aparezca. ¿Me entiendes?

—¿Me lo explicas otra vez? —preguntó el sargento, poniendo cara de alumno poco aventajado.

—Vete al carajo, Manolo, y no me busques la lengua. Esta mañana te pasaste delante de Cicerón y de Fabricio, así que estate tranquilo... Yo voy otra vez a la casa de ella, a lo mejor la camisa está allí todavía y no nos dimos cuenta. Cuando termines aquí me recoges, ¿está bien?

—No hay líos, Conde.

El teniente abandonó el vestíbulo de la dirección sin despedirse de la mirada vencida y casi suplicante del director. Salió al patio y avanzó hacia el fondo del edificio. Recorrió uno de los largos pasillos laterales del colegio y dobló hacia la derecha al llegar al final. Hacia la mitad del corredor se asomó sobre el balcón y comprobó que todavía era posible: cruzó una pierna sobre el muro y se dejó caer sobre un alero y luego, como lo hizo cada día de un año, utilizó las barras de las espaldas como escala para descender hasta el patio de educación física. Como siempre, la libertad y la calle estaban a un paso. Y el Conde corrió, como si en la carrera estuviera comprometido el mismísimo destino del valiente Guaytabó en su lucha mortal contra el malvado turco Anatolio o el temible indio Supanqui. Entonces oyó el silbido.

Siguiendo sus pasos brincaba el muro y descendía por las espalderas el autor de la llamada, que ahora corría a encontrarse con él.

—Lo vi por la ventana y pedí permiso para ir al baño —dijo José Luis y su pecho escuálido de fumador empedernido se agitó con el esfuerzo y las toses.

—Vamos para la calle —le propuso el Conde y caminaron hacia los laureles que crecían al fondo del Pre—. ¿Cómo estás? —le preguntó mientras le ofrecía un cigarro.

—Bien, bien —dijo, pero se movía nervioso y en dos ocasiones miró hacia el edificio que acababan de abandonar.

—¿Quieres que nos vayamos de aquí?

El muchacho lo pensó y dijo:

—Sí, vamos a sentarnos ahí al doblar.

El Flaco y yo, pensó el Conde, y escogió el quicio de la bodega donde él y su amigo solían sentarse después de las clases de educación física.

—Bueno, ¿qué pasó?

José Luis lanzó su cigarro hacia la calle y se frotó las manos, como si tuviera frío.

—Nada, teniente, que me quedé pensando desde el otro día con la descarga que usted me echó y el lío de que hay una persona muerta por el medio y me puse a pensar...

—¿Y?

—Nada, teniente, que... —repitió, y miró hacia el Pre—. Que pasan cosas que a lo mejor usted no sabe. La gente aquí es del carajo, hay una tonga que lo que quiere es escapar sin mucho lío y no calentarse la cabeza. Por eso todo el mundo le va a decir que la profesora Lissette era buena gente.

—No entiendo, José Luis.

El muchacho tuvo que sonreír.

—No me la ponga difícil, teniente, que cualquiera saca esta cuenta: con ella todo el mundo aprobaba... Ella hacía repasos dos o tres días antes del examen y ponía como ejercicios lo mismo que iba a salir en la prueba. ¿Me entiende? Vaya, cambiaba un por ciento, un elemento, una fórmula, pero era lo mismo y la promoción se le ponía por las nubes y era la más destacada.

—¿Y eso lo sabe mucha gente? ¿Alguien se lo dijo al director, por ejemplo?

—Yo no sé, teniente. Creo que una chiquita lo dijo en una reunión de militantes, pero como yo no soy militante... Pero no sé si lo dijeron en otra parte.

—¿Y qué más hacía?

—Bueno, cosas que no hacen otros maestros. Iba a fiestas de la gente del grupo, o del barrio, y bailaba con nosotros y se recostaba a uno, bueno, usted sabe...

—Pero es que ella no era mucho mayor que ustedes.

—Sí, eso es verdad. Pero a veces se le iba la mano en la apretadera. Y era una maestra, ¿no?

El Conde miró el fragmento del Pre que se veía entre el follaje de los árboles. Acostarse con una profesora siempre fue el sueño mejor cotizado de todos los alumnos que durante cincuenta años habían pasado por allí, incluido él, cuando soñaba con la profe de literatura y se decía que era la mismísima Maga de Cortázar. Miró a José Luis: sería pedir demasiado, pensó, pero le preguntó:

—¿Qué alumno se estaba acostando con ella?

José Luis volteó la cara, como sorprendido por un corrientazo. Se frotaba otra vez las manos y movía el pie, con un ritmo sostenido.

—Eso sí que no lo sé, teniente.

El Conde le puso una mano sobre el muslo y detuvo el temblor de la

pierna.

—Tú sí lo sabes, José Luis, y me hace falta que me lo digas.

—Que yo no lo sé, teniente —se defendió el flaco, tratando de recuperar la seguridad de su voz—, yo no andaba con el grupito de ella.

—Mira —dijo el Conde y sacó del bolsillo posterior de su pantalón una maltrecha libreta de notas—. Vamos a hacer una cosa. Confía en mí: nadie va a saber que estuvimos hablando de esto. Nunca. Ponme ahí los nombres del grupito más cercano a ella. Hazme ese favor, José Luis, porque si uno de ellos tuvo que ver con la muerte de Lissette y tú no me ayudas, después tú mismo no te lo vas a perdonar. Ayúdame —repitió el Conde, mientras le alargaba al muchacho la libreta y el bolígrafo. José Luis movió la cabeza, como diciendo, ¿por qué carajo salí del aula?

Si fueron el último acto de la creación, después de los seis días en que Dios experimentó con todo lo imaginable y de la nada creó el cielo y la tierra, las plantas y los animales, los ríos y los bosques, y hasta al hombre mismo, ese infeliz de Adán, las mujeres debían ser la invención más reposada y perfecta del universo, empezando por la propia Eva, que había demostrado ser mucho más sabia y competente que Adán. Por eso tienen todas las respuestas y todas las razones, y yo apenas una certeza y una duda: estoy enamorado, pero de una mujer a la que no logro conocer. En verdad, ¿quién eres, Karina?

Asomado al balcón, el Conde contemplaba otra vez la topografía intranquila de Santos Suárez, con los ojos puestos en el sitio del horizonte en que había ubicado la casa de Karina. La necesidad de penetrar a aquella mujer por el resquicio hasta ahora inviolable de su historia oculta comenzaba a convertirse en una obsesión capaz de acaparar los mejores impulsos de su inteligencia. Devolvió al bolsillo su

libreta de notas porque en aquel cuarto piso se sentía otra vez la presencia agobiante de la ventolera tórrida que no se decidía a dejar en paz las últimas flores de la primavera ni las melancolías perennes de Mario Conde.

Bajo el sol agresivo del mediodía las azoteas parecían páramos rojos, vedados para la vida humana. Un piso más abajo, frente al edificio, el Conde buscó la ventana que lo hizo furtivo espectador de un drama matrimonial y la encontró abierta, como el primer día, pero la escena había cambiado: tras una máquina de coser, aprovechando la claridad que entraba por la ventana, la mujer trabajaba serenamente, escuchando la conversación del hombre que se balanceaba en un sillón. Ahora representaban un teatro hogareño tan clásico y rebuscado que incluía la acción de beber el café de la misma taza. Final de telenovela, se dijo el Conde y cerró el ventanal del balcón y apagó las luces del apartamento. Por un momento trató de imaginarse otra vez lo que había sucedido en aquel lugar seis días atrás y comprendió que debió de haber sido algo terrible: como si allí se hubiera desatado la Cuaresma implacable que desde entonces castigaba a la ciudad. De pie, en la penumbra y ante la figura de tiza grabada en las lozas, el Conde vio la espalda del hombre que golpeaba a una mujer y, sin transición, se le aferraba al cuello y la exprimía, dolorosamente. Se había convencido de que sólo necesitaba tocar un hombro de aquella espalda de camisa blanca para ver una cara — una de tres caras posibles, las tres desconocidas— y poner fin a aquella historia que ya le estaba resultando excesivamente patética.

Bajó para esperar a Manolo, pero antes hizo un alto en el tercer piso. Tocó a la puerta del apartamento que estaba justo debajo del que ocupaba Lissette y después del segundo toque se vio enfrentado a una cara que le parecía remotamente familiar: un viejo, al que le calculó unos ochenta años, con unos pocos mechones de pelo gris y unas orejas como de

elefante dispuesto al vuelo, lo miraba por la puerta apenas entreabierta.

—Buenos días —dijo el Conde y extrajo del bolsillo su credencial policiaca—. Es por lo de la muchacha de los altos —explicó a la oreja de cartón corrugado que el viejo puso en primer plano y que se movió afirmativamente cuando su dueño se dispuso a abrir la puerta.

—Siéntese —lo invitó el anciano y el Conde entró en un sitio similar pero diferente al que acababa de abandonar. La sala del viejo tenía muebles de caoba y rejilla, sólidos y antiguos, que hacían juego con el aparador encristalado y la mesa de centro. Pero todo parecía recién torneado y barnizado por un exquisito maestro carpintero.

—Lindos muebles —admitió el Conde.

—Yo mismo los hice, hace casi cincuenta años. Y los mantengo así —dijo el viejo, y decididamente estaba orgulloso—. El secreto es limpiarlos con un paño húmedo con agua y alcohol, para quitarles el polvo, y no usar esos inventos que se venden como brilladores.

—Es bueno poder hacer cosas así, ¿verdad? Lindas y duraderas.

—¿Eh? —se lamentó el viejo, que había olvidado orientar sus embudos auditivos.

—Que son muy lindos —dijo el Conde, añadiendo algunos decibeles a su voz.

—Y no son los mejores que hice, qué va. A los Gómez Mena, los millonarios, ¿le suenan?, pues yo les hice la biblioteca y el comedor de ébano africano legítimo. Eso sí era madera: dura, pero noble para dejarse trabajar. Sabe Dios dónde fue a dar todo eso cuando ellos se fueron.

—Alguien los tendrá todavía, no se preocupe.

—No, no es que me preocupe. Qué carajo, a mi edad estoy inmunizado contra todo y ya no me preocupo por casi nada. Mear bien es mi mayor preocupación en la vida, ¿se imagina eso?

El Conde sonrió y, al ver un cenicero sobre la mesa de centro, se

atrevió a sacar un cigarro.

—Usted es isleño, ¿verdad?

La sonrisa del viejo mostró una dentadura devastada por la historia.

—De La Palma, la Isla Bonita. ¿Por qué me lo pregunta?

—Mi abuelo era pichón de isleño y usted se me parece a él.

—Entonces somos casi paisanos. A ver, ¿qué quieren saber ahora?

—Mire, el día que pasó eso allá arriba —dijo el Conde, le parecía inapropiado mencionar allí, donde estaba tan cercana, la palabra muerte —, hubo antes una fiesta o algo así. Música y tragos. ¿Usted vio subir a alguien?

—No, nada más oí la bulla.

—¿Y había alguien con usted aquí?

—Mi mujer, que ahora fue a hacer los mandados, pero la pobre, ella está más sorda que yo y no oyó nada... Cuando se quita el aparatico... Y ya mis hijos no viven aquí. Hace veinte años que viven en Madrid.

—Pero usted ha visto alguna de la gente que visitaba a Lisette, ¿verdad?

—Sí, algunas. Pero venían muchos, ¿sabe? Sobre todo muchachitos jóvenes. Mujeres muy pocas, ¿sabe?

—¿Muchachos con uniforme de escuela?

El Viejo sonrió, y el Conde también, porque descubrió en aquella sonrisa incompleta la misma picardía con que su abuelo Rufino le hablaba a las mujeres cuando le decían que eran divorciadas. Por aquel tipo de sonrisa el Conde pensó durante muchos años que todas las divorciadas eran putas.

—Sí, vi unos cuantos.

—¿Y si hiciera falta podría identificar a alguno?

El viejo dudó. Y finalmente negó con la cabeza.

—Creo que no: a los veinte años todo el mundo se parece... Y a los

ochenta también. Pero déjeme decirle una cosa, mi paisano, una cosa que no quise decirle a los otros, pero es que usted me cae bien. —Hizo una pausa para tragar y extendió hacia el Conde una mano de dedos robustos, con articulaciones como nudos torpes—. Esa muchacha no era una buena persona, no, se lo digo yo, que por ver en esta vida he visto hasta dos guerras. Y no es raro que se haya metido en ese lío. Una vez, en una de esas fiestas, daban unos brincos como si se hubieran vuelto locos, y parecía que el techo se me iba a caer arriba. Yo no me meto en la vida de nadie aquí, pregunte si quiere, pregunte..., porque tampoco permito que nadie se meta en mi vida. Pero ese día no me quedó más remedio que subir para decirle que no brincaran tan fuerte. Y sabe lo que me dijo: me dijo que si no me daba vergüenza estar protestando..., que lo que tenía que hacer era irme de aquí con mis hijos gusanos, que era un padre de gusanos y no sé cuántas cosas más, y que ella hacía en su casa lo que le daba la gana. Claro que estaba borracha, y me dijo eso porque era una mujer, porque si es un hombre yo mismo hubiera sido el que la hubiera matado... Total, ya yo estoy cumplido, ¿no? Y para tener dolores meando da lo mismo la cárcel que el Parque Central. Era mala, mi paisano, y una gente así puede sacar a cualquier hombre de sus casillas. Y le digo más... Míreme, soy un viejo de mierda que ya casi no puedo ni hablar y me duele hasta la comida que me trago, así que ya estoy aquí prestado. Pero me alegro de lo que le pasó, y se lo digo así, sin el menor remordimiento y sin esperar que Dios me perdone, porque sé hace rato que ese gilipollas no existe. ¿Y usted?

—Conde, Conde, Conde —brincaba Manolo, con un júbilo de niño en día de cumpleaños, cuando el teniente abandonó el edificio—. Creo que ahora sí lo tenemos aquí —dijo, mostrando un puño cerrado.



—A ver, ¿qué pasó? —preguntó el Conde, tratando de no mostrar demasiado entusiasmo. En realidad, la conversación con el viejo carpintero lo había deprimido: debe de ser terrible vivir pensando en la suerte de la próxima meada. Pero le gustaba la mezcla efervescente de odio y amor que todavía se agitaba en aquel hombre al borde de la tumba.

—Mira, Conde, si lo que encontré en las listas del Pre se comprueba, entonces esto es pan comido.

—Pero ¿qué fue, viejo?

—Oye bien. Anoté uno por uno los nombres de los alumnos de Lissette, empezando por los de este año, y luego salté para los del año pasado, que están ya en el último grado. Ahí me encontré a José Luis, que sacó noventa y siete puntos en química, y en todas las otras más de noventa y dos. Creo que es un buen alumno, ¿no? Y, bueno, la verdad, ya estaba cansado de poner nombres y notas y aquello no me daba ni frío ni calor, hasta que llegué al último nombre de la última lista del año pasado. Tú sabes que las listas están en orden alfabético, ¿no?

El Conde se pasó la mano por la cara. ¿Lo ahorco o lo degüello?, dudó.

—Acaba, compadre.

—Coño, Conde, no te desesperes, que lo bueno que tiene esto es el suspenso. Fue lo mismo que me pasó a mí. Apunta y apunta nombres y al final, cuando ya nada más quedaba un alumno, ahí estaba el nombre que puede resolver todo este mierdero.

—Lázaro San Juan Valdés.

La sorpresa del sargento fue espectacular: como si un perro lo hubiera mordido levantó los brazos y soltó los papeles, como un muchacho desilusionado.

—Coño, Conde, ¿pero tú lo sabías?

—Un pajarito me lo dijo en el oído cuando salí del Pre —sonrió el

Conde y le mostró la hoja de papel en la que aparecían tres nombres: Lázaro San Juan Valdés, Luis Gustavo Rodríguez y Yuri Samper Oliva—. Sí, San Juan, como Orlando San Juan, alias Lando el Ruso. ¿Cuántos San Juan habrá en La Habana?, ¿eh, Manolo?

—El coño de su madre, Conde. Tiene que ser —dijo Manolo, mientras corría tras las listas de nombres que el viento empezaba a arrastrar.

—Bueno, dale, vamos para la Central. Y pisa el acelerador si quieres, que hoy tienes permiso —dijo, aunque debió retirar la autorización apenas seis cuadras después.

—Oye, Conde, que tengo hambre, viejo.

—¿Y yo soy de palo?

—Pero no me hagas subir a mí ahora —rogó Manolo cuando entraban en la Central.

—Dale, ve a comer y di que me guarden aunque sea un pan con cosa. Yo voy para arriba.

El sargento Manuel Palacios tomó el pasillo que conducía al comedor, mientras su jefe oprimía el botón del ascensor. Las cifras, en la pizarra superior, marcaban el descenso del aparato, pero el Conde insistió hasta que el elevador abrió sus puertas y entonces marcó el cuarto piso. Ya en el corredor decidió hacer una escala necesaria en el servicio. No había orinado desde que se levantó, hacía casi seis horas, y vio con preocupación cómo caía en la taza un chorro de orina oscura y fétida, que levantaba una espuma rojiza. Estaré jodido de los riñones, pensó, mientras se sacudía con prisa. A lo mejor por eso estoy bajando de peso, y recordó al viejo carpintero y sus desasosiegos mingitorios.

Regresó al pasillo y empujó la puerta del Departamento de Drogas. La sala principal estaba vacía y el Conde temió que el capitán Cicerón estuviera en la calle, pero tocó en el cristal de la puerta de su oficina.

—Adelante —oyó decir y entonces hizo girar el picaporte.

En uno de los butacones de la oficina, el más próximo al buró, estaba sentado el teniente Fabricio. El Conde lo miró y su primera intención fue la de volver a salir, pero se detuvo: no había razones para una retirada y decidió ser amable, como una persona bien educada. Así mismo, se dijo.

—Buenas tardes.

—¿Qué hubo? —dijo el otro.

—¿Y el capitán?

—No sé —contestó, abandonando sobre el buró los papeles que leía —, creo que está almorzando.

—¿No sabes o crees? —preguntó el Conde, haciendo un esfuerzo por no parecer irónico ni grosero.

—¿Para qué lo quieres? —preguntó Fabricio, haciendo lenta la interrogación.

—Por favor, dime dónde está, que es urgente.

Fabricio sonrió para preguntar:

—¿Y no me vas a decir para qué lo quieres? Si es por lo de Lando, déjame decirte que yo estoy ahora al frente del caso.

—Ah, te felicito.

—Oye, Conde, tú sabes que no me gusta ni tu ironía ni tu prepotencia —dijo Fabricio y se puso de pie.

El Conde pensó contar hasta diez pero no hizo siquiera el intento. No había testigos y podía ser una buena ocasión para ayudar a Fabricio a resolver de una vez y por todas el problema de sus gustos en materia de ironía y prepotencia. Aunque me boten de la Central, de la policía, de la

provincia y hasta del país.

—Chico —dijo entonces el Conde—, ¿y a ti qué cojones te pasa conmigo? ¿Yo te gusto o a qué viene ese encarne?

Fabricio dio un paso para ripostar.

—Oye, Conde, los cojones te los metes. ¿Qué tú te crees?, ¿que este departamento es tuyo también?

—Mira, Fabricio, no es mío, ni es tuyo, pero yo me cago en la puta de tu madre —y dio un paso, cuando la puerta del despacho se abrió. El Conde volvió la cabeza y vio, detenida en el umbral, la figura del capitán Cicerón.

—¿Qué pasa aquí? —preguntó el recién llegado.

El Conde sentía que cada músculo de su cuerpo temblaba y temió que la rabia lo hiciera llorar. Un dolor de cabeza, llegado como una punzada feroz, se le había clavado sobre la nuca y ahora le alcanzaba la frente. Miró a Fabricio y con los ojos le prometió todos los horrores que pudo.

—Me hace falta verte, Cicerón —dijo al fin el Conde y tomó del brazo al capitán para salir de la oficina.

—¿Qué pasó allá adentro, Conde?

—Vamos para el pasillo —pidió el teniente—. No sé qué le pasa a este hijoeputa conmigo, pero no le aguanto una más. Te juro que le voy a partir la vida al muy maricón.

—Oye, tranquilízate. ¿Qué es lo que te pasa? ¿Tú estás loco o qué?

El dolor de cabeza, desbocado, aumentaba, pero el Conde sonrió.

—Olvídate de eso, Cicerón. Espérate —y buscó una duralgina en el bolsillo de su camisa. Se acercó al bebedero y la hizo descender con el agua. Del otro bolsillo extrajo el pote de pomada china y se la frotó en la frente.

—¿Te sientes mal?

—Un poco de dolor de cabeza. Pero ya se pasa. Oye, ¿qué tienes de

nuevo con Lando el Ruso?

Cicerón se recostó contra el ventanal del pasillo y sacó sus cigarros. Le ofreció uno al Conde y vio cómo las manos del teniente temblaban. Movi6 la cabeza en gesto de inconformidad.

—Ya empez6 a cantar. Le hicimos el careo con los tipos de Luyan6 y ellos lo reconocieron como el hombre que les vendi6 la marihuana en El Vedado.  lo acept6 y dio el nombre de otros dos compradores. Pero dice que la marihuana se la compr6 a un guajiro del Escambray. Creo que invent6 un personaje, aunque lo estamos verificando de todas maneras.

—Mira, en lo de la profesora me salt6 un nombre que puede tener relaci6n con Lando: Lázaro San Juan, un estudiante del Pre.

Cicer6n mir6 su cigarro y pens6 un instante.

—Y quieres hablar con él?

—Anj —asinti6 el Conde y volvi6 a frotarse otro poco de pomada china. El calor penetrante de aquel bálsamo oscuro empezaba a aligerar el peso de su cabeza.

—Pues para luego es tarde. Vamos.

Cicer6n abri6 la puerta del cubículo y llam6 a los custodios.

—Ya se lo pueden llevar —dijo y se situ6 junto al Conde para ver la salida de Lando el Ruso. El tono rojizo de la cara del hombre se había esfumado y ahora mostraba la palidez mezquina del miedo. Sabía que el cerco se cerraba y las preguntas inesperadas sobre su relaci6n con Lázaro San Juan habían ayudado a remover los cimientos de sus posiciones.

—Está maduro, Cicer6n —dijo el Conde y encendi6 el cigarro que había pospuesto durante el interrogatorio.

—Djalo que piense un poco. Ahorita lo vuelvo a subir. Y t qué vas a hacer?

—Voy a hablar primero con el Viejo. Que Lázaro sea sobrino de Lando puede ser una bomba en el Pre y quiero que me repita al oído que me da carta blanca para llegar hasta donde tenga que llegar. Puede haber lluvia de mierda en La Víbora. ¿Vas conmigo?

—Sí, vamos, para ver cómo sale esto. Oye, Conde, si Lando está tapando a alguien debe de ser porque es alguien fuerte.

—¿Tú también crees que hay una mafia?

—¿Quién más cree eso?

—Un amigo mío...

Cicerón pensó un instante antes de responder.

—Si una mafia es un grupo de gente organizada en el negocio, pues creo que sí la hay.

—¿Una mafia criolla, de marihuaneros y afines? No jodas, Cicerón. ¿Te los imaginas con luparas y comiendo espaguetis napolitanos aquí en Cuba, en 1989, con lo difícil que se ha puesto la salsa de tomate?

—Pues sí jodo, porque se tiene que estar moviendo mucha plata y esa droga no salió del Escambray ni la pescaron en un cayó. Eso llegó directamente a las manos de la gente que la podía poner a circular. Detrás de esto hay algo bien organizado, me la juego a que sí.

Los pasillos y las escaleras formaban un laberinto irritante para la prisa del Conde. A cada paso había que abrir una puerta para enseguida encontrarse frente a otra. La última fue la de la jefatura, en el piso más alto de la Central, donde Maruchi hablaba por teléfono sentada tras su buró.

—Pepilla, me hace falta ver al mayimbe —dijo el Conde y apoyó los nudillos sobre la mesa.

—Salió hace como una hora, Mario.

El Conde resopló y miró a Cicerón. Se mordió el labio superior antes de continuar.

—¿Y dónde está ese hombre, Maruchi?

La muchacha miró al Conde y luego a Cicerón. Su respuesta se demoraba demasiado para la ansiedad del teniente.

—Pero, hija mía... —se lanzó el Conde y ella lo interrumpió.

—¿Entonces tú no sabes nada?

Preguntó y el Conde se irguió. Su alarma automática empezó a sonar.

—¿Qué cosa?

—Está puesto allá abajo en la tablilla... Que se murió el capitán Jorrín. A las once de la mañana. Le dio un infarto masivo. El mayor Rangel está para allá.

Estaba jugando en el patio. No sé por qué no andaba ese día con el abuelo Rufino, o en la esquina armando un piquete de pelota con los otros mataperros o durmiendo la siesta como mi madre quería, Mira qué flaco estás, se asombraba, seguro tienes lombrices. Y yo estaba *justamente* en el patio, *precisamente* sacando lombrices de tierra para echárselas a los gallos finos que se las bebían, cuando la vieja Amériida entró corriendo *exactamente* por el pasillo de su casa que daba a mi patio y gritando a voz en cuello: «Mataron a Kennedy, mataron al hijoeputa ese». Desde ese día tuve noción de que existía la muerte, y sobre todo de su insoportable misterio. Creo que por eso el cura de la iglesia del barrio no protestó cuando yo decidí abandonar la religión por la pelota a causa de mis dudas sobre su explicación mística acerca de las fronteras de la muerte: la fe no me bastaba para aceptar la existencia de un mundo eterno y estratificado de buenos al cielo, regulares al purgatorio, malos al infierno e inocentes directo al limbo, a vagar para siempre, como solución teórica a lo que nadie había vivido ni contado, a pesar de que hice mis concesiones cuando llegué a imaginarme que el alma es como un saco transparente,

lleno de un gas rojizo y tenue, que está colgado de las costillas, al lado del corazón y por eso sale flotando al momento de la muerte, como un globo fugitivo. Sólo me convencí desde entonces de la inevitabilidad de la muerte y, sobre todo, de su larga presencia y del vacío real que deja su llegada: no hay nada, es la nada, y por eso tantas gentes en el mundo se consuelan de un modo u otro tratando de imaginar algo distinto a la nada, porque la sola idea de que el tránsito del hombre por la tierra sea apenas una breve estadía entre dos nada ha sido la mayor angustia humana desde que se tuvo conciencia de existir. Por eso no puedo acostumbrarme a la muerte y siempre me sorprende y me aterra: es la advertencia de que la mía está cada vez más cercana, de que las muertes de mis vivos queridos también se aproximan y de que entonces todo lo que he soñado y vivido, amado y odiado, también se esfumará en la nada. ¿Quién fue, qué hizo, qué pensó el abuelo de mi tatarabuelo, aquel hombre del que no queda ni su apellido ni sus huellas? ¿Quién será, qué hará, qué pensará mi presunto tataranieta de finales del siglo XXI —si es que llego a engendrar al que debe ser su bisabuelo? Es terrible desconocer el pasado y poder actuar sobre el futuro: ese tataranieta sólo existirá si yo inicio la cadena, como yo existí porque aquel abuelo de mi tatarabuelo continuó una cadena que lo ataba al primer mono con cara de hombre que puso los pies en —sobre— la tierra. Hamlet y yo ante la misma calavera: no importa que se llame Yorik y haya sido bufón, o Jorrín y haya sido capitán de policías, o Lisette Núñez y haya sido una alegre buscona de fines del siglo XX. No importa.

—¿Qué vamos a hacer, Conde? Regálame un cigarro, anda.

Manolo tomó el cigarro mientras miraba hacia el parque donde se había reunido el grupo de muchachos recién salidos de la escuela. Las



camisas blancas formaban una nube baja, hiperquinética, trabada entre los bancos y los árboles. Unos muchachos iguales que éstos, recordó el Conde, tan próximos y tan distantes de la solemnidad de la muerte.

—Voy a esperar a que el Viejo salga de allá dentro para hablar con él.

Del interior de la funeraria brotaba un vaho inconfundible que enfermaba al Conde. Había entrado un instante y, entre las flores y los familiares, observó de lejos la caja gris en que estaba encerrado Jorrín. Manolo se había asomado al borde del ataúd para verle el rostro, pero el Conde se mantuvo a buena distancia: ya resultaba demasiado alarmante la idea de que iba a recordar a Jorrín en una cama de hospital, pálido y adormecido, para sumar ahora la escatológica posibilidad de verlo definitivamente muerto. Demasiados muertos. Al carajo, se había dicho el Conde, negándose a ofrecer condolencias a los familiares, y buscó el aire de la calle y la imagen de la vida, sentado en la escalera que daba al parque y a la avenida. Hubiera querido estar lejos de allí, fuera del alcance y la memoria de aquel rito absurdo y melodramático, pero decidió montarle guardia al mayor.

—¿Y hasta cuándo va a estar jodiendo este viento? Ya no lo resisto más —protestó el Conde, cuando un viejo, con un pomo mediado de café en la mano, descendió por la escalera y se acercó a los dos policías. Movía la boca constantemente, como si masticara algo leve pero indestructible, mientras sus cachetes bombeaban aire o saliva a un ritmo pausado y monótono, hacia el motor que lo mantenía en pie. Llevaba un saco gris de muchísimos otoños y un pantalón negro, con marcas de orines mal escurridos en la periferia de la portañuela.

—¿Me regala un cigarrito, compañero? —dijo el viejo, tranquilamente, e inició un gesto, como para recibir el cigarro pedido.

El Conde, que siempre había preferido pagar un trago de ron a un borracho que regalarle un cigarro a un pedigüeño, lo pensó un instante y

se dijo que le gustaba la dignidad con que el viejo exigía. La mano que esperaba el cigarro tenía las uñas rosadas y limpias.

—Agarre, abuelo.

—Gracias, mijo. Como hay coronas hoy, ¿verdad?

—Sí, bastantes —admitió el Conde mientras el anciano encendía el cigarro—. ¿Usted viene aquí todos los días?

El viejo levantó el pomo de café.

—Compro cinco reales de café y con esto tiro hasta por la noche. ¿Quién se murió hoy? Tiene que ser importante, porque casi nunca hay tantas flores —dijo, y bajó la voz hasta ubicarla en el tono de las confidencias—. El problema es que está flojo el suministro de flores y por eso están limitadas las coronas y a veces se demoran tanto que yo he visto cantidad de velorios sin flores. Y no es que a mí me importe, qué va. Cuando me muera me da igual que me pongan flores que mierda de vaca. El que se murió hoy era pincho, ¿verdad?

—No tanto —concedió el Conde.

—Bueno, eso tampoco importa, ya se jodio, el pobre. Gracias por el cigarro —dijo el viejo, otra vez en su entonación habitual, y continuó su descenso.

—Está más loco que el carajo —comentó entonces Manolo.

—No tanto —concedió otra vez el Conde, cuando vio detenerse un carro de la Central en uno de los costados del parque y recordó el origen del dolor de cabeza que ni la prodigiosa combinación de dos duralginas y varias capas de pomada china habían logrado vencer. Del auto descendieron cuatro hombres, dos de ellos uniformados. Por la puerta trasera derecha salió Fabricio y el Conde se alegró de verlo vestido de civil, porque en ese instante pensó que hay cosas que los hombres siempre han debido resolver del mismo modo, y la solución de aquella historia tenía que llegar ya a su capítulo final. A ver a cómo tocamos,

pensó.

—Espérame aquí —le dijo a Manolo y bajó hacia la calle.

—¿Adónde...? —comenzó a preguntar el sargento, cuando comprendió las intenciones del Conde. Entonces soltó su cigarro y corrió en sentido opuesto, hacia el interior de la funeraria.

El Conde atravesó la callecita que separaba la funeraria del parque y se acercó al grupo de hombres que venía en el auto. Con un dedo indicó a Fabricio.

—No terminamos de hablar por el mediodía —le dijo, y con un gesto le propuso que se separara del grupo.

Fabricio se alejó de sus acompañantes y siguió al Conde hacia una esquina del parque.

—A ver, ¿qué es lo que tú quieres? —le preguntó el Conde, que sólo en ese instante recordó que hacía muchos años, para defender su comida en una escuela al campo, había tenido su última bronca callejera, durante la que recibió la ayuda de Candito el Rojo. Todavía debía agradecerle a Candito que aquel día los tres ladrones no lo molieran a golpes—. Dime, Fabricio, ¿qué es lo que te pasa conmigo?

—Oye, Conde, ¿quién tú te has creído que eres?, ¿eh? ¿Tú te crees que eres mejor que nadie o que...?

—Oye, yo no me creo ni pinga. ¿Qué es lo que tú quieres? —repitió y antes de pensar lo que hacía se lanzó en busca de la cara de Fabricio. Quería golpearlo, sentir que se deshacía entre sus manos, hacerle daño y no volver a verlo ni a oírlo nunca más. Fabricio intentó esquivar el golpe, pero el puño del Conde lo atrapó por el costado del cuello y lo hizo retroceder, apenas dos pasos, y entonces la izquierda del Conde se le clavó en un hombro. Fabricio lanzó un manotazo de revés y acertó en pleno rostro de su atacante. Un calor remoto, que creía olvidado, resurgió en las mejillas del Conde como una explosión: los golpes en la cara lo

enloquecían y sus brazos se convirtieron en dos aspas desquiciadas que lanzaban puñetazos hacia la masa roja que veía frente a él, hasta que una fuerza extraña intervino para alzarlo y suspenderlo en el aire: el mayor Rangel había logrado atraparlo por las axilas y sólo entonces el Conde se percató del coro de estudiantes que se había formado alrededor de ellos, alentándolos al combate.

—Dale, por la quijá.

—Coño, qué galletaza.

—Yo le voy al de la camisa de rayas.

—¡La galleta, la galleta!

Y una voz ronca, que le decía en su oído, con una modulación desconocida.

—Te voy a tener que matar, coño —para inmediatamente variar la inflexión y decir, casi en un susurro—: Está bueno ya, está bueno ya.

—Mira, Mario Conde, no voy a discutir ahora contigo lo que pasó, no quiero ni oírte hablar de eso. No quisiera ni verte, coño. Yo sé que tú querías a Jorrín, que estás tenso, que tienes un caso complicado, hasta sé que Fabricio es un comemierda, pero lo que tú has hecho no tiene perdón de Dios, y por lo menos yo no te lo voy a perdonar, aunque te quiera como a un hijo. No te lo voy a perdonar, ¿me entiendes? Préstame tu fosforera, creo que la mía se me perdió con el lío que tú armaste. Ya es el último tabaco que me queda y el entierro es mañana por la mañana. Pobre Jorrín, me cago en diez. No, ni hables te dije, déjame encender el tabaco. Coge tu fosforera. Oye, ¿no te dije bien claro que estuvieras más tranquilo que una monja? ¿No te advertí que no quería ningún problema? Y mira tú con la que me sales ahora: a piñazos con un oficial, en medio de la calle, delante de una funeraria donde está toda la gente de la

Central. ¿Pero tú estás loco o eres comemierda? ¿O las dos cosas...? Bueno, después hablamos de esto, y prepara el culo para agarrar patadas. Te lo advierto. Y no te echas más pomada china que no te voy a coger lástima... Coño, pero si es que ahorita tienes cuarenta años y te portas como un muchacho... Mira, Conde, sí, después hablamos de esto. Ahora procura hacer bien el trabajo. Tú lo puedes hacer bien. Quédate tranquilo esta noche y mañana, después del velorio, vas a buscar a ese muchacho a su casa. Ya para esa hora se debe saber qué es lo que sabe el guajiro del Escambray que mencionó Orlando San Juan. El muchacho tiene clases por la tarde, ¿no? Bueno, pues lo traes para acá y que la gente de Cicerón le haga un registro a ver si aparece droga en su casa, porque a lo mejor es allí donde la guarda el Ruso. Pero tú acuérdate de que es un muchacho del Pre, así que llévalo suave, pero amarrado bien cortico, y sácale hasta el nombre de la comadrona que lo trajo al mundo. Hay que saber si por fin Lando tiene alguna relación con la maestra o si fue el muchacho quien metió la droga en casa de la profesora, y hasta dónde circuló esa marihuana en el Pre. Esta historia ligada con el Pre me aterra, por mi madre que sí... Y creo que tú tienes razón, la pista de la marihuana va a resolver lo del asesinato, porque sería mucha casualidad que el de la droga no fuera el asesino, en un caso donde por fin no hay violación ni hay robo, y yo me cago en las casualidades. ¿Te duele la cara? Pues jódete. Lo único que hubiera querido es que Fabricio te hubiera reventado a piñazos, que es lo que yo tengo ganas de hacer. Dale, muévete, y anda al hilo, que ahora sí tú vas a entrar en cintura o yo dejo de llamarme Antonio Rangel. Mira: por ésta te lo juro.

La depresión es un fardo pesado sobre los hombros que lo sigue hundiendo cuando se deja caer en la cama y cierra los ojos con la

esperanza de sentir la huida del dolor de cabeza. La depresión es un agobio en las muñecas y en las rodillas, en el cuello y en los tobillos, como fatigados por una gigantesca tarea. No tiene fuerzas para rebelarse y gritar «Me cago en la mierda», «Váyanse para el carajo», o para olvidarse de todo. La depresión sólo tiene una cura y él la conoce: la compañía.

Cuando salió de la Central ya el Conde iba cargado con aquella depresión agobiante. Sabía que había violado un código, pero otro código más acendrado en él lo había lanzado sobre Fabricio. Entonces, para combatir la depresión, hizo una escala en un bar, pero comprendió, con el primer trago, que el escape en solitario por vía alcohólica tampoco tenía sentido. Se sintió ajeno a las alegrías y pesares de los otros parroquianos que de trago en trago profundizaban en sus confesiones necesarias: el ron era un vomitivo de incertidumbres y esperanzas y no una simple poción para el olvido. Por eso pagó, dejó a medias el trago y regresó a su casa.

Buscando el alivio posible, el Conde marca por primera vez el número de teléfono que le mencionó Karina, ocho días antes, cuando se conocieron junto a un Fiat polaco ponchado. La memoria puede reproducir la cifra y el timbre suena lejano, apagado.

—Oigo —dice una voz de mujer. ¿La madre de Karina?

—Por favor, con Karina.

—No, ella no ha estado por aquí hoy. ¿Quién la llama?

¿Quién?, se pregunta.

—Un amigo —dice—. ¿A qué hora llega?

—Ah, no, no sé decirle...

Una pausa, un silencio, el Conde piensa.

—¿Usted podría apuntar un número de teléfono?

—Sí, un momento... —debe de estar buscando dónde y con qué—, a ver, dígame.

—409213

—Cuatro-cero-nueve-dos-uno-tres —verifica la voz.

—Anjá. Que Mario va a estar ahí después de las ocho. Que espera su llamada.

—Está bien.

—Muchas gracias —y cuelga.

Hace el esfuerzo y se pone de pie. En el camino hacia el baño se va desvistiendo y deja caer la ropa en cualquier sitio. Entra en la poceta de la ducha y antes de someterse al tormento del agua fría mira por la pequeña ventana. Afuera cae la tarde. El viento sigue barriendo polvos, suciedades y melancolías. Adentro se han estancado el odio y la tristeza. ¿Es que no va a parar nunca?

Al pasar frente a la casa de Karina, el Conde comprobó que el Fiat polaco anaranjado no estaba allí. Faltaban quince minutos para las ocho, pero decidió que ya habría tiempo para preocuparse. Desde la acera miró la ventana del portal, sin recatos de espía, y sólo vio los mismos helechos y las malangas, ahora dorados por la luz de una lámpara incandescente.

En la casa del Flaco, como siempre, la puerta estaba abierta y el Conde entró, preguntando:

—¿A qué hora se come aquí? —Y llegó hasta la cocina, donde el Flaco y Josefina, como actores del teatro bufo, lo esperaban con las manos sobre la cabeza y los ojos bien abiertos, como diciendo: «No puede ser».

—No, no puede ser —dijo el Flaco, con la entonación del personaje que representaba y al fin sonrió—. ¿Tú eres adivino?

El Conde avanzó hacia Josefina, le dio un beso en la frente y preguntó, acentuando su inocencia.

—¿Por qué adivino?

—¿Tú no hueles, chico? —preguntó la mujer y entonces el Conde se asomó con cuidado, como al borde de un precipicio, sobre la boca de la olla que estaba en el fogón.

—No, mentira, ¡tamal en cazuela! —gritó y descubrió que ya no le dolía la cabeza y que la depresión podía ser curable.

—Sí, mijo, pero no es un tamal cualquiera: es de maíz rayado, que es mejor que molido, y lo colé para que no tuviera paja y le eché calabaza para darle cuerpo y además tiene carne de puerco, pollo y unas costillitas de res.

—¡Coñó! Y miren lo que yo traigo aquí —dijo, descubriendo del cartucho la botella de ron: Caney de tres años, refulgente y perlado.

—Bueno, si es así creo que te podemos invitar —admitió el Flaco y movió la cabeza hacia los lados, como buscando el consenso de muchos convidados—. ¿Y de dónde tú sacaste eso, salvaje?

El Conde miró a Josefina y le pasó un brazo por los hombros.

—Mejor no averigües, que tú no eres policía, ¿verdad, José? —Y la mujer sonrió, pero tomó la barbilla del Conde y le ladeó la cara.

—¿Qué te pasó ahí, Condesito?

El Conde dejó la botella sobre la mesa.

—Nada, me di con un palo de trapear. Mira, lo pise... —Y con artes de mimo trató de reproducir el origen del rasguño que la sortija de Fabricio le había hecho en el pómulos.

—Oye, salvaje, ¿de verdad fue eso?

—Ah, Flaco, no jodas más... ¿Quieres ron o no? —preguntó y miró el reloj. Iban a dar las ocho de la noche. Debe de estar al llamar.

El tema musical indicaba que había terminado la angustia que cada



noche proponía la telenovela brasileña, pero el Conde acudió al juicio del reloj: las nueve y media. Dejó caer la cabeza en la almohada, con cansancio, pero estiró la mano con el vaso cuando sintió que el Flaco se servía más ron.

—Se acabó —anunció el otro, con el tono de voz de las malas noticias—. Verdad que has tenido un día cabrón, tú.

—Y lo que me espera con el Viejo. Y mañana con ese muchacho. Y esta hija de puta que no acaba de llamar. ¿Dónde estará metida, asere?

—Oye, no jodas más con esa cantaleta, ahorita aparece...

—Es demasiado, Flaco, es demasiado. Me di cuenta hoy cuando el Viejo me dijo que esperara hasta mañana para interrogar al muchacho y yo acepté. Yo tenía que haberlo buscado hoy mismo, pero es que quería verla a ella. Qué desastre.

El Conde se incorporó para sorber las gotas de ron que quedaban en el fondo del vaso. Como siempre, lamentó no haber comprado otra botella: aquellos 750 mililitros de alcohol eran insuficientes para las venas endurecidas de aquel dúo de altos promedios etílicos. Porque ya había tragado media botella de ron y su sed seguía inalterable, tal vez hasta más excitada, y pensó que en lugar de alcohol había estado bebiendo incertidumbre y desesperación. ¿Cuánto más iba a tener que tomar para asomarse por fin al borde del dique y derramarse hacia la inconsciencia que volvía a ser la meta de aquella sed infinita?

—Tengo ganas de emborracharme, Flaco —dijo entonces y dejó caer el vaso sobre el colchón—. Pero de emborracharme como un animal y caerme en cuatro patas y mearme en los pantalones y no pensar más nunca en mi vida. Pero más nunca...

—Sí, tú, creo que te hace falta —coincidió el otro y terminó su ron—. Y estaba bueno esto, ¿eh? Es uno de los pocos rones con vergüenza que quedan en el mundo. ¿Tú sabes que éste es el verdadero Bacardi?

—Oye, que ya me sé el cuento: que es el mejor del mundo, que es el único Bacardi legítimo que se fabrica y toda esa historia. A mí ahora no me importa: quiero cualquier ron. Quiero alcolite, quiero vino seco, alcohol boricado, vino de verdolaga, gualfarina, cualquier cosa que vaya directo a la cabeza.

—Estás de bala, ¿no? Te lo dije el otro día: estás enamorado como un perro, coño. Y eso es nada más porque la mujer no ha llegado del trabajo. Dime tú si te bota...

—Oye, ni lo digas, que no quiero ni pensarlo... Es que hoy era cuando me hacía falta de verdad. Mira, dame acá dinero para completar. Voy a discutirme un litro donde sea —dijo y se puso de pie. Buscó el cartucho que había traído y guardó otra vez la botella vacía.

En la sala, Josefina veía el programa *Escriba y Lea*. Los panelistas debían descubrir un personaje histórico, latinoamericano, por más señas cubano, del siglo xx. Un artista, lograban saber ahora.

—Debe de ser Pello el Afrokán —dijo el Conde y se acercó a la mujer—. ¿Supiste algo, José?

Sin mover los ojos del televisor, Josefina negó con la cabeza.

—Ay, mijo, llevo dos días sin moverme de aquí. Mira quién era el personaje histórico —dijo entonces, señalando con la barbilla hacia la pantalla del televisor—. El payaso Chorizo. Esto es una falta de respeto con esos profesores que saben tanto.

Antes de salir, el Conde le dio un beso en la frente y le anunció su pronto regreso —con más ron.

En la esquina se detuvo y dudó. Hacia la izquierda lo llamaban dos bares y hacia la derecha estaba la casa de Karina. En toda la cuadra sólo había parqueado un camión y se ilusionó pensando que tal vez detrás estaría el Fiat polaco. Dobló a la derecha, pasó frente a la casa de la muchacha que seguía cerrada y entonces descubrió el vacío detrás del

camión. Caminó hasta la esquina y dio media vuelta, para pasar otra vez frente a la casa. Quería entrar, tocar, preguntar, Yo soy policía, coño, ¿dónde está metida?, pero el último ripio de orgullo y cordura detuvo aquel impulso de adolescente cuando puso la mano sobre la reja del jardín. Siguió calle abajo, en busca del ron y del olvido.

—Asere, y no llamó —logró decir y tuvo fuerzas para levantar el brazo y volver a tragar. La segunda botella de aguardiente también expiraba cuando de la sala llegó el clarín del Himno Nacional que remataba el final de las transmisiones.

Josefina, de pie en la puerta del cuarto, observó la hecatombe y mecánicamente se santiguó: los dos, sin camisa, cada uno con su vaso en la mano. Su hijo, inclinado sobre un brazo del sillón de ruedas, con todas sus masas desbordadas y húmedas, y el Conde, sentado en el piso, con la espalda recostada a la cama, sufriendo los últimos estertores de un ataque de tos. En el suelo, un cenicero humeante como un volcán y los cadáveres de dos botellas y el epílogo de otra.

—Se están matando —dijo la mujer y recogió la botella de aguardiente. Salió, fugitiva. Aquellas escenas le oprimían el corazón porque sabía que estaba diciendo la verdad: se estaban suicidando, cobarde pero decididamente. Ya no quedaba nada, salvo el amor y la fidelidad, de aquellos tiempos en los que el Flaco y el Conde pasaban las tardes y las noches, en esa misma habitación, escuchando música a volúmenes sobrehumanos mientras discutían de muchachas y de pelota.

—Pues si no llamó, me voy pal carajo.

—Pero tú estás loco, tú. ¿Cómo te vas a ir así?

—Así con el culo en el piso no. Caminando —y comenzó el improbable esfuerzo por recuperar la verticalidad. Fracasó un par de

veces, pero al final lo consiguió.

—¿Te vas de verdad?

—Sí, bestia, me voy echando. Me voy a morir solo como un perro callejero. Pero acuérdate de una cosa: yo a ti te quiero con cojones. Tú eres mi hermano y eres mi socio y eres flaco y mi hermano —dijo y, tras abandonar el vaso sobre la mesa de noche, abrazó la sudada cabeza del amigo y le dio un beso mojado sobre el pelo, mientras las manos macizas del Flaco se apretaban contra los brazos que lo estrechaban, cuando el beso se convirtió en un sollozo ronco y enfermizo.

—Coño, mi hermano, pero no llores. Nadie se merece que tú llores. Despinga a Fabricio, mátala a ella, olvídate de Jorrín, pero no llores, porque si no yo también voy a llorar, tú.

—Pues llora, cabrón, que yo no puedo parar.

\* \* \*

El viento soplabla del sur, transportando vapores de flores mustias y petróleo quemado, efluvios de muertes recientes y de muertes remotas, cuando los autos y las guaguas se detuvieron en la avenida principal del cementerio. El coche fúnebre se había adelantado unos metros para permitir que los dolientes pusieran en práctica su experiencia de tantos años y formaran una cola espontánea y disciplinada, sin números ni temores a quedar con las manos vacías, preparados para seguir al féretro hasta su fosa definitiva. La fila la encabezaban la mujer y los dos hijos de Jorrín, a los que el Conde tampoco conocía, y el mayor Rangel y otros oficiales de alta graduación, todos vestidos con sus uniformes y grados. Era un espectáculo demasiado triste para la sensibilidad lastimada del Conde: le dolían la cabeza, el hígado y hasta el alma y el corazón; y cuando llegaron a la altura de la capilla central del cementerio, le dijo a Manolo:

—Sigue tú, yo los alcanzo —y se apartó de la procesión que continuó su avance de serpiente con sueño. El sol le hería las pupilas, venciendo la protección de los espejuelos oscuros, y el Conde buscó la sombra de un sauce llorón para sentarse en un contén de la acera. Era de los pocos oficiales que no había asistido a la ceremonia de completo uniforme y debió acomodarse mejor la pistola cuando se dejó caer sobre el pequeño muro. El silencio del cementerio era compacto y el Conde lo agradeció. Ya tenía bastante con los ruidos interiores, y se negó a escuchar el panegírico más o menos imaginable con que despedirían el duelo del capitán Jorrín. ¿Buen padre, buen policía, buen compañero? Al cementerio no se viene a aprender esas cosas, menos cuando ya se saben. Encendió un cigarro y vio, del otro lado de la capilla, al grupo de mujeres que cambiaba las flores de una tumba y limpiaban el polvo de la losa. Parecía un acto social más que de recogimiento y el Conde recordó que le habían comentado sobre la existencia de una Milagrosa, allí en el

cementerio, a la que mucha gente se acercaba para pedirle su misterioso y frecuente socorro de espíritu comprensivo y a la altura de los tiempos. Se puso de pie y avanzó hacia las mujeres. Había tres sentadas en un banco junto a la tumba y dos que continuaban empeñadas en la limpieza, barriendo ahora las hojas y la tierra traída por el viento, organizando mejor los ramos de flores en los búcaros de barro. Todas llevaban la cabeza cubierta por un pañuelo negro, como uniformadas de infatigables aldeanas gallegas, y se cruzaban informaciones sobre rumores más o menos veraces de una próxima reducción de la cuota semanal de huevos y su seguro aumento de precios. Sin pedir permiso el Conde ocupó el banco más próximo al de las mujeres y observó la tumba sobre la que había flores, velas, rosarios de cuentas negras y la foto borrosa de una mujer, protegida por un marco con cristal.

—Es la Milagrosa, ¿verdad? —preguntó el policía a la mujer más próxima a él.

—Sí, señor.

—¿Y ustedes cuidan la tumba?

—Nos toca una vez al mes. La limpiamos, la cuidamos y le explicamos a los que vienen a pedir algo.

—Yo quiero pedir algo —dijo entonces el Conde.

Tal vez no tenía aspecto de pagador de promesas, porque la mujer, una negra sesentona con brazos de jamón blando, lo miró un instante antes de hablar.

—Ella ha dado muchos testimonios de su poder. Y algún día la Iglesia la va a reconocer como lo que es: una santa milagrosa, una criatura amada del Señor. Si usted puede traerle flores, velas, cosas así, es mejor para pedir, porque le ilumina el camino, pero en verdad lo único que hace falta es tener fe, mucha fe, y entonces pedirle ayuda a Ella y rezar alguna oración. Un Padrenuestro, un Ave María, la que más le guste a usted. Y

pedir desde el corazón, con mucha fe. ¿Me entiende?

El Conde asintió y recordó a Jorrín. Ya debían de estar despidiéndolo, seguramente el Viejo, que había sido su compañero durante treinta años, hablaría de su impecable hoja de servicios a la sociedad, a la familia y a la vida. Entonces miró la tumba que estaba frente a él y trató de recordar una oración. Si iba a pedir, pediría en serio, tratando de rescatar los ripios dispersos de su fe de renegado, pero no logró pasar de los primeros versos del Padrenuestro que ahora se le confundía con fragmentos del «Padrenuestro Latinoamericano» de Benedetti, que tan popular se hizo en su época de la universidad, cuando se decretó una urgente latinoamericanización cultural y los estridentes grupos de rock se trasmutaron en cultores no menos lamentables y camaleónicos del remoto folklor andino y del altiplano, con quenás, tamboriles y ponchos incluidos, y en lugar del inglés algunos cantaron hasta en quechua y en aymar. Pero ahora lo que importaba era la fe. ¿Cuál fe? Yo soy ateo, pero tengo fe. ¿En qué? En casi nada. Demasiado pesimismo para dejar algún espacio a la fe. Pero tú me vas a ayudar, ¿no, Milagrosa? Anjá. Yo sólo te voy a pedir una cosa, pero es una cosa muy grande, y como tú haces milagros, tú me vas a ayudar, porque me hace falta un milagro del tamaño de este cementerio para conseguirlo, ¿me entiendes?... Ojalá me entendieras y me oyeras: yo quiero ser feliz. ¿Es pedir mucho? Ojalá que no, pero no te olvides de mí, Milagrosa, ¿está bien?

—Muchas gracias —le dijo a la negra cuando se puso de pie. Ella no había dejado de mirarlo y sonrió.

—Vuelva cuando quiera, señor.

—Creo que voy a volver —dijo y saludó con la mano a las mujeres, que habían cambiado el tema de los huevos por el del pollo, que seguía sin venir a la carnicería. Lo mismo de siempre: ¿el huevo o la gallina? Regresó a la avenida central del cementerio y vio, a la derecha, el grupo

que regresaba del entierro. Se acomodó los espejuelos y fue en busca del auto con la esperanza de poder sentarse. Se sentía débil y ridículo y sabía que se estaba ablandando. Es como si me derritiera. Mierda de tipo. Probó con su puerta y la encontró cerrada, igual que la de Manolo. Sobre el asiento trasero vio la antena del radio. Este no confía ni en los muertos, pensó. Y pensó: ¿Me concederá el milagro?

—¿Cómo salió la cosa?

El Greco, vestido de uniforme, los esperaba bajo el almendro plantado junto a la entrada del parqueo de la Central. Apenas esbozó un saludo cuando el Conde se acercó y le respondió.

—Sin problemas. Llegamos a su casa a las ocho, como nos dijo Manolo, llamamos a la madre, le explicamos que era una investigación de rutina por lo de Orlando San Juan, y luego lo llamamos a él, que todavía estaba durmiendo. El registro de la gente de Cicerón no dio nada, Conde.

—¿Qué te pareció él?

—Tiene la boca un poco dura, protestó al principio, pero creo que es pura fachada.

—¿Le dijeron algo más?

—No, más nada. Crespo lo tiene allá arriba en tu cubículo. Ya todo está preparado como nos dijeron.

—Arriba, Manolo —dijo entonces y entraron en el edificio, prácticamente vacío a aquella hora habitualmente agitada. Encontraron el elevador detenido en el vestíbulo y con las puertas abiertas. ¿Ya empezaron los milagros?, se preguntó el Conde y oprimió el botón de su piso. Cuando salieron al corredor, el sargento Manuel Palacios respiró hasta llenarse los pulmones, como un clavadista que se dispone al salto.



—¿Empezamos?

—Métele mano —dijo el Conde y lo siguió.

Manolo abrió la puerta del cubículo donde estaban sentados Lázaro San Juan y el calvo Crespo. Crespo se puso de pie y saludó a Manolo, con cierta marcialidad.

—Tráelo, Crespo —pidió el sargento.

El Conde, todavía en el corredor, vio salir al muchacho. Lo habían esposado y llevaba las manos al frente.

—Quítele las esposas —ordenó a Crespo y observó el rostro de Lázaro San Juan; aunque no guardaba ningún parecido con Lando el Ruso, tenían cierto aire de familia: la mirada como perdida y la boca, casi recta y sin labios. Aquel muchacho aparentaba más edad que los dieciocho años recién cumplidos. Su cuerpo tenía una estructura ósea firme y adulta, cubierta de músculos bien desarrollados. Algunos granos en la cara delataban su juventud, pero ni siquiera aquellos puntos rojos de acné opacaban su gracia masculina. Llevaba el pelo peinado al medio y no parecía asustado. Lisette era de las que, con el mismo apetito, comía bueno y comía malo, porque así comía dos veces. Aquel muchacho debía de ser su manjar favorito, pensó el Conde. Mala digestión.

Avanzaron como una torpe procesión por el pasillo y subieron al elevador. Marcaron el próximo piso y salieron a un corredor similar, pero franqueado por puertas de aluminio y cristal. Atravesaron dos puertas y abrieron una de madera, para penetrar en un pequeñísimo cubículo que permanecía en penumbras. En un costado la habitación tenía una cortina. Manolo le indicó a Lázaro la única silla que había en el local y el joven se sentó. Entonces Crespo encendió la luz.

—¿Lázaro San Juan Valdés? —le preguntó Manolo y el muchacho asintió—. Estudiante de onceno grado del Preuniversitario de La Víbora, ¿verdad?

—Sí —contestó.

—Bueno, ¿sabes por qué estás aquí?

El muchacho miró a su alrededor, como para hacerse idea del lugar en que estaba.

—Me dijeron que una investigación en el Pre.

—¿Sabes o te imaginas qué investigación?

—Creo que sobre la profesora Lissette. Yo estaba en el baño el día que el compañero entró y preguntó por ella —dijo mirando al Conde.

—Pues sí —siguió Manolo—, es sobre ella. La profesora Lissette fue asesinada el martes 18, alrededor de las doce de la noche. La asfixiaron con una toalla. Antes alguien tuvo contacto sexual con ella. Antes alguien la golpeó bastante. Pero todavía antes se bebió bastante en su casa y hasta se fumó marihuana. ¿Qué sabes tú de eso?

El muchacho volvió a mirar al Conde, que había encendido un cigarro.

—Nada, compañero, ¿qué iba a saber?

—¿Estás seguro? Llama al Greco —pidió Manolo dirigiéndose a Crespo. El policía levantó un teléfono y susurró algo. Colgó. Mientras, Manolo hojeaba la pequeña libreta que tenía entre sus manos y decía que sí a la lectura, parecía apasionante, mientras el Conde fumaba con gesto despreocupado, como si asistiera a una representación que ya tenía bien sabida. Sentado en el centro de la pequeña habitación, Lázaro San Juan movía los ojos de un hombre a otro, como si esperara de ellos la dilatada calificación de un examen final. La duda crecía en su mirada, de modo ostensible, como hierba mala bien alimentada.

Dos golpes sobre la madera de la puerta, y apareció la osamenta afilada del Greco. Estoy rodeado de flacos, hasta yo me estoy volviendo flaco, recordó el Conde. El Greco traía un papel en la mano. Se lo entregó al Conde y salió. El teniente lo miró un instante y asintió una vez, cuando

levantó los ojos hacia Manolo. La mirada de Lázaro San Juan volaba de un personaje a otro. Seguía esperando la calificación.

—Bueno, Lázaro, ahora vamos en serio. El día 18 tú estuviste en la casa de la profesora Lisette. Ahí están tus huellas digitales. Y es muy probable que hayas sido tú quien se acostó con ella esa noche: tu sangre es del tipo O, como la del semen que ella tenía en la vagina al morir. — Manolo avanzó hacia la cortina que estaba a la izquierda de Lázaro, la corrió y dejó a la vista el cristal traslúcido que, como un juego de espejos, hacía al fin visible una reproducción a escala de la habitación en que ellos estaban, pero menos poblada de escenografía, acción y personajes—. Ahí está tu primo Orlando San Juan, acusado de tenencia y tráfico de drogas, de salida clandestina del país y de robo de una lancha del Estado. Confesó todos sus delitos y nos dijo además que el martes 18, sobre las siete de la tarde, tú pasaste por su casa y estuviste allí un rato. Sucede además que la marihuana que tenía tu primo es del mismo tipo que la que apareció en el inodoro de la casa de Lisette. Como ves, Lázaro, estás más envuelto que un tamal en una historia de asesinato y drogas. Aunque no confieses, cualquier tribunal hace una fiesta con estos datos que te di. Pero además, el compañero que me trajo estos papeles acaba de salir para la calle a buscar a Luis Gustavo Rodríguez y a Yuri Samper, tus amiguitos del Pre, y cuando hablemos con ellos seguro nos van a confirmar muchas cosas. Bueno, como ves, era muy en serio. ¿Me vas a contar algo?

El Conde observó cómo se producía la mutación. Era como una ola, que avanzaba de las entrañas para romper en la piel. Los músculos de Lázaro perdieron volumen y la caja del pecho se desinfló. El pelo ya no caía peinado al centro, sino abierto como una peluca mal llevada. Los granos de la cara se oscurecieron y ya no pareció ni bello, ni fuerte, ni joven y el instinto le dijo al Conde que habían llegado al epílogo de

aquella historia. ¿Por qué la habría matado? ¿Por qué un muchacho de dieciocho años podía hacer algo así, tan definitivo y animal? ¿Por qué la búsqueda de la felicidad podía terminar en aquel deterioro que apenas comenzaba a producirse y que no terminaría nunca, ni siquiera después de los diez, quince años que Lázaro San Juan iba a cumplir en el rigor degradante de una cárcel, rodeado de otros asesinos como él, ladrones, violadores y estafadores, que se disputarían el corazón oscuro de su belleza y su juventud como un trofeo que más tarde o más temprano devorarían con todo placer? A este Lázaro no lo salvaría ningún milagro.

—Vaya, todo eso es verdad, menos que yo la maté y que me acosté con ella, se lo juro por mi madre. Yo no la maté ni estuve con ella ese día, y Luis y Yuri lo pueden decir, ustedes van a ver. La fiesta sí, vaya, eso fue un invento de ella, que me dijo a la hora del recreo en el Pre, oye, Lacho, ella me decía así, ¿saben?, ¿por qué no vas un ratico esta noche que tengo ron allá? Ella y yo, bueno, desde hacía unos meses, desde diciembre, ella me pintó fiestas y uno es hombre y, bueno, empezamos a acostarnos, pero en el Pre nadie lo podía saber, y yo nada más se lo dije a Luis y a Yuri y me juraron que más nadie lo iba a saber, y así fue, nadie lo sabía. Entonces yo se los dije a ellos, vaya, que fueran conmigo para tomarnos unos tragos, y se me ocurrió pasar por casa de Lando y robarle un par de cigarritos de los que él fumaba, yo sabía que los ponía en una cajetilla de Marlboro, de esas de cartón, en el bolsillo de un *jacket* en su cuarto, porque un día lo vi sacar uno de allí y fui y se los robé, pero eso fue dos o tres veces. Y más nada, recogí a mis socios en la esquina de la casa de ella, subimos, como a las ocho y media, empezamos a tomar, a oír música y a bailar, y yo, vaya, encendí un cigarro y fumamos nosotros nada más, ella no quiso porque decía que quería más ron, y Yuri fue hasta

El Niágara y compró dos botellas más con dinero que ella le dio, y más nada, le digo, ella estaba medio borracha cuando nos fuimos como a las once, teníamos tremenda hambre porque no habíamos comido nada, ella nunca tenía comida en la casa, y fuimos para la parada y cogimos la guagua, ellos la 15 y yo la 174, que me deja más cerca de mi casa, y más nada, más nada, y al otro día nos enteramos de todo y nos asustamos cantidad y decidimos que mejor, vaya, que mejor no le decíamos a nadie que habíamos estado con ella, porque cualquiera iba a sospechar, como ustedes. Así fue, por mi madre. Yo ni la maté ni me acosté con ella ese día, de verdad que no. Pregúntenle a Yuri y a Luis que estaban conmigo, pregúntenle, vaya...

Demasiados misterios juntos, se dijo el Conde. Quería pensar en el misterio fabricado de la muerte de Lissette pero se le interponía en la mente el enigma inesperado de la desaparición de Karina, dónde se habrá metido anoche, volvió a llamarla después de hablar con Lázaro y la misma voz de mujer de la noche anterior le dijo: No, no vino ayer, pero llamó por teléfono y yo le di el recado. ¿No lo llamó? Aquella confirmación fue como un vendaval de popa que hinchó las velas de sus dudas y sus temores y los puso a navegar libremente y a toda velocidad por un mar de sargazos punzantes como la incertidumbre. Tenía el dato de que la empresa en la que trabajaba Karina radicaba en El Vedado, pero su entusiasmo le había impedido ser más policía y nunca le preguntó con exactitud por la dirección, total, si la tenía al doblar del Flaco, y no se atrevió a preguntárselo a su interlocutora telefónica. ¿La madre de Karina? Algo irremediable había sucedido, como la noche del martes 18, pensó. Recostado contra la ventana de su oficina, observó las copas desafiantes de los laureles, que podían resistirlo todo, todavía con hojas,

siempre verdes. Quería que pasaran las horas, volver a su casa y esperar frente al teléfono. Ella lo llamaría y tendría una buena explicación, trataba de convencerse. Estaba de guardia y se me olvidó decírtelo. Teníamos un trabajo de apuro y me quedé en la empresa, y tú sabes lo malo que están los teléfonos, no pude comunicar, mi amor. Pero sabía que se estaba mintiendo a sí mismo. ¿Un milagro?

Sólo un milagro de la primavera, diría el viejo Machado, también tocado por un amor que al final se le escaparía.

Se volvió al escuchar que se abría la puerta de la oficina. Manolo, con más papeles en la mano, se dejó caer en el butacón, imitando la fatiga envolvente de un corredor victorioso. Reía.

—Me da lástima con el chiquito, pero se jodió, Conde.

—¿Se jodió? —preguntó el teniente, para dar tiempo a que el flujo de sus pensamientos volviera a correr por el cauce correcto—. ¿Qué dice el laboratorio?

—El semen es de Lázaro. Sin dudas.

—¿Y Yuri y Luis?

—Lo que tú pensabas, ellos cogieron la guagua primero y dejaron a Lázaro en la parada. Dicen que siempre se iban juntos hasta el paradero de La Víbora y entonces bajaban a buscar la Avenida de Acosta, pero esa noche él les dijo que se fueran, que iba a esperar la 174 para caminar menos.

—¿Y la camisa blanca?

—Sí, era de él y se la llevó esa noche. Ella a veces le lavaba alguna ropa. Pobre Lázaro, con lo cómodo que estaba, ¿no?

—Sí, pobre Lázaro, no sabe la que le espera. ¿Y qué contaron de la fiesta?

—Era otra fiesta distinta a la que inventó Lázaro. Dicen que cuando ella se emborrachó se puso muy pesada porque Lázaro le dijo que le

consiguiera los exámenes de física y de matemáticas y ella empezó a decirle cosas, que no le iba a dar más ningún examen porque él luego se hacía el bárbaro con los demás diciendo lo que iba a salir y que la iba a embarcar, que él nada más la quería para eso y para templársela, dicen que dijo, y entonces los botó de la casa. Dice Luis que la verdad es que Lázaro vendía las respuestas de los exámenes, pero que ella no lo sabía. De pinga el muchachito, ¿no? Bueno, Lázaro trató de aliviar la tensión pero ella insistió en que se fueran los tres, hasta que sacó a Lázaro casi a empujones cuando ya Yuri y Luis estaban en la escalera. La versión de los dos es igual, paso por paso. Entonces, cuando se enteraron de la muerte de la profesora fueron a hablar con Lázaro y decidieron que lo mejor era no decirle a nadie que ellos habían estado esa noche allí. A ellos les pareció lo mejor, para evitarse problemas, pero dice Yuri que el de la idea de no decir nada siempre fue Lázaro.

El Conde encendió un cigarro y observó un instante los datos del laboratorio central que Manolo había traído. Los dejó sobre la mesa y regresó a la ventana. Con la vista fija en una molécula perdida del horizonte dijo:

—Entonces Lázaro regresó desde la parada. El no tenía llave, así que fue ella la que le abrió la puerta. La convenció de que se había equivocado y se acostaron en el sofá de la sala. Toda una reconciliación, casi puedo oír la música de fondo. Pero ¿por qué la mató? —se preguntó, y perdió la molécula escogida cuando vio a Lázaro sobre Lisette, ahora al fin le veía la cara, mientras le apretaba el cuello con la toalla, más fuerte, más fuerte, hasta que sus brazos de remero se agotaron por el esfuerzo y la cara de belleza enigmática de la muchacha guardó para siempre aquella mueca absurda, a medio camino entre el dolor y la incertidumbre. ¿Por qué la mató?

El humo es azul y huele como la primavera: fresco y penetrante. De la boca a los pulmones, de los pulmones al cerebro se mueve el humo con su evanescencia vaporosa y amanece detrás de los ojos: un brillo de día nuevo se descubre en cada cosa, con una percepción preferenciada y sensible que revela aristas de una lucidez esmaltada que antes no se advirtieron. El mundo, todo el mundo, es más amplio y más cercano, tan brillante, mientras el humo vuela, convirtiéndose en respiración perdida en cada célula de la sangre y en cada neurona desvelada y puesta en máxima alerta. Linda es la vida, ¿no?, linda la gente, grandes las manos, poderosos los brazos, enorme el rabo. Gracias al humo.

Entre las cosas que descubrió Cristóbal Colón sin imaginarse que las había descubierto estaba esta marihuana. Aquellos indios «con tizones en la boca» tenían caras demasiado felices para ser simples fumadores de tabaco al borde del enfisema. Hierbas secas, hojas oscuras, humo azul que hacían posible confundir al desconsolado y triste Colón con un dios rosado venido de algún misterio perdido en la memoria mítica de los indios. Un buen areíto con marihuana. Pero demasiado fatal aquella hierba cuando se descubre al fin que Colón no es Dios, ni uno su espíritu elegido.

Pero fumarla es un placer, es flotar, sobre la espuma de los días y de las horas, sabiendo que todo el poder nos ha sido dado: el de crear y el de creer, el de ser y estar donde nadie puede ser ni estar, mientras la imaginación vuela azul como el humo y respirar es fácil, mirar es una fiesta, oír un privilegio superior.

Pobre Lázaro: como un indio irá a la hoguera, sin humo azul ni luces de amanecer, y ya condenado al primer recinto del séptimo círculo infernal, a seguir ardiendo eternamente con todos los violentos contra el prójimo.



Entró en la antesala de la dirección y la sonrisa de Maruchi lo sorprendió. La secretaria del mayor le hizo un gesto, espérate, espérate ahí, para que se detuviera, y en puntas de pie abandonó su sitio, tras el buró, y se acercó al Conde.

—Pero ¿qué te pasa, hija mía?

—Habla bajito, chico —le exigió, pidiéndole también con las manos que bajara el volumen y le susurró—. Oye, está ahí con Cicerón y con el gordo Contreras y me llamó para que les diera café. ¿Y tú sabes de quién estaban hablando cuando entré?

—De un cadáver.

—De ti, chico.

—De un cadáver —le confirmó el teniente.

—No seas bobo. Estaba diciéndole al Gordo y a Cicerón que tú los habías puesto a ellos dos en la pista de dos casos importantes. Que si se habían descubierto era gracias a ti. ¿Qué te parece?

El Conde trató de sonreír, pero no pudo.

—Hermoso —dijo.

—Bah, estás más pesado... —dijo ella, recuperando el tono de su voz.

—Dile que estoy aquí, anda.

La jefa de despacho regresó al buró y oprimió la tecla roja del intercomunicador. Una voz de lata dijo «¿Sí?», y ella lo anunció:

—Mayor, aquí el teniente Conde.

—Dile que venga —respondió la voz metálica.

—Maruchi, gracias por la noticia —dijo el Conde y acarició el pelo de la secretaria. Ella sonrió, con una sonrisa halagada que sorprendió al Conde. ¿De verdad le caeré bien a esta pepilla? Se acercó al cristal de la puerta y tocó con los nudillos.

—Dale, entra, no te extremes —dijo la voz del mayor, y el Conde abrió la puerta.

El Viejo, con su uniforme y sus condecoraciones oficiales, estaba tras el buró como si fuera a despedir otro duelo —el mío, pensó el teniente— y, frente a él, se ubicaban los dolientes: los capitanes Contreras y Cicerón.

—Estás bien acompañado —dijo para aliviar la tensión, y vio sonreír al Gordo Contreras, que se puso de pie, haciendo un esfuerzo de venas que se hinchan para levantar de un golpe todo el peso de sus trescientas libras.

—¿Cómo estás, Conde? —Y le tendió la mano. Me cago en ti, pensó el teniente y dejó caer su pobre mano en la de Contreras, que sonrió un poco más cuando descargó toda su presión sobre los dedos indefendibles del Conde.

—Bien, capitán.

—Bueno, siéntense —ordenó el jefe—. A ver, Conde, ¿qué hubo con tu caso?

El Conde ocupó el sofá que estaba a la derecha del mayor. A su lado colocó el sobre que había traído y lo tocó antes de responder.

—Aquí está todo. Le traje las grabaciones por si quiere oírlas. Y mañana entregamos el informe para fiscalía.

—Bueno, pero ¿qué pasó, viejo?

—Lázaro San Juan, como pensábamos. Se confirmó lo de la fiesta, con dos amigos más, tomaron ron, fumaron marihuana y hubo una discusión con ella cuando Lázaro le pidió los exámenes de física y matemáticas. El problema es que Lázaro vendía a cinco pesos la respuesta de los exámenes. Un buen negocio, porque había pruebas de hasta diez preguntas y una clientela fiel y selecta.

—No ironices —lo cortó el mayor.

—No estoy ironizando nada.

—Sí que lo estás haciendo.

—Te juro que no, Viejo.

—Ya te dije que no me jures nada.

—Pues no te lo juro.

—Oye, ¿vas a seguir con el informe o no?

—Voy a seguir —suspiró el Conde, pero todavía se demoró dándole fuego a un cigarro—. Ya sigo: ella los botó de la casa, parece que la borrachera le dio por eso, pero Lázaro regresó cuando sus amigos cogieron la guagua. Ella le abrió, se reconciliaron y se acostaron y él encendió otro cigarro de marihuana que llevaba. Lo fumaron entre los dos, pero ella siempre lo hizo de la mano de él, por eso no tenía restos de la droga en los dedos. Y entonces él le volvió a pedir los exámenes. Se había enviciado, el cabrón. Ella se encabronó otra vez e intentó botarlo de nuevo y dice él que lo golpeó en la cara y que entonces no se pudo contener y le fue para arriba, empezó a darle golpes y que cuando se dio cuenta ya la había ahogado. Dice que no sabe cómo fue que lo hizo. A veces esas cosas pasan, y más con dos marihuanasos de esos entre pecho y espalda... Ahora está llorando. Le costó trabajo, pero está llorando. Me da lástima ese muchacho, hizo toda la confesión sin mirarnos. Me pidió pararse al lado de la ventana y habló todo el tiempo mirando para la calle. No es fácil lo que le espera. Aquí está todo —repitió y volvió a tocar el sobre, que sonó como un tambor de señales en medio del silencio.

—Bonita historia, ¿no? —preguntó el Viejo y se puso de pie—. Un muchacho de Pre y una profesora como protagonistas y un director, un mercader de motocicletas y un traficante de marihuana en los papeles secundarios; hay de todo, de todo: sexo, violencia, drogas, crímenes, alcohol, fraude, tráfico de divisas, favores sexuales bien retribuidos —dijo y su voz cambió repentinamente para agregar—. Da ganas de

vomitara. Mañana mismo suelto tu informe para todas partes, Conde, para todas partes...

Y regresó a su asiento y al tabaco maltrecho con que lidiaba esa tarde. Era una breva triste y oscura, de ceniza renegrida y olor penetrante y ácido. Fumó dos veces, como si tomara una medicina amarga pero necesaria, y dijo:

—Acá Contreras y Cicerón me estaban informando de las otras conexiones del caso. El tal Pupy cantó tanto que por poco hay que darle golpes para que se calle. Subimos por él y llegamos hasta tres funcionarios de embajadas extranjeras, pasando por dos tipos de Cubalse, tres del INTUR, dos taxistas y no sé cuántos jineteros.

—Ocho para empezar —acotó Contreras y sonrió.

—Y lo de la marihuana es como una mecha que se sigue quemando y vamos a ver adonde llega. El guajiro del Escambray es una escenografía que parece de película: le traían la droga para que la vendiera como suya a varios puntos como Lando. Ya tenemos a tres más. Y vamos a encontrar al hombre de Trinidad que se la llevaba al guajiro, y vamos a seguir, hasta que explote la bomba, porque hay que saber de dónde salió esa marihuana y cómo entró en Cuba, porque esta vez no me trago el cuento de que se la encontraron en la costa. Hasta que explote la bomba...

—Y haya lluvia de mierda —dijo el Conde, en voz muy baja.

—¿Qué dijiste? —preguntó el mayor.

—Nada, Viejo.

—Pero ¿qué dijiste que no te oí?

—Que va a haber lluvia de mierda. No sólo en el Pre de La Víbora.

—Lluvia de mierda, sí —admitió el mayor y trató en vano de sacar humo al renegrido tabaco—. Y ya yo me estoy mojando —dijo, con cara de asco, mostrando el falso habano a su público. Se puso de pie, avanzó hasta la ventana y lanzó el tabaco a la calle, como si lo odiara. Claro que

lo odiaba. Cuando el mayor dio la espalda al grupo, Cicerón miró al Conde y le sonrió: levantó su brazo derecho y sus dedos formaban la V de la victoria.

El mayor regresó al buró y apoyó los nudillos en la madera. El Conde se preparó para el discurso.

—Aunque me cueste decirlo, Conde, tengo que felicitarte. Tú fuiste el que desataste esta cagazón de Pupy y de Lando y ya resolviste lo del Pre. Lo del tráfico de divisas y la compra en las diplotiendas va a seguir tumbando gentes, y lo de la marihuana centroamericana va a llegar hasta las nubes, estoy seguro, porque esto no parece una operación cualquiera. Y por todo eso yo te felicito, pero mañana, después que me entregues el informe, te vas para tu casa y te pones cómodo, con pijama y todo, y no vuelvas a aparecer por aquí hasta que te llame la comisión disciplinaria.

—Pero, Rangel... —trató de intervenir Contreras y la voz del Viejo lo interrumpió.

—Contreras, lo que tú opines se lo vas a decir a la Comisión. A mí no me importa. El Conde hizo algo bien hecho y lo felicité y lo voy a escribir en su expediente. Además, para eso le pagan. Pero metió la pata y se jodió. Eso es así de claro. Pueden irse los tres. Mañana a las nueve, Conde —dijo y lentamente se dejó caer en su butaca. Oprimió el botón blanco de su intercomunicador y pidió—: Maruchi, tráeme un vaso de agua y una aspirina.

El Conde, Contreras y Cicerón salieron al vestíbulo y el teniente, en voz baja, le dijo a la secretaria:

—Dale una duralgina. No la pidió porque yo estaba delante —y siguió.

—Manolo, quiero pedirte un favor.

—Me encanta que me pidas favores, Conde.

—Por eso te complazco: prepara tú el informe para entregárselo mañana al Viejo. Quiero irme de aquí —dijo, y abrió las manos para abarcar el espacio que lo agredía. El cubículo, más que nunca, le parecía una estrecha y caliente incubadora en la que irremediablemente su cáscara iba a reventar. La sensación de estar al final de algo y la perspectiva de tener que enfrentarse al proceso que le anunciaba el mayor Rangel lo dejaban en un limbo inasible en el que todo acto escapaba de su potestad. Recogió los últimos papeles que aún estaban sobre el buró y los metió dentro de un file.

—Oye, Conde, que no es para tanto, ¿no?

—No, no es para tanto —dijo, por decir algo, mientras le entregaba el file a su subordinado.

—No te dejes aplastar, compadre. Tú sabes que no vas a tener problemas. Cicerón me lo dijo. Y yo oigo, Conde: todo el mundo en la Central está hablando de la polvareda que levantamos con este caso y la gente apuesta que van a seguir cayendo pejes en el jamo... Y Fabricio tiene fama de imperfecto y de pesado, eso lo dice aquí hasta el gato. Y además el mayor es tu amigo, tú lo sabes —argumentó Manolo, tratando de aliviar la turbación evidente del Conde. Aunque eran dos personalidades tan opuestas, los meses que llevaban trabajando juntos les había creado una dependencia mutua que ambos disfrutaban como una prolongación de sus capacidades y deseos. Al sargento Manuel Palacios se le hacía difícil creer que al día siguiente dejaría de trabajar con el teniente Mario Conde para responder a las órdenes de otro oficial. Necesitaba que el Conde peleara—. No te preocupes por el informe, yo lo hago, pero quita esa cara.

El Conde sonrió: se llevó las manos a la barbilla y empezó a quitarse una máscara que se negaba a desprenderse.

—No jodas, Manolo, no es esto sólo. Es todo. Estoy cansado, a los treinta y cinco años, y no sé qué voy a hacer ni qué carajos quiero hacer. Trato de hacer las cosas bien hechas y siempre meto la pata: ése es mi sino, una vez me lo dijo un babalao. Tengo la letra de la babosa: por delante todo lo veo lindo, pero detrás voy dejando una huella sucia. Es así de simple. Mira, esto es para ti —dijo y le extendió un papel doblado que guardaba en el bolsillo de la camisa.

—¿Qué es eso?

—Un poema épico-heroico que le escribí a la marihuana. Ponlo en el informe.

—Ahora sí te quemaste, compadre.

El Conde sintió deseos de acercarse a la ventana y observar otra vez —¿por última vez?— aquel paisaje al que le había otorgado su favoritismo, pero pensó que no era un buen momento para despedirse de aquel pedazo de ciudad y de vida. Le extendió la mano al sargento y se la estrechó con fuerza.

—Nos vemos, Manolo.

—¿No quieres que te lleve para la casa?

—No, deja, últimamente me están gustando las guaguas llenas.

No se sentía dispuesto a realizar disquisiciones climáticas cuando salió al vestíbulo principal de la Central, pero lo removió la luz del sol que penetraba aviesamente por los altos cristales de la fachada, y el Conde, para marcar distancias y estados de ánimo, buscó sus espejuelos oscuros. Afuera había dejado de soplar el viento de Cuaresma, agotadas tal vez sus existencias para ese año, y una tarde esplendorosa de marzo lo recibió con su cielo despejado y su brillantez perfecta de temporada primaveral de postales para turistas fugitivos del frío. Era en verdad una tarde ideal para estar junto al mar, muy cerca de la casa de madera y tejas que alguna vez el Conde había soñado tener. Habría aprovechado la

mañana para escribir —claro, una historia simple y conmovedora sobre la amistad y el amor— y ahora, con los cordeles bien cebados en el mar, esperaría a que la suerte pusiera en su anzuelo un lindo pescado para la comida de esa noche. En una roca cercana, que se asomaba a la playa como una mano extendida, una mujer dorada de tanto sol leía las páginas que él había escrito ese día. Con ella haría el amor en la ducha, al anochecer, mientras que el olor del pescado que se cocinaba en el horno invadía el espacio de aquel sueño recurrente. Tal vez en la noche, mientras él leía una novela de Hemingway o un cuento intachable de Salinger, ella tocaría su saxofón, para dar algún sonido triste a tanta felicidad acumulada.

El Fiat polaco está allí, agazapado junto al contén, como un pequeño dinosaurio, y el Conde comprueba que sus cuatro gomas descansan repletas de aire. La puerta de la casa sigue cerrada y el Conde avanza hacia ella a través del breve jardín de marpacíficos y crotos deshojados por tantos días de viento. La aldaba de hierro, labrado como la lengua colgante de un león de ojos astigmáticos, levanta un sonido profundo que corre despavorido hacia el interior de la casa. Guarda sus espejuelos, acomoda el revólver contra la cintura del *jean* y desea intensamente que exista una justificación. Cualquier justificación, porque él está dispuesto a aceptarla, y sin preguntar. A estas alturas ha aprendido —y puede practicarlo en la realidad más objetiva— que los excesos de dignidad son impulsos dañinos: prefiere otorgar, perdonar, hasta prometer el olvido para obtener el mínimo espacio que necesita. ¿Por qué no dejó pasar de largo la petulancia de Fabricio? A veces le parece mezquino, pero sabe que al final se acostumbrará.

Karina abre la puerta y no luce sorprendida. Incluso intenta sonreír y abre una brecha que él no se atreve a franquear. Lleva el *short* del día que se conocieron y una camiseta de hombre, sin mangas, que al Conde le



parece atrevida. Las bocamangas caen vencidas y dejan ver el instante preciso en que el pecho comienza a ascender por la colina de los senos. Hace muy poco se ha lavado el pelo, que cae blando, oscuro y húmedo sobre sus hombros. Le gusta demasiado esta mujer.

—Entra, te estaba esperando —le dice y se aparta. Cierra la puerta y le indica uno de los sillones de madera y rejilla que ocupan la boca del corredor que conduce hacia el fondo de la casa.

—¿Estás sola?

—Sí, llegué hace un rato. ¿Cómo te va con tu caso?

—Creo que bien: descubrí que un muchacho de dieciocho años fumaba marihuana y mató a una muchacha de veinticuatro que también se drogaba y tenía varios novios.

—Es terrible, ¿no?

—No creas, los he tenido peores. ¿Qué te pasó ayer? —pregunta al fin y la mira a los ojos. Estaba de guardia. Mucho trabajo. Me ingresaron en un hospital. Estuve presa, por culpa de un policía. Cualquier justificación, por Dios.

—Nada —responde ella—. Recibí una llamada por teléfono.

El Conde trata de entender: sólo una llamada. Pero no entiende.

—No entiendo. Habíamos quedado...

—Una llamada de mi marido —dice y el Conde vuelve a pensar que no entiende. La palabra marido suena sencillamente absurda y mal ubicada en aquella conversación. ¿Un marido? ¿Un marido de Karina?

—¿Qué me quieres decir?

—Que esta noche regresa mi marido. Es médico, está en Nicaragua. Suspendieron su contrato y adelanta el regreso. Eso es lo que te quiero decir, Mario. Me llamó ayer por la mañana.

El Conde busca un cigarro en el bolsillo de la camisa, pero desiste. En realidad no quiere fumar.

—¿Cómo es posible, Karina?

—Mario, no me hagas más difíciles las cosas. No sé por qué empecé esta locura contigo. Me sentía sola, me caíste bien, me hacía falta acostarme con un hombre, entiende eso, pero escogí el peor hombre del mundo.

—¿Soy el peor?

—Te enamoras, Mario —dice ella y se acomoda el pelo tras las orejas. Así, con el *short* y la camiseta, parece un muchacho afeminado. De ella siempre se volvería a enamorar.

—¿Y entonces?

—Entonces vuelvo a mi casa y a mi esposo, Mario, no puedo hacer otra cosa, ni quiero hacerla. Me encantó haberte conocido, no lo lamento, pero es imposible.

El Conde se niega a entender lo que está entendiendo. ¿Una puta? Piensa que es un error, y no encuentra la lógica de la posible equivocación. Karina no es para él: concluye. Dulcinea no aparece porque no existe. Pura mitología.

—Te entiendo —dice al fin y ahora sí siente verdaderos deseos de fumar. Deja caer el fósforo en una maceta sembrada con malangas de corazón rojo.

—Yo sé cómo te sientes, Mario, pero todo fue así, de improviso. No debí haberte conocido.

—Creo que sí, que debimos habernos conocido, pero en otro tiempo, en otro lugar, en otra vida: porque igual me hubiera enamorado de ti. Llámame alguna vez —dice y se pone de pie. Le faltan fuerzas y argumentos para luchar contra lo irrefutable y sabe que ya está derrotado. Piensa que no hay más remedio que acostumbrarse al fracaso.

—No pienses mal de mí, Mario —dice ella, también de pie.

—¿Te importa lo que yo piense?

—Sí, sí me importa. Creo que es verdad, debimos encontrarnos en otra vida.

—Lástima de equivocación. Pero no te preocupes, yo siempre estoy equivocado —dice y abre la puerta. El sol se pierde detrás de la antigua escuela de los maristas de La Víbora y el Conde siente que puede llorar. Últimamente vive con frecuentes deseos de llorar. Mira a Karina y se pregunta: ¿por qué? La toma por los hombros, le acaricia el cabello pesado y húmedo y la besa suavemente en los labios—. Avísame cuando tengas que cambiar una goma. Es mi especialidad.

Y avanza por el portal hacia el jardín. Está seguro de que ella lo va a llamar ahora, le va a decir que al carajo con todo, se queda con él, adora a los policías tristes, siempre tocará el saxofón para él, sólo tiene que decir *play it again*, serán aves nocturnas, devoradores de amor y de lujuria, la siente que corre hacia él con los brazos abiertos y una dulce música de fondo, pero cada paso hacia la calle hunde un poco más el cuchillo que desangra velozmente la última esperanza. Cuando pisa la acera es un hombre solo. Qué mierda, ¿no?, piensa. Ni siquiera hay música.

El Flaco Carlos movía la cabeza. Se negaba a aceptar.

—No jodas, salvaje. Hace una pila de años que no voy al estadio y tú tienes que ir conmigo. ¿Te acuerdas cuando íbamos antes? Sí, sí, tú fuiste el día que el Conejo cumplió los dieciséis años y lo celebró con nosotros en el estadio fumándose dieciséis cigarros. El vómito de croquetas rascacielo y refresco de líquido de freno que soltó en la guagua parecía lava de volcán, por mi madre. Echaba humo, así...

—Y sonrió.

El Conde también sonrió. Observó los *affiches* decolorados por el tiempo que durante tantos años había visto casi cada día de su vida. Eran

el testimonio de una crisis antibeatleriana del Flaco, convertido a la religión de Mick Jagger y los Rolling Stones, de la que se recuperaría para volver al nido seguro del *Rubber Soul* y *Abbey Road* y entablar otra vez con el Conde la insoluble disputa entre la genialidad de Lennon o la de McCartney. El Flaco era del equipo de McCartney y El Conde militaba en las filas del difunto Lennon, *Strawberry Fields* era demasiada canción para no admitir aquella supremacía del más poeta de los Beatles.

—Pero no tengo ganas, bestia. Lo que quiero es tirarme en la cama, taparme la cabeza y despertarme dentro de diez años.

—¿Rip Van Winkle con este calor? ¿Y dentro de diez años qué? Ibas a estar más flaco que el carajo y a seguir en las mismas y te ibas a perder diez campeonatos, cientos de botellas de ron y hasta alguna mujer que toque el cello. ¿De verdad prefieres el saxo al cello? Lo más jodido es que me iba a aburrir muchísimo hasta que te despertaras.

—¿Me estás consolando?

—No, no, me estoy preparando para cagarme en tu estampa si sigues en esa bobería. Vamos a comer, que ahorita llegan el Conejo y Andrés. Me gusta que vayamos los cuatro solos al estadio, eso es cosa de hombres, ¿no?

Y otra vez el Conde sintió que había perdido hasta los deseos de pelear, y se dejó arrastrar hacia el refugio de los amigos, que quizás fuera el único lugar seguro que le quedaba en aquella guerra que parecía empeñada en derribar todas sus defensas y parapetos.

—Hoy no estaba inspirada —advirtió Josefina cuando se sentaron a la mesa—. Además, nada más que tenía un pollo, y así no se me ocurría nada. Pero me acordé de que mi prima Estefanía, que había estudiado en Francia, me dio un día la receta del pollo frito a lo Villeroi y dije, vamos a ver cómo queda.

—¿A lo cuánto? ¿Cómo se hace eso, José?

—No, si es muy fácil, por eso lo hice. Descuarticé el pollo y le eché una naranja agria y dos dientes de ajo, y lo dejé adobarse. Pero tiene que ser un pollo grande, la verdad. Entonces lo doré con media libra de mantequilla y rodajas de dos cebollas. Dicen que una cebolla, pero yo le puse dos, y me estaba acordando del cuento de los cochinos que van al restaurant. Ustedes se lo saben, ¿verdad? Bueno, ya dorado se le echa una taza de vino seco y se le riega la sal y la pimienta. Entonces se pone a ablandar. Cuando está frío se deshuesa. Y ahí empieza la historia: tú sabes que los franceses lo hacen todo con salsa, ¿no? Esta lleva mantequilla, leche, sal, pimienta y harina. Entonces se pone en la candela hasta que se hace una crema doble, bien espesa, pero sin un solo grumito, ¿sabes? Ahí viene más vino seco y jugo de limón. La mitad de esa crema se pone en una fuente honda y la otra mitad se le echa por arriba al pollo y se deja enfriar hasta que se endurece, ¿no? Entonces se empanizan los pedazos de pollo y ya: acabo de freídos en manteca caliente. Es comida para seis franceses, pero con tragones como ustedes... ¿Me van a dejar algo?

El olor del pollo a la Villeroi prometía placeres olvidados. Cuando el Conde probó la primera masa, estuvo a punto de reconciliarse con la vida: la sensación de que su paladar renacía con sabores inéditos y contundentes le despertó una ilusión de que algo se recomponía dentro de él.

—¿Y a qué hora viene a buscarnos esta gente? —le preguntó al Flaco al abordar la segunda porción de pollo, ya acompañada por el arroz blanco, los plátanos verdes a puñetazos y el arcoiris primaveral de la ensalada de lechuga, tomate y zanahoria aderezadas con mayonesa casera.

—No sé, a las siete y pico. Ya deben de estar al caer.

—Lástima que no haya un vino blanco —se lamentó Josefina y

abandonó un momento los cubiertos—. Oye, Condesito, tú sabes que también eres mi hijo, y por eso te voy a decir esto: yo sabía la historia de Karina, que estaba casada y eso. Lo averigüé, enseguida aquí en el barrio. Pero pensé que no tenía derecho a meterme en eso. A lo mejor me equivoqué y debí decírtelo.

El Conde terminó de tragar y sirvió agua en su vaso.

—Me alegro de que no me lo hayas dicho, José. ¿Quieres que te diga la verdad? Aunque la cosa haya terminado así, vale la pena por los tres días que pasé con ella.

—Menos mal —dijo la mujer y recuperó los cubiertos—. No quedó tan mal el pollo, ¿verdad?

La escenografía redescubierta del estadio era un llamado a los recuerdos. La hierba verde brillando bajo las luces azulosas y la grama rojiza, recién peinada para el inicio del juego, arman un contraste de colores que es patrimonio exclusivo de los terrenos de pelota. Andrés, al frente, caminaba por el pasillo buscando el palco que le habían resuelto para esa noche. Detrás, el Conejo abría espacio para la silla de ruedas que el Conde conducía con habilidad adquirida a lo largo de diez años. «Permiso, caballeros», decía el Conejo, que trataba a la vez de mirar el calentamiento del *pitcher* del Habana, junto al *dogout* de la izquierda. En la pizarra lumínica ya estaban anotadas las alineaciones y el murmullo que como una cascada bajaba de las graderías era una promesa de buen espectáculo: orientales y habaneros iban a dirimir otra vez, como si fuera un juego, una disputa histórica que se inició, tal vez, el día en que la capital de la colonia fue transferida de Santiago a La Habana, más de cuatrocientos años atrás.

El palco conseguido a través de un paciente de Andrés que trabajaba

en el INDER resultó una de las preferencias más codiciadas: al borde mismo del terreno, entre el home y el banco de tercera base. El Conde, sentado junto al Flaco, observó el terreno marrón y verde, las graderías repletas, los colores de los uniformes, azules y blancos unos, rojos y negros los otros, y recordó que alguna vez, como Andrés, quiso echar su vida en aquellas extensiones simbólicas, donde el movimiento de la diminuta estructura de una pelota era como el flujo de la vida, impredecible pero necesario para que el juego continuara. Siempre le gustó la soledad del jardín central, la amplitud de sus espacios, la responsabilidad de recibir contra la piel del guante la masa sólida de la pelota, el asombro intelectual provocado por la capacidad instintiva que lo hacía correr en busca de aquella bola blanca en el preciso instante en que salía del bate y apenas había iniciado su caprichoso recorrido. Aquéllos eran los olores, los colores, las sensaciones, las habilidades de una pertenencia posible a un lugar y a un tiempo que podía recuperar con la simple acción de ver y respirar con deleite un ambiente irrepetible y profundamente incorporado a su experiencia vital, que le resultaba tan cercano como el de las vallas de gallos. La tierra, el sudor, la saliva, el cuero, la madera, el olor verde y dulce de la hierba pisoteada y, más de una vez, el sabor de la sangre, eran sensaciones asumidas y reciamente asimiladas por su memoria y sus sentidos. El Conde respiró tranquilo: algo le pertenecía, con amor y escualidez.

—Pensar que yo pudiera estar allá abajo, ¿no? —dijo Andrés, al que los otros tres, muchas veces, fueron a aplaudir por los estadios de La Habana. En una época había sido el mejor pelotero del Pre y llegar a jugar en la inmensidad de aquel terreno de lujo se convirtió en un sueño común, hasta el día en que Andrés comprobó que sus posibilidades no alcanzaban para completar la hazaña.

—Mira que hacía tiempo que no venía —comentó el Flaco, que ya no

era flaco, y acarició los brazos de su silla de ruedas.

—Andrés —intervino entonces el Conejo—, si tú volvieras a nacer, ¿qué serías?

Andrés sonrió. Cuando reía, las arrugas precoces de su cara salían en manifestación tumultuosa.

—Creo que pelotero.

—¿Y tú, Carlos?

El Flaco miró al Conejo y luego al Conde.

—No sé. Tú serías historiador, pero yo, no sé... Músico a lo mejor, pero de cabaret, de los que tocan mambo y esas cosas.

—Y tú, Conde, ¿serías policía?

El Conde miró a sus tres amigos. Aquella noche eran felices, como las treinta mil personas que en las gradas empezaban a chiflar la entrada de los árbitros al terreno.

—Ni pelotero, ni músico, ni historiador, ni escritor, ni policía: sería ampaya —dijo y sin transición se puso de pie y se volvió hacia el terreno para gritar—: Ampaya, hijoeputa, cuchillero...

El reflejo de la luna atravesaba los cristales de la ventana y dibujaba formas esquivas en la superficie de la cama, que se transformaban grotescamente cuando se alteraba la perspectiva desde la que eran descubiertas. Eran las figuras de la soledad. La almohada parecía ahora un perro acurrucado y casi redondo, con el cuello partido. La sábana, caída hacia el piso, un velo abandonado, como una novia trágica. Encendió la luz y la magia se evaporó: la sábana perdía tragicidad y la almohada recuperó su identidad de simple, vulgar, desconsolada almohada. En la pecera, el pez peleador salió de su letargo de oscuridad y movió las aletas azules como dispuesto a volar: sólo que su vuelo era un



círculo interminable alrededor de las fronteras que le imponía el cristal redondo. «*Rufino*, te voy a conseguir una pescada, pero tienes que quererla como yo», le dijo el Conde y golpeó con la uña el vidrio transparente y el animal adoptó posición de combate.

Regresó a la cocina y miró la cafetera. Aún no había comenzado a brotar el café. Con las palmas de la mano apoyadas en la meseta, el Conde observó la claridad de la noche de luna llena, reposada y somnolienta después de tantos días de implacable ventolera. A la distancia se podía ver el techo de tejas inglesas del castillo del barrio, construido sobre la única colina del lugar. Algunas de aquellas tejas las había colocado su abuelo, Rufino el Conde, hacía más de setenta años. No quedaban gallos de pelea, pero sobrevivía el castillo, con sus tejas rojas. El olor del café le advirtió que había comenzado la colada, pero no tuvo deseos de batir el azúcar. Simplemente dejó caer cinco cucharaditas en la cafetera y las revolvió. Esperó a que el canto de la colada se hiciera una tos sorda y apagó la llama. Se sirvió casi hasta el borde en una taza de desayuno y la dejó en la mesa. Recogió la camisa que había abandonado sobre otra silla y buscó un cigarro. Sobre la mesa estaba la libreta en que había escrito, como páginas de un diario, sus obsesiones de los últimos días: la muerte, la marihuana, el abandono, los recuerdos. Le pareció tonto e inútil aquel esfuerzo, sabía que nunca volvería a escribir y no resistió la lectura de aquellas revelaciones sin futuro. Dos noches antes, en aquella misma silla, había tenido el sueño feliz que le propició la música entonada por Karina. Ahora era una silla vacía, como su alma desinflada o su frágil reservorio de esperanzas. Le pareció alarmante la facilidad con que se podían unir el cielo y la tierra para aplastar al hombre como un emparedado listo para ser deglutido, dolorosamente. Bebió el café, a pequeños sorbos, y trató de imaginar cómo haría para levantarse de la cama con el amanecer. Nadie sabe cómo son las noches

de un policía, pensó, presintiendo que le faltarían fuerzas para empezar de nuevo algo que ya no guardaba ningún viso de novedad. Lamentó, como siempre, no tener alguna provisión de alcohol en la casa, pero nunca había resistido el monólogo frustrante del bebedor solitario. Para beber, como para amar, era imprescindible una buena compañía, se dijo, a pesar de su recurrencia al onanismo. Pero con el alcohol no.

Apagó el cigarro en el fondo de la taza y regresó al cuarto. Dejó la pistola sobre la cómoda y el pantalón cayó al suelo. Se lo arrancó con los pies. Abrió las ventanas del cuarto y apagó la luz. No podía leer. Casi no podía vivir. Cerró con fuerza los párpados y trató de convencerse de que lo mejor era dormir, dormir, sin siquiera soñar. Se durmió, antes de lo que pensaba, sintiendo como si se estuviera sumergiendo en una laguna de la que nunca llegaría a tocar el fondo, y soñó que vivía frente al mar, en una casa de madera y tejas y que amaba a una mujer de pelo rojo y senos pequeños, con la piel tostada por el sol. En el sueño siempre veía el mar como a contraluz, dorado y agradecido. En la casa asaban un pez rojo y brillante, que olía como el mar, y hacían el amor bajo la ducha, que de pronto desaparecía para dejarlos sobre la arena, amándose más, hasta quedar dormidos y soñar entonces que la felicidad era posible. Fue un sueño largo, asordinado y nítido, del que despertó sin sobresaltos, cuando la luz del sol volvía a entrar por su ventana.

*Mantilla, 1992*



LEONARDO PADURA FUENTES (La Habana, Cuba, 1955). En 1980 se licenció en literatura hispanoamericana en la Universidad de La Habana, y tras una destacada trayectoria como periodista de investigación, comenzó a cultivar el ensayo, y la escritura de guiones.

Ha desarrollado una extensa escritura periodística que ha dado como fruto las recopilaciones de entrevistas como *El alma en el terreno*, *Los rostros de la salsa*, o *El viaje más largo*, que recrea ambientes y tipos que conforman la pequeña historia de Cuba, esa que corre paralela y a veces oculta la historia nacional, de las páginas del libro emergen fantasmas como Alberto Yarini, el rey de los proxenetas cubanos, y Chano Pozo, el tamborero mayor de todos los tiempos, y también otros temas como la Virgen de la Caridad del Cobre, patrona de Cuba, y una historia del ron cubano.

Actualmente es considerado por la crítica internacional entre los

novelistas más importantes de la narrativa de la isla, ya que es uno de los creadores de la nueva novela detectivesca, y es precisamente esta faceta lo que le ha granjeado la fama como escritor, sin embargo para Padura lo policial es sólo un pretexto para hablar de la sociedad cubana y hacer un examen de conciencia de su generación. De ahí que sus novelas satisfagan gustos muy diferentes. Es autor de la exitosa tetralogía *Las cuatro estaciones*, formada por las novelas: *Máscaras*, *Paisaje de otoño*, *Pasado perfecto* y *Vientos de cuaresma* (Premio UNEAC en 1993).

También ha realizado una interesante antología del relato breve en Cuba desde 1966 hasta 1991: *El submarino amarillo* (1993).

Ha escrito guiones para documentales cinematográficos tales como: *Yo soy del son a la salsa*, que mereció premio Coral en el 18 Festival Internacional del Nuevo Cine Latinoamericano de La Habana.

Padura reside actualmente en La Habana.